Un amor de MERCADILLO

Una comedia romántica de

MARTINA LEIVA



Un amor de
MERCADILLO

Una comedia romántica de

MARTINA LEIVA

Primera edición.
Un amor de mercadillo
©Martina Leiva
©marzo, 2026
©Imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Capítulo 1



Yurema

—Venga, chiquilla, ¡qué me los quitan de las manos! —grité como siempre.

Me encantaba pregonar en mi puesto del mercadillo.

—Hola, enana, ¿qué tal va todo?

Me preguntó mi hermano Juan, el mayor.

—Si te digo que va mal, ya estoy poniendo las cosas demasiado bonitas.

Y es que no había vendido nada en toda la mañana.

—¿En serio? Esto no puede seguir así.

—¿Y qué quieres que haga?

—Con lo que estamos sacando de los puestos, no tenemos ni para pagar las licencias. Tenemos que hacer algo.

—No sé si es el mal tiempo, el frío que hace que no invita a salir o que la Navidad, con sus gastos, está demasiado cerca, pero el caso es que casi no viene nadie al mercadillo.

—Pablo ha tenido una idea, no creo que funcione, pero podemos intentarlo.

—¿Qué idea es esa?

Me encontraba algo asustada, porque a mi hermano Pablo no se le ocurría nada bueno, la verdad.

—Dice que abramos una cuenta en las redes sociales, y que seas tú la encargada de promocionar las prendas de los tres puestos, formando atuendos y demás.

Me dijo él, y pensé que podía ser una buena idea.

—¡Ole! La Yurema, influencer de esas.

A continuación, me puse poniendo morritos con los labios, y haciendo que mi hermano soltara una carcajada.

—De verdad, enana, eres de lo que no hay. En ti se cumple el refrán ese que dice que "a mal tiempo, buena cara", porque nada ni nadie te quita la sonrisa.

Me dijo mi hermano, sin parar de reír.

—Venga, le doy una vuelta a todo y te digo dónde y cómo podemos empezar a grabar los vídeos.

Viendo que tenía a una clienta mirando uno de los vestidos, me fui para atenderla, pues no quería que se fuera con las manos vacías, y mi hermano lo captó al momento. Me dio un beso y se marchó.

Decir que era mi puesto era un eufemismo, porque, aunque fuera yo la que lo trabajaba, la dueña legítima era la señora María, o sea, mi madre.

Tenía cincuenta y cuatro años, y se quedó viuda hacía ya quince, cuando estaba embarazada de mi hermano pequeño, Antonio, que llevaba el nombre de nuestro padre.

Pero será mejor que empiece a contaros la historia desde el principio, o al final, no os vais a enterar de nada.

Mi nombre es Yurema Salazar, tengo diecinueve años y trabajo, como habéis podido comprobar ya, vendiendo ropa de mujer en un mercadillo.

Bueno, en realidad, en varios mercadillos de la zona. Soy la tercera de cinco hermanos, tengo dos hermanos más mayores, Juan y Pedro, de veinticinco y veintitrés años, que también trabajan en el mercadillo, al igual que yo.

Y dos menores, Pablo y Antonio, de diecisiete y catorce años, que todavía están estudiando.

Mi padre era de etnia gitana, pero mi madre era, como se suele decir, paya. A nosotros nos educaron sin seguir las leyes gitanas, por lo que ninguno de nosotros estaba casado todavía.

Tan solo Pedro tenía novia, una chica preciosa que se llama Mayte y que se lleva conmigo a las mil maravillas.

Vivíamos en un barrio de clase media, en un piso de tres dormitorios. Cuando mi padre murió, mi madre transformó su habitación de matrimonio en una para las dos.

En otra dormían mis dos hermanos mayores y, en la que quedaba, los dos pequeños. Tenía una amplia cocina y un salón, en el que hacíamos vida, y un cuarto de baño en el que, cada mañana, había una pelea campal por ser el primero en entrar para ducharse o lavarse los dientes.

Estuve toda la mañana dándole vueltas a lo que Juan me había dicho, teníamos que encontrar la fórmula para que todo esto funcionara, porque de ahí dependía el futuro de toda mi familia.

—Ya sé dónde podemos grabar los vídeos, Juan.

Le dije a mi hermano, en cuanto llegó para ayudarme a recoger el puesto.

—Sorpréndeme.

Me dijo, pues sabía que yo tenía las mismas ideas grandiosas que mi hermano Pablo.

—Pues creo que el escenario perfecto es en la azotea de casa, en la parte en la que está el jardín vertical.

Le dije, y mi hermano soltó una carcajada.

—Si se puede llamar jardín vertical a cuatro macetas colgadas en una pared…

—Hijo, de verdad, que manera de quitarle las ilusiones a la gente. Si yo digo que es un jardín vertical, aunque las flores fueran de plástico.

Mi hermano siempre veía el lado negativo de las cosas, mientras que yo siempre le buscaba el positivo.

—Vale, vale, doña optimista. Habla con Pablo y organiza todo, cuando estén los videos listos, que se encargue él de subirlos a la cuenta que va a abrir.

Me contestó mi hermano.

Me dispuse a buscar los atuendos que utilizaríamos en los vídeos, que estarían sacados de los tres puestos. En el mío se vendía ropa de mujer, en el de mi hermano Pedro, el calzado, y en el de mi hermano Juan, se vendía todo el tema de accesorios, como pendientes, anillos y demás.

Llevaba ya un buen rato buscando en las cajas que teníamos en las furgonetas, pues al día siguiente nos marchábamos a otra ciudad cercana y por eso no lo sacábamos nunca. Se guardaban en el garaje que teníamos y listo.

—¿Qué buscas, hermanita?

Me dijo Pablo, cuando entró en el garaje.

—Buscando los conjuntos que utilizaremos en los vídeos.

—Espera, que te ayudo. Tiene que ser ropa elegante, pero también con la que se te vea sexy —le dijo Pablo.

—Te conozco, no me elijas cosas que no me pondría —respondí.

—Por lo que tú más quieras, no vayas a coger ropa suelta y de abuelita, que te conozco.

Y era cierto, eso era lo que había estado buscando. Aunque me veáis así, tan echada para delante, no me gustaba mostrar mi cuerpo, ni ir demasiado ceñida.

Prefería usar ropa suelta. No era cuestión de que estuviera descontenta con mi cuerpo, ni mucho menos, el problema era todo lo contrario.

Mi cuerpo era voluptuoso, y con eso no quiero decir que fuera gordita, sino que tenía bastante pecho y muchas curvas, pero un vientre plano y unos brazos y piernas tonificados, por lo que, en cuanto que me ponía algo un poquito más estrecho, todos los hombres me miraban al pasar, y eso me daba una vergüenza horrible.

Mi amiga Inés, cuando salíamos, siempre me decía que no sabía sacar partido de mi cuerpo, puesto que, aunque ligaba bastante y había tenido más de un rollo de una noche, podría hacerlo muchísimo más.

Ella era todo lo contrario a mí, siempre iba embutida, le encantaba ser el centro de atención. Cuando llegábamos a una discoteca, iba directa a la pista, donde, además de su forma de vestir, llamaba la atención sus bailes tan sugerentes, mientras que yo me quedaba en una mesa alta tomando una copa, rara vez bailaba, sobre todo con ella al lado.

—Venga, que ya lo tengo todo. Tienes que verte suelta, nada de parecer un maniquí del Zara, por favor.

Me dijo mi hermano.

—No pienso hacer el tonto.

—Eres guapa, tienes un cuerpazo y ya es hora de que lo luzcas. Cuando las mujeres vean esta ropa en tu cuerpo, van a correr a comprarla.

Por Pablo sentía adoración, al igual que él conmigo. Para él era como una diosa, aunque la mayoría de las veces resultaba ser una odiosa.

—¿Por qué no le decimos a Mayte que lo haga conmigo?

Le pregunté, a ver si así la atención recaía sobre ella.

—De eso nada, porque Mayte no estará en el puesto para venderla.

—Joder, pero sería de gran ayuda para mí.

—Tienes que ser tú, sola, que la gente vaya al mercadillo a buscarte, a verte y hacerse fotos contigo, y de camino, aprovechar para comprar los modelitos con los que te han visto. Así que, deja la vergüenza en el cajón, que de eso no se come.

Me dijo mi hermano.

Parecía mentira que un niño de diecisiete años tuviera esa mentalidad tan madura. Mientras que sus amigos se dedicaban a salir y entrar, a pensar en chicas y en motos, Pablo se centraba en sus estudios.

Quería ser contable, y para ello se había matriculado en un ciclo superior. Decía que quería encontrar trabajo pronto y ayudar a nuestra madre.

Nos fuimos arriba, a la azotea, donde ya teníamos todo preparado. Para cambiarme utilizaríamos el cuartito de las herramientas, uno que estaba vacío y que los vecinos utilizaban a modo de trastero, así no me vería nadie. De fondo teníamos el mar, así que los vídeos quedarían preciosos.

Yo pensaba que tan solo sería grabar mi imagen, pero nada más lejos de la realidad, puesto que mi hermano quería que hablara y explicara los modelitos que llevaba puesto, así como que recalcara dónde podían encontrarlos. Me moría de la vergüenza, pero todo fuera por salir adelante.

—Pablo, ¿cuál me pongo primero?

Le pregunté a mi hermano.

—Pues, creo que el mono de pata ancha, el que tiene la espalda al aire.

—Con ese no puedo usar sujetador.

Repliqué.

—¿Y? Vamos, como si tus pechos te llegaran al ombligo… No digas más tonterías y vamos a empezar de una vez.

Capítulo 2



Yurema

Me puse el primer atuendo para grabar el vídeo. Mayte, mi cuñada, había venido a echar una mano, ya que mi hermano Pedro le había contado la idea.

Ella fue la encargada de peinarme y maquillarme, puesto que yo no tenía ni idea de hacerlo. Como mucho, me ponía algo de máscara de pestañas y un poquito de brillo labial.

Para esta ocasión, me había recogido mi melena rizada en una coleta alta, y me había hecho un tratamiento curly, resaltando mis rizos.

Me aplicó una sombra de ojos que resaltaba mi color, pero que quedaba de lo más natural y maquilló mis labios en rojo pasión.

—Venga, vamos al lío. Recuerda, de manera natural, como si estuvieras diciéndoles a las Marías lo baratito y lo bueno que son los tejidos, y lúcete, hermanita, que tienes un cuerpazo.

Me dijo Pablo.

—Lo intentaré, aunque no dudo que tengas que cortar y grabar en más de una ocasión.

Le respondí, sonriendo.

"Buenas tardes, mis niñas bonitas. ¿Os gusta la ropita que llevo puesta? Mirad que elegante queda. Es ideal para los próximos eventos.

Os preguntareis dónde podéis comprarlo, pues yo os lo digo, en el mercadillo de la Asunción, por ejemplo, aunque también la encontrareis en el de los Remedios y las Angustias. En el puesto treinta y cinco, encontrareis la ropa, en el treinta y seis, el calzado y en el treinta y siete, la bisutería.

Eso sí, si buscáis marcas, allí no encontrarás un Dolce & Gabanna, pero, en cambio, verás el David y la Juana. En el puesto treinta y siete los complementos son de calidad, esos no se oxidan, a mi hermano lo llaman el inoxidable, con eso os lo digo todo.

Bueno, me voy despidiendo, os iré mostrando varios videos todas las semanas, con las novedades. Y ya sabéis, buscad a la Yurema, la que te busca una ropa que te merece la pena."

—¿Qué tal lo he hecho?

Le pregunté a mi hermano y a mi cuñada.

—No se puede tener más arte que tú. Lo del David y la Juana me ha matado, te lo juro.

Me contestó mi cuñada, sin parar de reír.

—Anda que cuando tu hermano se entere de que le has apodado "el inoxidable"

Me dijo Pablo, que se partía de la risa.

—Ay, coño, que queréis, ha sido completamente espontáneo. He ido diciendo lo que se me venía a la cabeza.

Les contesté.

—Venga, hermanita, ahora con otro de los atuendos, así dejamos cuatro o cinco vídeos preparados y los voy subiendo poco a poco. Grabaremos una vez a la semana, y los vamos repartiendo en el tiempo.

Me dijo mi hermano.

Estuvimos allí, grabando hasta casi las nueve de la noche. Por suerte, ya estábamos en primavera y la noche caía más tarde, por lo que pudimos aprovechar el tiempo.

—¿No pensáis bajar a cenar? Porque, si os vais a quedar ahí, me como la tortilla yo sola.

Dijo mi madre, por el hueco de la escalera.

—Ya mismo bajamos, mamá. Estamos trabajando.

Le contestó Pablo.

A mi madre no le gustaba eso de que me exhibiera en las redes sociales, pero había que ir con los tiempos. Mis hermanos mayores le explicaron que, si queríamos avanzar y vender más, teníamos que publicitarnos, que era lo que todo el mundo hacía en esta época.

—En mis años, cuando tu padre y yo vendíamos en el mercadillo, lo que se hacía era llamar la atención dando voces.

Nos decía ella.

Mi madre, en determinados momentos, parecía que tenía ochenta años, en vez de la edad que tenía. Todo la asustaba y nada le gustaba si ello implicaba algún cambio.

—Pero ya no estamos en tu época, mamá.

Le respondió Pablo.

—Bueno, vamos a cenar y ojalá y todo esto sirva para algo, porque, si no, no tengo ni idea de cómo vamos a salir adelante.

Dijo ella, apesadumbrada.

En ese momento todo el mundo guardó silencio, pues lo que había dicho mi madre era una verdad como un templo. Con lo que estábamos vendiendo no nos daba ni para pagar las licencias de un año, mucho menos para subsistir.

Mi hermano había subido ya el primer vídeo a la red social y en pocas horas, había tenido ya un montón de visualizaciones, así como de comentarios. Parecía que estaba funcionando, y a mi hermano pequeño, Antonio, se le ocurrió otra idea.

—¿Por qué no vendemos también online?

Nos preguntó, y era algo que a ninguno se le había ocurrido hasta ese momento.

—Pues no es mala idea. Además, hay varias personas que han preguntado lo mismo. Podríamos ir a ver precios y demás, y dar también ese servicio.

Dijo Pablo.

—Vamos a ver como funciona primero la venta en el mercadillo y, si todo va como pensamos, pues nos planteamos la venta online.

Dijo mi hermano Pedro, que era muy reacio a ese tipo de ventas, él era más de, cara a cara.

—Por cierto, enana, ¿qué es eso del inoxidable? ¿No se te podía ocurrir un apodo mejor que ese? Verás tú el cachondeo que va a haber mañana en el mercadillo por tu culpa.

Me dijo Juan, que era el más serio de todos.

—Mientras que haya ventas, da igual que haya también cachondeo.

Le dijo mi madre, negando con la cabeza.

Esa noche me acosté con todo eso dando vueltas en mi cabeza. Ojalá y funcionara bien, porque me encantaba mi trabajo y tener que irme a trabajar de otra cosa no me hacía la más mínima gracia, la verdad.

Mis hermanos montaron los tres puestos. Todos estábamos nerviosos por si había dado resultado el tema de las redes sociales, pero todavía era muy temprano.

Juan, mientras que nosotros preparábamos el género para su venta, se acercó al bar más cercano para traernos el desayuno a cada uno, ya que, ni siquiera habíamos tomado un café, presos de los nervios.

—¿Lista para comernos el mercadillo hoy?

Me dijo Pedro, dándome un abrazo.

—Yo estoy lista siempre, hermanito. Otra cosa es que la gente venga, porque últimamente, no dan ni un paseo.

Le respondí.

—Aquí está el desayuno, para coger fuerzas. Venga, ya veréis como hoy no se para de vender, y como la idea de Pablo va a salir viento en popa.

Dijo Juan, al que nunca había visto tan optimista.

Casi no me dio tiempo a comerme el bocadillo, cuando ya tenía el puesto repleto de gente, preguntando por "la Yurema".

—Vamos, mujeres, que vais a estar vestidas como la Lomana, o como su hermana, que seguro que gasta menos. Aquí, por lo que ella se compra un pañolito, tú te llevas hasta el bolsito.

Les decía, y ellas se partían de risa.

—Yo quiero el modelito del David y la Juana, el que sacaste en el vídeo.

Me dijo una mujer, y solté una carcajada.

—Ahora mismo te lo saco. ¿Lo quieres en el mismo color?

Le pregunté.

—Igualito, igualito, que tengo la Comunión de mi sobrina chica y quiero darle a mi cuñada con el modelito en las narices.

Me dijo una clienta.

—Ahora mismo te lo saco, corazón, y la vas a dejar con la boca abierta.

Le respondí, sonriente.

—Es de lo más pija, y siempre me dice que voy hecha un adefesio, así que tengo que demostrarle que no siempre se va elegante si te gastas más dinero.

Me contaba.

Ni que decir tiene que se llevó el modelito, pero también una chaqueta a conjunto, por si acaso ese día se levantaba fresquito.

Además, mi hermano le buscó unas sandalias que le venían bien, junto con el bolso, y el otro, se encargó de toda la bisutería y un cinturón en dorado, de metal, que le venía como anillo al dedo.

—Que sepas que, a partir de ahora, no quiero otra ropa que no sea de aquí. Vendré la semana que viene a por otro modelito y, poco a poco, voy a ir renovando todo mi armario.

Me dijo la clienta.

—Y yo estaré encantada de atenderte en tus necesidades.

—Eres una vendedora como la copa de un pino, pero sincera, no de la que te dice que el vestido es mágico y que te hace un cuerpazo y en realidad eres una bombona de butano con una fundita puesta por encima.

Me dijo ella, y solté una carcajada.

Cuando nos tocó recoger, habíamos hecho de caja en una mañana casi el doble de lo que hicimos la semana anterior, y eso nos alivió muchísimo. A parte del puesto del mercadillo, como tan solo se ponía un día en cada ciudad, los otros dos días trabajábamos en otro lugar.

Yo, concretamente, trabajaba limpiando las oficinas de una empresa, pero lo hacía a las cinco de la mañana, cuando todavía no habían llegado, por lo que no me cruzaba prácticamente con nadie, nada más que con el conserje y el chico de seguridad, con el que había ido a tomar café en alguna que otra ocasión al terminar nuestro turno.

Mi madre se puso de lo más contenta cuando contó el dinero que habíamos ganado en esa jornada, y tuvo que felicitar a Pablo por su idea.

—Hermanita, esta noche voy a subir otro de los vídeos. Sé que dijimos que subiríamos uno a la semana, pero la gente no para de pedir más vídeos para ver más modelos.

Me dijo mi hermano.

— Este fin de semana grabamos más.

Capítulo 3



Borja

—Hijo, ¿no te quedas a cenar?

Me preguntó mi madre, Mercedes.

—No, mamá. Mañana tengo una reunión a primera hora y tengo que repasar algunas cosas.

Espera un momento… Yo, como siempre, yendo a la bulla y sin explicar nada. Mi nombre es Borja del Monte, soy el gerente de la empresa familiar, dedicada a la fabricación y exportación de vinos de la tierra.

Por suerte para mí, no me tuve que enfrentar al paro cuando terminé la carrera pues mi padre, estaba deseando dejarlo todo en mis manos.

Tengo una hermana, Sandra, que se dedica a ir de evento en evento y a lucir cada día un modelito. Se suponía que era las relaciones públicas de la empresa, pero, en realidad, ella tan solo se ocupa de estar impecable y de llevar sus redes sociales a otro nivel. Lo que hoy en día se llama "influencer", pero que no era otra cosa que un escaparate de su vida.

Vivía en el centro, en un ático de ciento cincuenta y siete metros cuadrados de vivienda y otros tantos en terraza y zona de ocio.

Era normal que mis amigos y yo nos reuniéramos allí los fines de semana, sobre todo en los que el calor hacía acto de presencia, ya que tenía una piscina infinita desde la que se podía ver toda la ciudad.

Pelayo, mi mejor amigo y mi mano derecha en el trabajo, me había enviado un mensaje para decirme que me estaba esperando en mi portal.

Venía a repasar conmigo toda la documentación de la reunión que tendríamos al día siguiente, pero seguro que también me contaría algo de la mujer que estaba conociendo, por decirlo de un modo fino, porque para lo único que quedaban era para acostarse, y después, cada uno para su casa.

—Hola, Borjita. ¿Qué tal todo?

Me dijo, en cuanto que me vio llegar.

—Hola, Pelayito, pues cómo siempre, ni más ni menos.

Le respondí.

Subimos a mi ático, donde preparé algo para picar y saqué dos cervezas, pero después de quitarme la ropa que llevaba y ponerme cómodo. En casa de mis padres, la ropa que se usaba para cada evento era algo que nadie se podía saltar.

No es que pudiera ponerme un vaquero y unas zapatillas para ir a ver a mi madre, ni mucho menos. Como mucho, mi madre me permitía ir en pantalón chino y camisa, eso sí, aunque no se llevara corbata, tenía que llevar americana y zapatos, y así venía vestido.

—Joder, no entiendo esa manía de tu madre de tener que ir a verla como el que va a una cena de negocios.

Me dijo Pelayo.

Sus padres, a pesar de compartir el mismo estatus social, eran todo lo opuesto que se puede ser a los míos, de lo más natural y sencillos del mundo.

—Ya sabes como son, Pelayo, no es algo que vayamos a descubrir ahora.

—Lo sé, pero me resulta chocante.

Me respondió.

—Bueno, venga, vamos a ponernos con la documentación, a ver si podemos dejarlo todo listo en una hora.

—Eso, y así te cuento mi vida.

Me dijo, y confirmó algo que ya sospechaba.

Estuvimos durante más de una hora repasando toda la documentación. Se trataba de un nuevo contrato de exportación a un país de la Unión Europea, concretamente a una empresa que tenía una cadena de hoteles y restaurantes, y que estaba muy interesada en nuestros vinos.

—Todo listo. Cuéntame eso que te agobia, te perturba y te atormenta.

Le dije, con guasa.

—Tío, pareces la bruja esa que sale por la tele, que no me acuerdo el nombre.

Me respondió él, con una sonrisa.

—Esperanza Gracia, creo que se llama. Pero venga, desahógate, que voy a meter una lasaña en el horno para calentarla. ¿Te quedas a cenar?

Pregunté.

—Por supuesto, no me pienso marchar sin probar esa lasaña precocinada. El día que me digas que has hecho una olla de potaje casero, te saco en hombros como los toreros.

Yo, como no solía comer o cenar en mi casa, lo normal era que solo tuviera comida precocinada en mi nevera, ya que solía hacerlo en restaurantes casi a diario.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, el próximo día, cuando vengas, te pones tú a cocinar y comemos los dos.

Y es que él era tan negado para la cocina como yo.

—Eso estaba yo pensando… Bueno, a lo que iba, esa mujer me va a volver loco, te lo prometo.

—Pues eso tiene fácil solución, déjala.

—¿Acaso te crees que no lo he intentado? En multitud de ocasiones, pero cada vez que me llama y me dice de vernos, no me puedo resistir.

—Pues no lo has hecho con suficiente ahínco, la verdad.

—Follamos, y cuando ya estamos saciados, cada uno para su casa. Sé que ese es el sueño de muchos hombres, pero no el mío.

—¿Has hablado con ella sobre eso?

—He hablado con ella de ir un paso más allá de lo que tenemos, pero no quiere. Me siento utilizado, de verdad.

Me contó, y lo vi de lo más agobiado.

—Bloquéala, no le des opción a que pueda contactar contigo. Lo mismo, si ve que estás en esa actitud, se lo piensa y se toma la relación más en serio.

—No puedo, estoy completamente enganchado a ella. Tan solo quiero que tengamos exclusividad, pero ella no quiere.

Le confesó, algo apesadumbrado.

—Amigo, estás muy jodido. Esa mujer te utiliza como su consolador personal y tú, lo estás consintiendo.

—¿Crees qué no lo sé?

—Pide ayuda, ve a terapia, pero termina con todo esto, o el único perjudicado serás tú, que vas a terminar completamente enamorado de esa mujer que no te conviene.

Pusimos la mesa y cuando estábamos a punto de cenar, llamaron a la puerta de mi casa. Me extrañó, pues no esperaba a nadie, pero, aun así, fui a abrir.

—Sandra, ¿qué haces aquí?

Le pregunté, pues mi hermana no era de las que hacían visitas familiares, y pensé que le ocurría algo.

—No te lo vas a creer.

Me dijo, pasando por mi lado como si fuera un huracán.

—¿El qué no me voy a creer? No entiendo nada, de verdad. ¿Serías tan amable de explicármelo?

—Hay una choni que vende ropa en un puesto del mercadillo que en dos o tres días que lleva publicando videos en las redes sociales, ha conseguido más visualizaciones y más seguidores que yo. ¡Es inaudito!

Exclamó, y no pude reprimir una carcajada.

—Y a ti, ¿qué más te da?

—Por supuesto que me da. Soy una de las mejores influencer del país. ¿Cómo me va a destronar una niñata de mercadillo?

Me dijo, completamente indignada.

—Buenas noches, Sandra.

Le dijo Pelayo.

—Ah, estás tú aquí, entonces, me marcho.

Le dijo mi hermana.

Entonces me di cuenta de una cosa en la que antes no había reparado.

—No hace falta, podéis estar los dos en mi casa sin que pase nada.

—No, no, pero antes, te anoto el nombre de la cuenta esa para que veas quién me está destronando. Y otra cosa te digo, no lo pienso permitir.

Mientras, se fue hasta la mesa y anotó un nombre en un papel para dejarlo allí encima, como si a mí me interesara eso.

Cuando Sandra se marchó, no dudé en mirar fijamente a mi amigo, y en preguntarle eso que me estaba martilleando la cabeza, pero lo dejaría para cuando termináramos de cenar, no quería que se marchara sin comer nada, y eso es lo que ocurriría si hablaba ahora.

—¿Me vas a decir ya quién es esa mujer que te está destrozando o tengo que decírtelo yo?

Le pregunté a Pelayo.

Casi se atora con el sorbo de cerveza que tenía en la boca.

—Joder, te has dado cuenta…

Me respondió.

—Por supuesto que sí. ¿Sabes que es lo que más me duele de todo esto?

—Si no me lo dices, no tengo ni idea.

— No es que te estés acostando con mi hermana, sino que no hayas tenido la suficiente confianza para contármelo.

Le dije, y es que me había dolido muchísimo.

—Pensé que te enfadarías. Joder, es tu hermana…

—Como si fuera mi prima, a mí eso me da igual. Lo que no me da igual es que te está destrozando con sus caprichos.

—¿Piensas que no me doy cuenta de lo qué está haciendo?

—Mi hermana jamás te tomará en serio, y no porque no lo valgas, que sí que lo haces, sino porque ella quiere un hombre florero a su lado, que la halague y al que pueda manejar a su antojo.

—¿Acaso yo no lo soy? Porque hace conmigo lo que quiere.

—Eres un hombre inteligente y guapo, tú, opacarías su presencia. No te voy a decir nada más, pero, por tu bien, termina con todo esto, o acabarás muy mal.

Le dije, enfadado.

No es que me hubiera sentado mal que estuviera liado con mi hermana, ni mucho menos, si fuera una mujer normal, sería el mejor cuñado que podría tener. Pero siendo lo caprichosa y superficial que era, aquello no iría a ninguna parte, y tanto él, como yo, lo sabíamos.

Capítulo 4



Borja

Cuando Pelayo se marchó de mi casa, varias horas después, me picó la curiosidad y cogí mi móvil. Entré en las redes sociales y después de echar un vistazo, introduje el nombre de la cuenta que me había apuntado mi hermana en aquel papel.

—Joder, no me extraña que tenga tantos seguidores y haya subido en tan poco tiempo. ¡Vaya belleza de mujer!

Murmuré, para mí, puesto que no había nadie más conmigo.

Seguí viendo los vídeos que había subido, casi en bucle, porque no había más de cuatro o cinco. Tenía una elegancia y un estilo espectacular, a pesar de llevar ropa de mercadillo, y no me quería imaginar como sería si la ropa fuera de firma.

Todo en ella era natural, y pensé que eso era lo que más le jodía a mi hermana, porque Sandra era de lo más artificial que había visto en mi vida, además de superficial.

Me metí en la cama con la imagen de esa mujer en mi mente. Ni siquiera me había fijado en el nombre, la verdad, pero esos ojos de color miel se me habían quedado grabados. No era normal en mí que una mujer me llamara la atención de esa manera.

Tampoco vayáis a pensar que era un monje de clausura, porque nada más lejos de la realidad. Me acostaba con todo lo que llevaba falda y se me pusiera a tiro, incluso acudía, de vez en cuando, a un club de sexo liberal y participaba en el sexo en grupo.

Pero, de ahí a que alguien me provocara a que la mirara varias veces seguidas o que me hiciera sentir de esta manera, va un mundo.

Me desperté en cuanto sonó el despertador, me di una ducha y me vestí de la manera más profesional que podía, pues la reunión de hoy era muy importante.

Fui a la cocina y me preparé un café, que me bebí como cada mañana, mientras guardaba mi portátil en el maletín y el dosier con toda la documentación.

Bajé y me monté en mi coche. Es cierto que, tanto mis padres como mi hermana, solían tener chófer, pero yo me limitaba a llamarlo cuando era un evento importante. Para el resto de las ocasiones, conducía mi propio coche, pues no me gustaba nada llamar la atención de esa manera.

—Buenos días.

Le dije a mi secretaria, que ya estaba en su puesto de trabajo.

—Buenos días, señor del Monte. Ya está todo preparado en la sala de reuniones.

Me dijo, levantando la cabeza del ordenador.

—Avisa al señor Velarde, por favor. Dígale que venga a mi despacho.

Le pedí.

Ella asintió con la cabeza, cogiendo el teléfono y marcando la extensión de mi amigo.

Mientras tanto, entré en mi despacho, me desabroché la chaqueta y encendí mi portátil, que había colocado encima de mi escritorio. Saqué de nuevo el móvil, y volví a buscar el perfil de esa mujer.

Había subido un vídeo nuevo, en el que se veía preciosa, además de que tenía un arte que no se podía aguantar.

—¿Me has llamado? Creo que anoche quedó todo claro, ¿no?

Me dijo Pelayo, entrando en mi despacho.

—Cierra la puerta, quiero mostrarte algo.

Le dije, y le puse el móvil en su dirección, para que lo viera.

—¿Quién es esta? Joder, vaya belleza de mujer.

Me dijo Pelayo, tomando mi móvil con sus manos.

—Esta es la mujer que le ha comido terreno a mi hermana, de la que vino rajando ayer.

Le contesté.

—Pues tiene toda la razón en estar enfadada, porque, con esa belleza tan natural, se la va a comer con papas.

Me respondió él.

—Me ha llamado mucho la atención, tengo que conocerla.

Le dije, abriendo mi corazón.

—Joder, eso sí que es nuevo. ¡El gran Borja del Monte cautivado por una mujer desconocida!

Se burló Pelayo, con mucha guasa.

—Tampoco te pases. No estoy cautivado, pero sí que me ha llamado la atención.

—Pero como siempre, para un buen revolcón y listo.

—Siempre me pasa lo mismo, me fijo, y en cuanto pasan por mi cama, toda la atracción se diluye.

Le conté.

—Pero nunca antes me habías dicho eso de que te ha llamado la atención, así que, lo mismo estamos ante la futura señora del Monte.

Me dijo, y lo miré anonadado.

—La futura señora del Monte, dice… Como si mi madre lo fuera a permitir.

Le respondí, negando con la cabeza.

—Borja, ya tienes una edad como para buscar la aprobación de tu madre…

—¿Te olvidas de que, si no sigo sus reglas, me veo de patitas en la calle? Tengo mi futuro completamente organizado, y no pienso renunciar a él, ni por una mujer, ni por nadie.

Le dije, porque era cierto.

—En el corazón no se manda, amigo, y te lo digo yo que estoy más que jodido por culpa de eso mismo que me estás contando, por las apariencias.

—Bueno, venga, vamos a la sala de reuniones que ya tienen que estar a punto de llegar los nuevos clientes.

Me dijo, levantándose del sillón en el que estaba sentado.

Nos metimos en la sala de reuniones donde, minutos después, llegaron los clientes con los que teníamos que reunirnos. La reunión se alargó durante toda la mañana, y a la hora de comer, decidimos que iríamos a un restaurante cercano y después de la comida, volveríamos a reunirnos para terminar de cerrar los puntos que nos quedaban por discutir.

—No ha ido mal del todo, ¿no te parece?

Me dijo Pelayo.

—Pues no, pero esa mujer me está poniendo nervioso. Todo lo apuntilla, y siempre quiere salirse con la suya.

Le contesté.

Me estaba refiriendo a la hija del dueño, que era la que había venido a negociar, junto a sus abogados.

—Esa lo que quiere es otra cosa, te lo aseguro. Si le das un buen repaso, las cláusulas les dará lo mismo.

Me dijo mi amigo, riendo.

—No creas que no me he dado cuenta, que me mira como si fuera una lata de Coca Cola fría en medio del desierto.

Le respondí, sin parar de reír.

Salimos del despacho y nos dirigimos al restaurante, ellos también nos acompañarían. En un momento determinado, me levanté para ir al baño, pues la conversación me estaba agobiando un poquito.

No me gustaba hablar de negocios cuando estaba comiendo, a no ser que la comida fuera expresamente para eso.

Entré en el baño, y acto seguido, escuché la puerta cerrarse y noté como habían echado el pestillo. No me hizo falta mirar para saber quién era, pues el olor de su perfume la había delatado.

—¿Necesitas ayuda? Tengo la solución perfecta para terminar con tu agobio y relajarte.

Le dijo Natasha, que así se llamaba.

—Ah, ¿sí? Pues estaría encantado de saber en qué consiste.

Le dije, siguiéndole el juego.

—Mejor te lo muestro, que con palabras como que pierde intensidad.

Me contestó, llevando su mano a mi miembro, que ya empezaba a estar duro y erecto.

Natasha era un espectáculo de mujer, con una sensualidad y una elegancia que saltaban a la vista. Rubia, con ojos azules y unos pechos con los que volvería loco a cualquier hombre.

No me lo pensé, la cogí en brazos y la senté sobre el mueble del lavabo, levanté su falda y abrí los botones de su blusa.

Mientras que me llevaba sus pechos a la boca, mi mano se internó entre sus piernas, hasta llegar a su sexo, donde, con mis dedos la fui penetrando y con mi pulgar hacía círculos en su clítoris.

Se corrió en mi mano, de una manera de lo más sexy. No me lo pensé, me puse un preservativo, pues siempre llevaba en la cartera y la penetré. Cuando me cansé de esa postura, la bajé de ahí, y la puse mirando de cara al espejo y de espaldas a mí.

Levanté sus caderas y la penetré de una fuerte embestida, hasta que ambos alcanzamos el clímax de nuevo.

—Me encantaría volver a verte antes de volver a mi país.

Me dijo, con ese acento francés que me ponía tan cachondo.

—Lo harás, recuerda que tenemos que seguir con las negociaciones.

Le contesté, pues no era de los que repetían con ninguna mujer.

—No me refería a eso, pero bueno, ya lo vamos viendo.

Me dijo, mientras salía del baño, dejándome allí para recuperarme.

Había estado muy bien, eso no se lo iba a negar a nadie, pero hasta ahí. No había sido más que un polvo rápido para saciarnos, nada más. Ahora, nos tocaba centrarnos de nuevo en el tema que teníamos entre manos.

Lo mejor era que nos fuéramos ya para las oficinas, y de ese modo acabaríamos con toda la tentación, pues quería llegar a casa lo antes posible.

A partir de ese momento, la reunión fue mucho más rápida y ligera que durante la mañana, firmando el contrato una hora y media después.

Capítulo 5



Yurema

Acabábamos de terminar de montar el puesto, cuando, de repente, una estirada que parecía que en vez de venir a un mercadillo venía a una recepción real, empezó a gritarme.

En un principio, pensé que era alguien que estaba descontenta con una compra o algo parecido, hasta que la escuché detenidamente.

—¡Tú, niñata!

Exclamó, cuando estuvo a mi altura.

—¿Perdona? ¿Con qué derecho vienes a insultarme? ¿Te conozco yo de algo?

Le pregunté, algo furiosa.

—Por supuesto que no nos conocemos, faltaría más. Una mujer como yo no se junta con escorias como tú.

—Entonces, si eres tan amable, baja el tonito y me hablas como una persona civilizada, no como una salvaje.

—¿Salvaje? ¿Yo? Vamos, no me hagas reír.

Me dijo, con toda la ironía del mundo.

—Si sigues en ese plan, llamo ahora mismo para que te saquen de aquí.

Estaba intentando aguantar mis nervios y parecer tranquila, cuando la realidad era otra.

—Iré al grano, no quiero estar aquí más tiempo del necesario. Si te crees que, con tu lenguaje chabacano y tus modelitos de saldo vas a desbancarme en las redes sociales, lo llevas claro…

Me dijo y entonces entendí que era lo que le estaba molestando.

—Creo que, en las redes sociales, hay sitio para todas, tú en tu parcela y yo en la mía.

Le dije, pues de verdad que no entendía su enfado.

—Eso no te lo crees ni tú. Ya mismo estás cerrando la cuenta, si no quieres que mis seguidores echen por tierra todo tu trabajo.

Me amenazó.

—No pensamos cerrar nada, así que, si me haces el favor, ya mismo te estás marchando de aquí y dejando de incordiar a mi hermana, o la que tendrá que lamentarse serás tú.

Le dijo mi hermano Pedro, que había llegado en ese momento.

—¿Me estás amenazando? Que sepas que yo soy una del Monte, muerto de hambre…

—Disculpe a mi hermano, señorita. Soy Juan Salazar, si es usted tan amable de acompañarme, podemos llegar a un acuerdo.

Le dijo mi hermano mayor.

Cuando la pija esa se volvió y vio a mi hermano, se le cambió el rostro. Juan tenía ese efecto en las mujeres, el del desconcierto y el asombro, pues, además de ser de lo más educado, era guapo hasta decir basta.

—Por fin encuentro a alguien en condiciones en este lugar.

Le dijo ella, poniendo ojitos y cogiéndose del brazo de mi hermano.

—No veas la pija, ¿no? ¿Con qué derecho viene a pedir una cosa así?

Me preguntó mi hermano Pedro.

—No lo sé, pero seguro que Juan se encarga de bajarle los humos.

Los vimos marcharse juntos, y tanto Pedro, como yo, volvimos a nuestros quehaceres. En el puesto de mi hermano Juan, estaba nuestro hermano Pablo, que lo ayudaba en los días en los que no tenía clases, como en ese momento.

Nuestro hermano volvió casi dos horas después, y con una cara de satisfacción que nos hizo soltar una carcajada a los demás. En cuanto nos vio, nos hizo un gesto para que no dijéramos nada, pero estaba claro que venía de acostarse con ella, no tenía otra explicación.

—Espero que la pija no sea tiquismiquis en la cama, que capaz es de querer comerse tu miembro con cuchillo y tenedor.

Le dijo Pedro, y solté una carcajada que resonó en todo el mercadillo.

—¿Te imaginas? Y con servilleta de hilo de algodón.

Le dije yo, sin poder parar de reír.

—¿Podéis parar de decir tonterías?

—Como si estuviéramos diciendo alguna mentira…

Le respondí.

— Para empezar, ni siquiera os he confirmado que me haya acostado con ella.

Dijo Juan, empezando a enfadarse.

—Vamos, hermanito, eso no hace falta que lo digas. En primer lugar, porque vienes con la cremallera del pantalón abierta y los botones de la camisa, cojos.

Le dije, y se puso rojo como un tomate.

—Eso no es cierto…

Respondió, mirando su camisa de manera poco disimulada.

Pedro y yo, soltamos una carcajada, pues con ese simple gesto, nos había confirmado que se había acostado con la pija. Nos llevamos todo lo que quedaba de mañana metiéndonos con él, y santa paciencia la que le echó al asunto, puesto que le dimos una carga que no era ni medio normal.

A la hora de recoger, le dijo a Pedro que se llevara él la furgoneta, que había quedado para comer y no iría a casa.

—¿Has quedado para comer conejo?

Le preguntó Pedro, siguiendo con la broma.

—No, hombre, Juan va a comer almejas a la marinera, no ves que lo va a vestir de grumete.

Le respondí yo, sin poder parar de reír.

—Ya vale de cachondeo, ¿no?

Nos dijo él, pero con una sonrisa en la cara.

—El día que la vaya a llevar a casa tendremos que decirle a mamá que compre un ambientador de Chanel, porque como vaya y mamá haya cocinado un potaje de coles, le va a dar algo.

Dijo Pablo.

Mi hermano hablaba con toda su inocencia, y ahí sí que, hasta Juan, lloró de la risa, porque no era ni siquiera medio plausible que esa mujer pisara nuestra casa.

—Esa va a ir a casa cuando nos toque la primitiva y compremos un chalé en las afueras.

Le dije.

—No veo yo a la pija subiendo por las escaleras del bloque cuando el ascensor esté averiado.

Le dijo Pedro, siguiendo con la broma.

—Es capaz de pedir que Juan la suba a la sillita la reina.

—La pija, el único problema de no llegar a fin de mes que tiene es que se le haya terminado el champú hidratante y sea domingo.

Dijo Juan, negando con la cabeza.

Durante el trayecto a nuestra casa, nos pusimos un poco más serios, porque no me gustaba nada que nuestro hermano se involucrara con una mujer así. No es que se fueran a casar mañana, pero sí que sabíamos que, si nuestro hermano se había acostado con ella, era porque le había gustado demasiado.

—También cabe la posibilidad de que ella lo haya seducido.

Le dije a mi hermano.

—Los hombres somos más simples que el mecanismo de un botijo, hermanita.

Me dijo Pedro, agachando la cabeza.

—Eso es cierto, pero, aun así, los dos sabemos que Juan no es fácil de seducir.

—Crucemos los dedos para que no lo esté utilizando para hacerte daño, porque, entonces, se las tendrá que ver conmigo.

Me contestó mi hermano.

En cuanto terminamos de comer, nos subimos de nuevo a la azotea para grabar varios videos más. Con cada video me iba soltando un poquito más, y se veían de lo más natural.

En esta ocasión, empecé con un conjunto de dos piezas en color berenjena, que combiné con unas sandalias plateadas, al igual que todos los complementos.

"Amigas, aquí estoy de nuevo. Hoy os traigo un conjunto de lo más primaveral, que sirve para ir cómoda, a la vez que elegante.

Lo podéis utilizar, tanto con sandalias de tacón, como estoy usando yo ahora, como con unos zapatos planos. Imaginaos, una cena con vuestra pareja, a la luz de la luna en una terracita, y vosotras, luciendo espectaculares con este conjunto de dos piezas.

Vais a ser la sensación de la noche, os lo aseguro. Con esto, me despido, y os emplazo a mi siguiente video.

Besitos de chocolate".

—Ha quedado ideal, hermanita.

Me dijo mi hermano Pablo, cuando cortó la grabación.

—Cuñada, cada día salen mejor. Estás, como más suelta.

Me contaba Mayte.

—Ahora mismo lo voy a subir, mientras tú te cambias de ropa. Verás la pija el cabreo que se va a pillar en cuanto lo vea.

Dijo Pablo.

— Por cierto, he estado hablando con los del servicio de paquetería, por lo del tema de la venta online, y nos han ofrecido unas tarifas de lo más buenas.

Le conté.

Nos dimos cuenta de que Mayte no sabía nada de lo que había pasado esta misma mañana en el mercadillo, por lo que le contamos todo, con pelos y señales.

En cuanto llegamos a la parte en la que Juan se había marchado con ella y como sospechábamos se habían acostado, ella se doblaba de la risa.

—Me lo estoy imaginando, tan serio y defendiéndote, mientras que le tira los tejos.

Decía ella.

—Más bien, pienso que ha sido todo lo contrario, que ella ha sido la que se ha tirado a su cuello.

Dijo Pablo.

—Juan no es de los que seducen a una mujer como ella, pienso que, tan solo, se ha dejado llevar por la situación.

Le dije a mi cuñada.

—Vamos, lo que viene siendo que ha aprovechado la situación.

Me contestó, riendo a carcajadas.

Me cambié de ropa y Mayte se encargó de cambiarme el peinado y el maquillaje, puesto que, para esta ocasión, habíamos elegido un vestido de ceremonia, que me quedaba de muerte, aunque esté mal que yo lo diga.

Mi hermano había cogido una tela de color dorada, con la que cubrió la pared, y que hacía contraste con el vestido y con todo lo que llevaba puesto. Nos quedó un video de lo más cuqui y elegante.

Capítulo 6



Borja

Esa noche llegué a casa de lo más agotado, puesto que, después de la reunión, Natasha me buscó en mi despacho, y nos fuimos a su hotel, donde pasamos otro buen rato de pasión.

—¿Nos veremos de nuevo antes de marcharme? Puedo quedarme unos días más, si me lo pides.

Me dijo ella.

Natasha hablaba mientras me veía vestirme para marcharme.

—No, lo siento, pero esto terminó aquí. No suelo repetir con la misma mujer, así que, puedes darte por satisfecha.

Le dije.

—Entonces, será mejor que vuelva a casa lo antes posible. Un placer haber hecho negocios contigo, nunca mejor dicho.

Me respondió, con una mirada de lo más pícara.

Salí de su hotel y puse rumbo a mi casa, donde me daría una ducha y me iría directamente a la cama, ni siquiera me prepararía algo de comer, ya que el cansancio y el agotamiento podían con el hambre.

Al día siguiente tenía una comida familiar, y tendría que soportar las quejas de mi hermanita sobre aquella mujer, una que no se me había ido de la cabeza.

Me metí en la cama, pero no pude pegar ojo, a pesar del cansancio que tenía. Por ello, cogí el móvil y entré en el perfil de ella, Yurema, y vi que había subido un nuevo vídeo.

Se veía preciosa, natural y tenía una sonrisa de lo más cautivadora. Tenía que conocerla, hablar con ella y, por supuesto, llevármela a la cama. Para conseguirlo, debería tener un plan, y Pelayo me iba a ayudar, de eso estaba completamente seguro.

Pensaréis que es una chiquilla, pero no os podéis imaginar el carisma y la personalidad que tenía a su edad. Pocas mujeres había conocido que lo tuvieran, y eso me resultaba de lo más tentador.

Al fin me dormí, y en cuanto que desperté, volvía a acudir esa mujer a mi mente, una y otra vez, hasta el punto de que me tuve que meter en la ducha y masturbarme.

Me la imaginaba desnuda, cabalgando sobre mi miembro, empotrándola contra la pared y todo lo que hice anoche con Natasha acudió a mi mente, pero sustituyéndola por la chica del mercadillo.

—No te puedes creer lo que hice ayer.

Me dijo Sandra, en cuanto que entré en casa de mis padres.

—De ti, me espero cualquier cosa, te lo aseguro.

Le respondí.

Entré en el salón, donde ya estaban mis padres sentados, tomando un tentempié. Los saludé, y les di un beso a cada uno, para tomar asiento a su lado.

—¿Te ha contado tu hermana lo de esa niñata que quiere arrebatarle el puesto en las redes?

Me preguntó mi madre.

La señora Mercedes tan solo miraba por los ojos de su hija.

—Mamá, nadie quiere arrebatarle el puesto a nadie. En ese mundo, hay cabida para ambas, son caprichos de mi hermana.

—A mi hija no le hace sombra nadie, mucho menos una niñata que vende en un mercadillo.

Dijo mi madre.

No consideraba que fuera para tanto, era como si mi hermana fuera de la realeza.

—Mamá, no te preocupes por eso, que ya me estoy encargando yo… Digamos que, estoy convenciendo a su hermano mayor para que no la deje subir más videos.

Dijo ella.

Con su mirada supe que se estaba acostando con él para conseguir su propósito, y eso no lo iba a permitir, pero tampoco le diría nada a ella.

—¿Lo ves? Esa es la actitud de lucha que le he inculcado a mi hija, que nunca deje que nadie la pisotee.

Dijo mi padre, con orgullo.

—¿Actitud de lucha? ¿Por utilizar a un hombre para su provecho? No me hagas reír, papá, por favor.

—¿Acaso no es una lucha la manera de enfrentarlo de tu hermana?

Preguntó mi padre.

—Lucha la que tiene esa pobre chica para salir adelante, porque lo vídeos que hace mi hermana son para figurar, mientras que los que hace ella son para conseguir llevar un plato a su mesa. Así que, no las compares, te lo ruego.

Le dije a mi padre, en un tono en el que ni siquiera me reconocía, la verdad.

—No te voy a permitir que me hables en ese tono y, mucho menos, que desprecies el trabajo de tu hermana.

—¿Qué trabajo, papá?

— Si ella sube videos a las redes, es para promocionar la fábrica, para que todo el mundo nos conozca.

—A la bodega no le hace falta eso, ya nos conoce todo el mundo. Eso lo hace para justificar su sueldo.

—Ella no ha tenido la culpa de haber nacido en una cuna de oro, al igual que tú. Por ello, te pido encarecidamente que le muestres una disculpa. Me dijo mi padre, como si estuviera dando un discurso.

—No le voy a pedir disculpas a nadie por expresar lo que siento. Sí lo haré por el tono que he empleado contigo, papá, pero nada más.

Le dije, enfadado.

—Entonces, será mejor que te marches. No quiero que te sientes en la misma mesa que nosotros, mientras no te disculpes con tu hermana.

Me dijo mi padre, muy serio, y no lo dudé.

—Pues nada, nos veremos algún día.

Le contesté, me levanté y me fui.

No iba a ceder a sus peticiones y si ellos no me querían allí, yo tampoco quería estar. Me monté en mi coche y salí de la propiedad con un objetivo claro, localizar a esa mujer y hablar con ella sobre los planes de mi hermana. Se había declarado la guerra, y yo ya había decidido de que bando estaba, aunque me costara la relación con mis padres. De ahí, me fui directamente a la casa de mi amigo, sin avisar, porque no me hacía falta.

—¿No tenías hoy comida familiar con la realeza?

Me preguntó Pelayo.

—Sí, pero me han echado por decirle a mi hermana cuatro verdades. Sírveme una cerveza y te lo cuento todo.

Entré al salón, como si estuviera en mi casa, pues así la sentía, al igual que él en la mía. Teníamos plena confianza para movernos como queríamos.

Pelayo preparó dos cervezas y algunos aperitivos, pues tenía pensado pedir pizza para comer, y yo, por supuesto, me apunté al plan. Una vez que estuvimos sentados le conté todo, sin esconderle nada, pues, a pesar de que sabía que le haría daño lo que tenía que decirle, le ayudaría para abrir los ojos y olvidarse, de una vez por todas, de mi hermana.

—No me imaginaba nunca que tu hermana fuera de esa calaña, de ese tipo de personas que disfruta arruinando la vida de los demás.

Me dijo, visiblemente dolido.

—Yo tampoco, pero ha resultado ser una persona despreciable, a la que no le importa pisotear ni utilizar a las personas a cambio de salirse con la suya.

—Tenemos que hacer algo.

—Tengo que hablar con esa chica y con su hermano, para que sean conscientes del plan de mi hermana.

Le comuniqué a Pelayo.

—Tengo una idea. Busquemos el día en el que ponen el mercadillo y vayamos a su puesto. Allí, estoy seguro de que los encontraremos a todos y podremos hablar con ellos.

Me dijo Pelayo.

—Me parece una idea fantástica, pero antes, vamos a comer, que tengo un hambre que me muero.

Casi sin darnos cuenta, eran más de las tres y media de la tarde y todavía no habíamos comido. Pedimos pizza a un restaurante italiano que nos encantaba a los dos, además de varias cosas más para ir picando mientras que comíamos la pizza.

A las siete de la tarde, y con todo el plan trazado, nos despedimos y me fui a mi casa. Quedamos en que iríamos al día siguiente, que era lunes, a buscar a los dos y que hablaríamos con ellos sin tapujos.

Sentía una paz interior desde que salí de casa de mis padres que no había sentido nunca. No sabía si era por el hecho de haber hablado sin tapujos de lo que pensaba de mi hermana o si, simplemente, era que, por primera vez, iba a hacer algo bien sin pensar en lo que diría mi familia, pero esa noche dormí a pierna suelta, como nunca había dormido.

Me desperté algo nervioso, como si estuviera deseando, pero a la vez temiendo, tenerla delante. Me sentía como si tuviera quince años y la chica que me gustara hubiera aceptado ir a tomar un helado conmigo.

Me di una ducha rápida, y me cambié de ropa. Esta vez, a pesar de que luego tendría que ir a la oficina, no me puse un traje de chaqueta, ni siquiera un pantalón de vestir.

Quería ir como un chico normal, como se vestían los hombres de mi edad, no como si estuviera obligado a ir a un funeral permanentemente. Por eso, opté por un pantalón vaquero, y una camisa, así como una cazadora vaquera y unas zapatillas de deporte.

—Te miro y no te reconozco, amigo.

Me dijo Pelayo, en cuanto me vio.

—Ya estoy harto de ir encorsetado. A partir de este momento, los trajes de chaqueta se dejan tan solo para las reuniones.

—¿Yo puedo hacer lo mismo?

Me preguntó.

—Tú, puedes hacer lo que te venga en gana.

Le dije, puesto que él también los usaba para ir a la oficina.

—Espera un momento, que ahora mismo me cambio.

Me respondió, y salió pitando para su dormitorio.

Capítulo 7



Yurema

Habíamos terminado de montar el puesto, y ya empezaban a llegar las clientas, movidas por los vídeos que habíamos subido. Las ventas habían subido como la espuma, tanto en mi puesto como en el de mis hermanos.

Estaba atendiendo a una clienta cuando escuché una voz masculina que preguntaba por mí, una de esas voces graves que hacen que se te pongan los vellos de punta, pero al volverme, no me podía creer lo que tenía delante.

—Buenos días, me gustaría hablar con Yurema, por favor.

—Soy yo. ¿En qué puedo ayudarlo?

Le pregunté, y me quedé completamente impresionada.

No había tenido delante a un hombre así de guapo en mi vida. Era uno de esos hombres que te obligaban a volver la cabeza cuando lo veías por la calle. Mi hermano Juan, que se dio cuenta, vino a mi rescate, aunque se mantuvo en un segundo plano.

—Mi nombre es Borja del Monte, y vengo para informarla del plan que ha puesto en marcha mi hermana Sandra, y cuyo objetivo no es otro que destruirla.

Empezó a contarme.

—En primer lugar, vamos a tutearnos, por favor. Si me hablas de usted, me da la impresión de que no es a mí a quién te estás dirigiendo.

—Por mí, sin problemas.

— En segundo lugar, no sabía el nombre de tu hermana, pero puedo adivinar que es la pija que vino el otro día para incordiarme.

Le respondí.

—La has definido a la perfección, te lo aseguro.

Me dijo, riendo.

Me fijé en su ropa y, a pesar de que iba vestido con un atuendo informal, no podía ocultar que tenía dinero, ya que eran primeras marcas. No entendía que hacía allí, poniéndonos en sobre aviso, ya que la otra era su hermana, y eso me hizo desconfiar, no lo voy a negar.

—No entiendo que haces aquí, la verdad. Mis hermanos jamás se pondrían del lado de alguien que se llevara mal conmigo.

Le dije.

—Pues, si fuera tú, no lo diría muy alto. Uno de tus hermanos…

—Lo sé, sé que mi hermano Juan se está acostando con tu hermana. Pero, si pretende llevárselo a su terreno, lo lleva claro.

Lo interrumpí.

—Yo tan solo he tomado lo que me han ofrecido, ni más ni menos. La chica está de muy buen ver y, como comprenderás, no la iba a rechazar.

Le dijo Juan.

—¿Y no te ha dicho nada sobre tu hermana?

Le preguntó Borja.

—Si es cierto que me habló de que convenciera a mi hermana para que dejara de hacer el ridículo en las redes. Pero, ¿sabe qué? Que no pienso hacerlo.

Le respondió mi hermano.

—Y me parece de lo más loable, pero mi hermana tiende a convencer a todo el mundo.

—Desde que a nuestro hermano pequeño se le ocurrió esa idea, desde que abrió la cuenta en las redes sociales, nuestras ventas han aumentado en un cincuenta por ciento, y eso es lo que nos da de comer a nosotros.

Le dijo mi hermano Juan.

—Por supuesto que eso es lo más importante, y no vengo para defender a mi hermana, sino para, en primer lugar, ofreceros una disculpa por la manera de actuar de ella.

—Y es de agradecer, te lo aseguro.

Le respondí, algo cortada.

—En segundo lugar, pero no menos importante, para informaros de su plan, del que ahora me doy cuenta, que estabais al tanto.

Nos dijo Borja.

—Pierde cuidado, porque no logrará lo que está pensando.

Le dijo mi hermano Juan.

No podía apartar mis ojos de ese hombre, al igual que él tampoco podía apartar los suyos de mí. Era como una conexión que, aún sin conocernos, se había ido formando entre nosotros.

—Yurema, me gustaría invitarla a tomar algo…

—Lo siento, pero ahora mismo no puedo. Tengo el puesto a reventar y no puedo marcharme, en otra ocasión.

Lo interrumpí.

¿El motivo por el que había dicho qué no? Pues muy sencillo, no me lo terminaba de creer. Normalmente, la gente como Borja, que había nacido en el seno de una familia adinerada, trataba a las personas de clases media – baja, como si fuéramos de usar y tirar.

Quizás era una tontería que pensara eso, pero no quería que me lo hicieran pasar mal, como ya había ocurrido en otra ocasión. Cuando tenía dieciséis años creí que había conocido al amor de mi vida, y resultó ser la decepción de mi vida.

Me cautivó con su buena presencia y su palabrería, hasta llevarme a la cama. Yo, como la niña que todavía era, caí en sus redes, ya que era bastante más mayor que yo. Una vez que hubo obtenido de mí lo que quería, me despreció delante de todo el mundo.

Me sentí como una mierda, y estuve más de cinco meses sin querer pisar la calle, sin salir de mi cuarto nada más que para ducharme, hasta que mi madre me explicó que querer a un hombre, que entregarse a él en cuerpo y alma, no era malo. Que si alguien había hecho algo mal había sido él, que había jugado con mis sentimientos como si fuera una muñeca.

—No todos los hombres de clase alta son iguales. No creo que perdieras nada por tomarte un café con él.

Me dijo mi hermano Juan.

—Lo sé, pero prefiero no arriesgarme.

Le contesté.

—Pero, quien no arriesga, no gana.

Me habló Pedro, que también había estado pendiente de la conversación.

—No pretendo ganar nada, estoy bien así, como estoy.

Les dije, empezando a enfadarme.

Ambos se mantuvieron en silencio, sabían que, cuando me cerraba en banda, no era bueno seguir insistiendo. Le hicieron un gesto a Pablo, que sería el que hablara conmigo más tarde, aunque de poco le iba a servir, pues no pensaba darle la oportunidad a ese hombre de hacerme daño.

La mañana transcurrió repleta de clientas, además de tener que preparar varios paquetes que habíamos vendido online, ya que, al final, nos decidimos por abrir la tienda al resto de España. Los paquetes se preparaban los sábados y se enviaban los lunes, con cobro contrarrembolso, así no tendríamos ningún tipo de problemas con los clientes.

Llegamos a casa y, tal y como esperaba, Pablo me cogió aparte, pero lo frené, no tenía la menor intención de escuchar un sermón, mucho menos de un niño de diecisiete años. No es que yo fuera mucho más mayor que él, y era cierto que la complicidad era evidente, pero no.

—Ahórrate el sermón, porque ya tengo la decisión tomada.

Le dije.

—No seas tonta, Yurema. Ese hombre te ha gustado más que comer con los dedos.

Me dijo Pablo.

—Y no lo niego, tendría que estar ciega para no admitirlo.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

Insistió mi hermano.

—Pues que también sé que no es un hombre para mí, ni siquiera su familia me apoyaría, así que, mejor no caer en la tentación.

Le respondí.

En ese momento sonó mi móvil. Aparte de trabajar en la oficina limpiando, también cogía algún que otro trabajo de catering para eventos y me ganaba un dinerillo extra, que dedicaba a ahorrar para el día de mañana. Tenía un buen colchón económico, a pesar de mi edad, y mi madre lo sabía.

—¿Yurema Salazar?

Me preguntó una chica.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarla?

Le respondí.

—Le llamamos del catering "El Sol". Necesitamos personal para este sábado, es un evento en una bodega de vino, y pensamos en contar contigo. ¿Estás disponible?

Me preguntó la chica.

—Por supuesto que sí. Pásame los datos por WhatsApp y allí estaré.

Le dije, como en otras ocasiones.

—Pues entonces, te veo allí a las diez de la mañana, porque será un evento que durará todo el día. Ya sabes, calzado cómodo y tu mejor sonrisa, que el uniforme te lo facilitamos nosotros.

Me dijo.

La chica se despidió de mí, cortando la llamada. Me quedé parada, sin saber que hacer. Miré a mi hermano, que levantó las manos en señal de rendición, pero con una sonrisa en los labios que me decía que no lo iba a dejar pasar tan rápido.

Allá él si quería seguir perdiendo el tiempo, porque es lo que pasaría, puesto que yo no pensaba dar mi brazo a torcer.

Mi madre nos llamó para sentarnos a comer, ya que hoy tocaba patatas fritas con pollo asado, y no las iba a freír hasta que no llegáramos. Después de esto, me fui a mi cuarto. No me podía quitar ni la voz ni la cara de ese hombre de mi cabeza, y eso no me estaba gustando nada.

Yo no era de salir mucho, sobre todo desde que mi mejor amiga, Lucía, se marchó de la ciudad. Ella sí que había querido seguir estudiando y consiguió una beca para hacerlo, por lo que se fue a la capital del país para cursar sus estudios.

Nos llamábamos todas las semanas, pero, poco a poco, se habían ido espaciando en el tiempo y en la duración, que cada vez eran más cortas. Según ella, tenía que estudiar mucho, pero la realidad era que casi siempre estaba de fiesta.

Se había echado nuevos amigos allí, y ya no venía ni en vacaciones, por lo que no podía llamarla y contarle lo que me estaba pasando. Por suerte, seguía contando con Inés, así que no dudé en llamarla a ella.

Capítulo 8



Borja

Había llegado el día del evento de la bodega, pues era el aniversario de la comercialización del vino que nos dio la fama que hoy en día teníamos. Me di una ducha rápida en cuanto que me levanté, y me dispuse a vestirme con un traje de chaqueta que me habían hecho a medida.

Por desgracia, tendría que ver a mi familia allí, y tendríamos que aparentar que todo estaba igual que siempre, pues no queríamos salir en la prensa distanciados y que empezaran las especulaciones, porque esto nos podría venir muy mal para futuras negociaciones.

En ese momento, recibí un mensaje de Pelayo, había enviado el coche a recogerlo mientras yo terminaba, y quedamos en que me avisaría cuando estuvieran debajo de mi casa.

Pelayo: *Jefe, estamos esperando en tu puerta. No tardes, si no quieres que la realeza se te eche encima.*

Borja: *Estoy cogiendo el móvil y la cartera. Dos minutos y estoy abajo.*

Le contesté, pero con una sonrisa, porque sabía que estaba diciendo la verdad. Mis padres no soportaban la impuntualidad y, para ellos, si yo llegaba, aunque fuera dos minutos tarde, era como si hubiera matado a alguien.

—Menos mal que has bajado, porque tenemos media hora antes de que empiecen a llegar los invitados.

Me dijo Pelayo, en cuanto me subí al coche.

—Tenemos tiempo. Desde aquí a la bodega no hay más de veinte minutos.

—Lo sé, y no lo digo por mí, sino por ahorrarte una bronca.

—No me agobies, por favor, que bastante tengo con pensar en lo que me espera ahora en el evento.

Le respondí, mientras él asentía con la cabeza.

Durante todo el trayecto estuvimos hablando de todo lo relacionado con el evento y con la empresa. Mi hermana se había encargado de enviar las invitaciones digitales, y esperábamos que hubiera unas doscientas personas allí, porque, aunque fueron ciento ochenta las que confirmaron su asistencia, sabíamos, por experiencia propia, que luego aparecían algunas más que no habían confirmado.

—Ya estamos aquí, pon tu mejor sonrisa y demuéstrales a todos de lo que eres capaz.

Me dijo Pelayo.

Él sabía que no me gustaba nada las apariencias, y aquí todo el mundo venía a aparentar.

—Todavía no me he bajado y ya estoy deseando que termine.

Le respondí.

Cogí una fuerte bocanada de aire y abrí la puerta del coche. Allí estaban todos los periodistas, acreditados y no dudaron en hacernos fotos.

—Señor del Monte, ¿qué espera de esta velada?

Me preguntó uno de ellos.

—Que nuestra bodega siga subiendo como hasta ahora y que todo el mundo conozca nuestros productos.

Le respondí.

—¿Es cierto que ha iniciado una relación con Natasha Blair, la hija del propietario de Hoteles Blair?

Me preguntó otro.

—Para nada, si nos han podido ver juntos ha sido por el trato que hemos cerrado hace unos días, pero solo es un trato profesional.

Le respondí.

—Pero, se le vio salir de su hotel a altas horas de la madrugada…

—Ya os he explicado nuestra relación, no pienso decir una palabra más de mi vida personal.

Le dije.

Noté como Pelayo me tiraba del brazo para entrar en la bodega.

—Buenas tardes, chicos. Vamos a ir entrando que nos esperan.

Les dijo Pelayo a los periodistas.

—Me muero por una copa de vino, aunque sean tan solo las doce de la mañana.

Le conté a mi amigo, en cuanto estuvimos lejos de los periodistas.

Llegamos hasta donde estaban mis padres con mi hermana, y los saludé como siempre, pues dentro de la bodega también había prensa, que publicaría al día siguiente todos los datos del evento.

—Por fin llegáis, casi a la vez que los invitados.

Me dijo mi padre, muy serio.

—Papá, todavía no ha llegado nadie. Ni siquiera los del catering han empezado a entrar con las viandas.

Le dije.

Puse una sonrisa de lo más impostada, pues no quería que la prensa dijera que había mala relación entre nosotros.

—Bueno, vamos a dejarlo que no quiero crear mal ambiente. Recibamos a los invitados, que ya están empezando a entrar.

Me respondió él.

Me quedé con las ganas de contestarle que para que eso ocurriera, tendría que haberse quedado en su casa, pero me mordí la lengua.

Durante más de una hora no me pude mover del sitio, ya que tuve que recibir a todo el mundo, charlar un ratito con ellos y pasar al siguiente. Cuando estaba a punto de volverme e ir a la barra, escuché una voz que se me había grabado en la memoria, y que no olvidaría en mi vida.

—¿Le apetece una copa de vino, señor?

Me dijo, y me volví con una sonrisa.

—Me apetecería mucho más tomármela a solas contigo, pero como no puede ser en este momento, aceptaré esta que me estás ofreciendo.

Ella se quedó completamente sorprendida al verme, su cara me hizo soltar una carcajada, al igual que las palabras que me dijo a continuación.

—¿Tú? Esto tiene que ver más que una corrida de toros.

—¿Por qué? No lo entiendo.

— Yo, intentando no tener que cruzarme con ninguno de vosotros, y vengo a serviros a vuestro evento.

—Te prometo que no tenemos ninguna enfermedad que se pegue.

Pero no lo hice en alto, sino en el oído, susurrando, y pude comprobar que no era tan inmune a mí como pretendía hacerme ver.

—Solo me faltaba eso, que la gilipollez también se pegara.

Me respondió.

Pelayo, que se dio cuenta de quién se trataba, me miró con una ceja arqueada, a modo de interrogante, y le hice un gesto con el que le dejé claro que más tarde le contaba.

Durante todo el evento no pude evitar seguirla con la mirada. Era la elegancia personificada, aun con el uniforme del catering. Andaba como si flotara por la estancia, con esa sonrisa que no le fue indiferente a nadie, ni a hombres ni a mujeres.

Me constaba que más de uno le había tirado los tejos, pero ella, con su habitual sentido del humor, rechazaba todas y cada una de las proposiciones.

En un momento determinado, cuando todos estaban entretenidos, la vi entrar en el almacén, suponía que, a reponer material para seguir sirviendo, y no me pude reprimir, me fui tras ella.

—¿Qué haces aquí?

Me preguntó, algo asustada.

—Me parece que no tengo que recordarte que todo esto es mío, y que puedo moverme por donde me dé la gana.

Ella me puso una cara de desaprobación que no me gustó un pelo.

—Ya tardaba en salir a la luz la prepotencia de los ricos…

—Siento si te ha molestado mi comentario, no lo hice con la intención de parecer prepotente, sino más bien todo lo contrario.

—Claro, claro, no querías demostrar tu superioridad…

— Yurema, me muero por tener una cita contigo, y te ruego, por favor, que me la des —le dije.

Ya no aguantaba más ni quería dar más rodeos.

—¿Para qué? Tú y yo no tenemos nada en común. Sería perder el tiempo —me respondió.

—Te aseguro que tenemos en común mucho más de lo que imaginas.

—Dos gotitas de agua somos, como con tu hermana.

—Yo no tengo nada que ver con la forma de ser de mi hermana, ni siquiera de mis padres, y me gustaría demostrártelo.

Continué.

Me fui acercando a ella poco a poco, como quien acecha a su presa sin que esta se dé cuenta de que lo está haciendo y, cuando la tenía a pocos centímetros de mí, levanté mi mano y la llevé hasta su mejilla. Me moría por besarla, y lo hubiera hecho de no ser porque alguien entró en el almacén a buscarla.

—Yurema, no te demores mucho que hay que empezar a sacar la comida y nos faltan manos.

Le dijo una chica, que no se había percatado de mi presencia.

—No, ya mismo voy. Cojo la caja de refrescos que me han pedido y ya mismo estoy con las bandejas otra vez.

Le respondió a esa chica, que salió inmediatamente.

—No pienso cejar en mi empeño.

—Pues ármate de paciencia.

—Lo haré, sobre todo ahora, que veo que te atraigo lo mismo que yo a ti.

—Sigue soñando…

— Yurema, me muero por besarte, por sentir mis labios en los tuyos, y lo voy a conseguir.

Le dije, mientras que ella se sonrojaba.

Salió del almacén, mientras que yo permanecí un buen rato más dentro. No quería salir y enfrentarme a todo lo que había ahí afuera, pero no tenía más remedio, puesto que me tocaba dar el discurso. Cogí aire y abrí la puerta, dándome de bruces con mi hermana.

—No te vas a creer a quién me he encontrado sirviendo copas…

—Sí que lo sé, y te ruego, por favor, que no hagas nada que la pueda perjudicar.

—¿Por qué tendría que hacer eso?

Me preguntó.

—Te recuerdo que ella está aquí ganándose un sueldo, y que, si tú intervienes, puede que no la llamen más.

Le advertí.

Sandra me miró con una cara que no me gustó nada y, por eso, no dudé en decirle a Pelayo que no se separara de ella, al menos mientras yo me subía al atril a dar el discurso, y mi amigo asintió, pues sabía de lo que era capaz.

Capítulo 9



Yurema

Me cagaba en mi mala suerte, porque no se podía tener una peor que la mía. Primero, porque el evento era de la empresa de ese hombre que me había impactado tanto. Y, en segundo lugar, porque, cuando estábamos en el almacén y se acercó a mí, entró una de mis compañeras.

No sé si hubiera sido capaz de rechazar ese beso que me ofrecía, porque, realmente, lo deseaba tanto como él me había dicho que lo hacía. Menos mal que, en estos momentos, había subido al atril para dar un discurso.

Nuestra jefa nos dijo que nos pusiéramos a un lado de la sala, hasta que el señor del Monte terminara de hablar, y así lo hicimos.

"Buenas tardes a todos. En primer lugar, quiero agradecer a todos los asistentes vuestra presencia. Sin vosotros, esto no sería posible.

Estamos aquí para celebrar el aniversario del Oro Dorado, un vino de la tierra que nos dio la fama que hoy tenemos. Oro Dorado, está elaborado con uvas que han crecido bajo los rayos de este sol, con unos cuidados que han dado como resultado esta maravilla.

Ahora, nuestro catering, servirá un nuevo vino que vamos a presentar ante ustedes. Seréis los primeros en probarlo, antes siquiera de que salga al mercado.

Esperemos que tenga tan buena acogida como el otro.

Os presentamos, Oro Viejo.

Nuestra jefa nos hizo una señal para que empezáramos a repartir el vino que teníamos preparado en las bandejas. Intenté alejarme todo lo posible de donde estaba él, pero no me di cuenta de que iba directamente al infierno, pues me di de cara con su hermana, la pija clasista.

No pude evitarla, mucho menos su brazo, que tiró toda la bandeja al suelo, partiendo las copas y dejando todo el vino regado por el suelo. En condiciones normales la hubiera enfrentado, pero no ahora, no en ese lugar, en el que no quería dar la nota.

—Desde luego, eres tan torpe sirviendo como haciendo videos. Al final, no vas a servir para nada.

Me dijo, y os juro que me mordí la lengua.

—¿Qué ha ocurrido, Yurema?

Me preguntó mi jefa, en cuanto se percató de lo que había ocurrido.

—¿Qué va a ocurrir? Que la torpe esta ha tirado toda la bandeja.

Le dijo ella.

—Lo siento, señorita del Monte.

Le dijo mi jefa.

— Que sepáis que será descontado el valor de lo que ha roto de vuestros honorarios.

Le contestó la pija.

Iba a contestar, pero no me dio tiempo, el hombre que estaba con ella salió en mi defensa.

—Eso no ha sido así y, tranquilas, que el que autoriza el pago soy yo y no pienso descontar nada.

Contradijo las palabras de ella.

—Gracias, señor Velarde.

Respondió mi jefa.

— Ha sido la señorita del Monte la que ha tropezado con su camarera, no al contrario.

Le dijo ese hombre a mi jefa, cuando escuché otra voz por detrás.

—Te dije que no hicieras una de las tuyas, Sandra. Que dejaras a Yurema en paz, pero si no das la nota, no eres tú.

Le dijo Borja.

—Siempre queriendo ser el centro de atención.

Le contestó Pelayo.

—Señor del Monte, lo siento. Le aseguro que mi chica está más que acostumbrada a llevar una bandeja en eventos, y es la primera vez que le ocurre algo así.

Le dijo mi jefa.

—Pierda cuidado, señorita. Sé de sobra que no ha sido culpa de su empleada.

Le dijo Pelayo.

—¿Estás bien? Ven conmigo, que tienes todo el uniforme mojado y la camisa empieza a transparentarse.

Me indicó Borja.

Bajé la mirada, pues no me había dado cuenta de eso y, efectivamente, tenía toda la camisa blanca pegada a mi cuerpo, dejando ver mi sujetador de encaje blanco casi como si no tuviera nada puesto.

—Vuelvo enseguida, Margot. Siempre tengo otra camisa de repuesto.

Le dije a mi jefa, que asintió con la cabeza.

—No vas a volver, yo me encargo.

Me dijo Borja.

No me dio la opción a réplica, me tomó del brazo y entró conmigo en un ascensor, ante la atenta mirada de mi jefa, que me miraba completamente sorprendida.

—En cuanto me cambie, vuelvo al trabajo.

—Lo siento, pero no.

—No me puedo permitir perder el dinero cuando llevo aquí todo el día trabajando, a falta de un par de horas.

Le dije, y él negó con la cabeza.

En sus ojos pude ver el deseo, y eso hizo que la sangre me hirviera por las venas. No sé cómo ni cuándo, pero cuando quise darme cuenta, nos estábamos besando en un despacho. Sus manos recorrían mi cuerpo, mientras que las mías fueron directas a sus nalgas, esas que me ponían de lo más caliente y que llevaba deseando amasar desde que lo vi por primera vez.

Poco a poco me fue llevando hasta el escritorio, donde se deshizo de mi falda, dejándome en ropa interior, ya que mi camisa había volado minutos antes. No sentí vergüenza, sino que lo que sentí fue todo lo contrario.

Era una mezcla de orgullo y satisfacción, porque ver la manera en la que era deseada por Borja, la manera en la que me estaba mirando y tocando, me lo provocaba.

—Joder, Yurema, en mi vida me he sentido tan atraído por una mujer.

Me dijo.

Mientras, él seguía besando mi cuello hasta llegar a mis pechos, poniéndome cardíaca. Necesitaba sentirlo, fuera de la manera que fuera.

—Tócame, Borja, no aguanto más.

Le respondí.

Abrió mis piernas y se arrodilló ante mí, pasando su lengua a lo largo de todo mi sexo, lo que me hizo estremecerme de placer. Me miró con una sonrisa de lo más pícara, pues se estaba dando cuenta de lo que estaba provocando en mí. No cejó en su empeño hasta que consiguió que llegara a mi primer orgasmo.

Cuando lo consiguió, se bajó su pantalón y su bóxer, se puso un preservativo y me penetró de una manera dura y certera. Jamás había follado así con nadie, y eso me estaba resultando de lo más excitante.

En el momento en el que notó que estaba cerca de llegar al clímax, llevó su mano a mi sexo, haciendo círculos con sus dedos sobre mi clítoris, hasta que logró que me corriera de nuevo, siguiéndome él, dos o tres embestidas después.

—No quiero conformarme con esto, Yurema. Quiero más.

Me dijo.

—No sé, Borja…

—Por eso, te pido que te vengas conmigo a mi casa, que pasemos la noche juntos.

Me dijo, en cuanto que ambos recuperamos un poco el aliento.

—Esto que hemos hecho no está bien. No debería volver a pasar. Te repito que no tenemos nada en común.

Le dije, pero con la boca pequeña.

—No pienses en el mañana… mejor, no pienses. ¿Te apetece que se vuelva a repetir? Y no me digas que no debería, por favor, piensa en lo que deseas, nada más.

Me preguntó.

—Sí que quiero, pero…

—Pero nada. Si tú lo quieres y yo lo quiero, cámbiate de ropa, ponte la que has traído y vámonos. Yo ya he terminado aquí.

No lo dudé. Sabía que estaba cometiendo el error más grande de mi vida, que volvería a pasarlo mal, pero no me podía resistir a pasar una noche con este hombre.

Mientras que él me traía la ropa que había dejado en el vestuario, cerró el despacho con llave, para que no pudiera entrar nadie, y yo aproveché para enviarle un mensaje a mi hermano Pedro, y que me justificara delante de mi madre, que estaba chapada a la antigua.

Yurema: *Borja me ha ofrecido pasar la noche con él, y le he dicho que sí. Por favor, cúbreme con mamá.*

Pedro: *No te preocupes, le diré que te han llamado para otro catering en el turno de noche y como saldrás muy tarde, te quedarás a dormir en casa de una compañera. Ten cuidado y disfruta, ya me contarás mañana.*

Yurema: *No sé qué haría sin ti… Gracias, hermanito, lo pienso hacer.*

Terminaba de escribir el mensaje cuando escuché la llave, era Borja que me traía la ropa. Seguía mirándome de la misma manera, como si fuera un manjar y llevara meses sin comer.

No me lo pensé, me bajé de la mesa y con unos movimientos de lo más insinuantes, llegué hasta donde estaba él. Lo besé de una manera de lo más pasional, y fui bajando por su cuello.

En un momento determinado, me arrodillé delante de su miembro, que ya me había encargado de acariciar y sacar de su pantalón, dejándolo delante de mi boca.

Saqué mi lengua y le di un lametón desde la base hasta la punta, para, segundos después, meterlo en mi boca, lo que hizo que soltara un gruñido de placer.

—Estoy a punto de correrme. Si no quieres que lo haga en tu boca, es el momento para quitarla de ahí.

Me dijo, entre jadeos.

¿Qué hice? Pues, todo lo contrario, la introduje todavía más, haciendo que derramara toda su semilla en mi boca. Su sabor era de lo más especial, una mezcla de dulce y picante que me volvió loca, y así se lo hice notar.

Capítulo 10



Borja

No me lo podía creer, por fin la tenía entre mis brazos, y de qué manera. En cuanto llegamos a mi casa nos sobró toda la ropa, y nos dispusimos a eliminarla de nuestros cuerpos.

La llevé directamente a mi habitación. Era la primera vez que llevaba a una mujer a mi casa, ya que, normalmente, solía llevarlas a un hotel, pero ella no era una mujer cualquiera, y por eso no dudé en traerla aquí.

—Eres un espectáculo de mujer, Yurema.

Le dije.

—Déjate de halagos, que no aguanto más. No te hacen falta para llevarme a la cama.

Me respondió.

—Lo estoy diciendo en serio, no para conseguir nada.

Automáticamente, sus manos se enrollaron en mi cuello, llevando mi boca a su boca, para besarnos con pasión. Nuestras lenguas empezaron un baile que nos fue consumiendo a los dos, encendiéndonos como nunca nos habíamos encendido.

Completamente desnudos los dos, la tumbé en la cama. Abrí sus piernas y me coloqué entre ellas, donde comencé por besar su cuello, para ir bajando, lenta y tortuosamente, hasta llegar a su monte de Venus.

Una vez que me encontré con su sexo, que lo tuve delante de mi cara, llevé mis dedos hasta sus labios vaginales, los abrí, dejando su clítoris a la vista. Di una primera pasada con mi lengua, que la hizo gritar de placer.

—No pares, por favor.

—No pienso hacerlo, no se me pasa ni por la imaginación.

Enterré mi cara, nuevamente entre sus piernas, y me dediqué a degustar su sexo. Su sabor era adictivo, os lo prometo, no me saciaría nunca de ella, y lo estaba comprobando.

Llegó al orgasmo, retorciéndose de placer y con un grito que me sacó una sonrisa. Yurema era de lo más receptiva, y me lo hacía saber en cada gesto, en cada gemido de placer que salía de su boca.

Después de eso, me puse un preservativo, dispuesto a penetrarla, pero ella, de un solo movimiento, me dio la vuelta y se situó encima. A horcajadas sobre mi miembro, se fue dejando caer, penetrándose hasta el fondo.

Comenzó a mover las caderas de una manera que, como siguiera así, me iba a correr antes siquiera de empezar. Puse mis manos en sus caderas y la ayudé a bajar el ritmo, no quería que terminara tan pronto.

Después de un buen rato en esa postura, la levanté, la puse sobre la cama apoyada en sus codos y en sus rodillas. Elevé un poquito sus caderas y la penetré de una sola embestida, que casi la hace dar con la cabeza en el cabecero de la cama.

No duramos mucho ninguno de los dos en esa postura, alcanzando el clímax prácticamente al unísono. Fue demoledor, no tengo palabras para describir lo que sentí en ese momento. Lo único que puedo decir es que no quería que esto terminara nunca.

Nos quedamos dormidos, abrazados, completamente desnudos y, en mi caso, con ganas de más. Pasé mi brazo por encima de su cintura, atrayéndola hacia mí, encajando su cuerpo con el mío. Parecía que había sido creada para mí, y con ese pensamiento me quedé dormido.

—Creo que ya es hora de que vuelva a casa.

—No, por favor, quédate y pasa el domingo conmigo.

—Ya he traspasado una línea, no quiero traspasar dos. Además, me están esperando.

—Está bien, pero dime que repetiremos esto.

—Ya te lo he dicho mil veces, Borja, no tenemos nada en común…

—Joder, Yurema, deja de decir eso.

—¿Cómo voy a dejar de decirlo, si es cierto?

—Déjame demostrarte que no es así, por favor.

—No lo sé. Ahora mismo, necesito volver a mi casa, a mi rutina.

—De acuerdo, te llevaré a tu casa.

—No hace falta, de verdad. Mi barrio no tiene nada que ver con este… Puedo tomar un taxi.

Comprendí que ese era el primer escollo que encontraría entre nosotros, la diferencia de clase social, pero quería demostrarle que no me importaba, que yo no era así. Por ello, me levanté, me puse un chándal y cogí las llaves del coche, no iba a dejar que se fuera sola y en un taxi.

Jamás me había importado nunca que una mujer se fuera de mi cama y tomara un taxi. Más bien lo veía como un alivio, pero no en este caso, no con ella, con la que sentía la necesidad de protegerla, como si fuera de cristal.

Durante el trayecto no compartimos ni una palabra, ni una conversación, ambos íbamos sumidos en nuestros pensamientos. De los de ella no estaba seguro, pero los míos iban encaminados hacia la manera de hacer que volviera a acceder a quedar conmigo.

—Yurema, me gustaría invitarte a cenar la semana que viene.

—No me lo pongas más difícil, te lo pido por favor.

—No debes tenerlo difícil, preciosa. Ambos nos gustamos, vamos a dejar que la cosa fluya…

—Son muchas las cosas que nos separan, Borja.

—Pero también son muchas las que nos unen.

Yurema se quedó en silencio y, tras darme un breve beso en los labios, bajó del coche, sin decirme que accedía a cenar conmigo. La dejé bajar, no insistí, pues sabía que tenía que madurar la idea, pero no por mucho tiempo, puesto que al día siguiente iría al mercadillo a buscarla.

Así sería hasta que ella dijera que sí. No estaba acostumbrado a una negativa por parte de una mujer, y eso me hacía querer insistir aún más. Para mí era un reto, llegar al fondo de su personalidad, conocerla en su plenitud.

Lo que conocía de ella hasta ahora me fascinaba, y suponía que todavía sería mejor cuando se terminara de abrir a mí. Sabía que mis padres pondrían el grito en el cielo, pero también que eso no me haría desistir.

Las palabras que le había dicho a Pelayo quedaban completamente anuladas después de pasar la noche con ella. Ahora, estaba dispuesto a renunciar a todo, a empezar de cero si con eso la tenía a mi lado.

Capítulo 11



Yurema

Habían pasado ya dos semanas desde que pasé la noche con Borja y, desde entonces, había venido todos los días al mercadillo, o bien por la mañana, mientras montábamos el puesto, o bien una vez que estábamos recogiendo.

—No entiendo la paciencia de ese hombre, de verdad.

Me dijo mi hermano Pedro.

—¡Cómo si fuera mi culpa!

Contesté.

—Si yo fuera él, no venía más y te daban por saco.

Respondió.

—Pues que no venga, yo no lo he llamado.

Mi hermano negó con la cabeza, pues sabía que a cabezona no me ganaba nadie.

—Allá tú. Cuando lo pierdas, no vengas llorando.

Me dijo.

Ese día no teníamos mercadillo y en la oficina nos habían pedido que fuéramos por la tarde, puesto que por la mañana tenían no sé qué. El caso es que no podíamos limpiar a la hora de siempre.

Mi compañera de fatigas era Inés, y por eso quedamos a las tres, para llegar allí a las cuatro, que era la hora en la que nos habían dicho que teníamos que estar, cuando la oficina estuviera casi vacía, ya que les habían puesto el horario de verano, en el que no trabajaban por la tarde.

—Venga, flojita, que hoy nos toca limpiar con todo el calor.

Le dije a mi amiga.

—Calor, lo que se dice calor, solo vamos a pasar por el camino, que allí tenemos aire acondicionado.

Me contestó.

—También es verdad.

Respondí.

Nos montamos en el autobús, que llegó prontito en esta ocasión. Normalmente no pasaba tan rápido, así que llegamos como media hora antes.

—No nos van a dejar entrar, podemos tomarnos un café.

Me dijo Inés.

—Mejor un refresco, porque como me tome un café con el calor que hace, voy a romper el hervor.

Inés soltó una carcajada que se escuchó en toda la calle. Ella era así, no tenía término medio, todo lo vivía con intensidad. O reía a carcajadas o lloraba a lágrima viva, nada de una sonrisa o un gesto de tristeza, o blanco o negro, pero la quería igual.

—Chicas, si queréis podéis ir pasando, no quedan nada más que el jefe y su compañero.

Nos dijo el conserje.

—Pues mejor, porque no veas el calor que hace.

Le respondió Inés.

Entramos en las oficinas, fuimos a nuestro cuartito para cambiarnos y coger los artículos que nos hacían falta, poniéndolos en el carrito que utilizábamos para movernos por allí.

—¿Por dónde empezamos?

Me preguntó mi compañera.

—Como siempre, salvo que el despacho del director lo dejamos para cuando se marche.

Le respondí.

Nos subimos en el ascensor, y pulsamos la última planta. Lo hacíamos así porque, en esa planta, había menos despachos y mesas que limpiar, por lo que lo hacíamos mucho más rápido.

—Tú a la izquierda y yo a la derecha.

—Está bien, nos vemos en el despacho del supremo.

Me respondió ella.

No conocíamos a los trabajadores, ni siquiera al director, puesto que nosotras pertenecíamos a una empresa externa. Digamos que éramos una subcontrata dentro de la gran empresa. Es más, yo no sabía ni a qué se dedicaban.

Mi cometido era ir, limpiar, y salir. Nada más. A los únicos que conocíamos era al personal de seguridad y al conserje, que entraba a la misma hora que nosotras, y que era el que nos había avisado de que podíamos entrar ya.

Estaba limpiando el último despacho antes del que utilizaba el jefe, cuando escuché una voz detrás de mí, una que reconocería en cualquier lugar del mundo y entre todas las que me pusieran, y me puse nerviosa.

—Señorita, si no le importa, ¿podría venir a mi despacho a recoger un café que se me ha derramado?

Me dijo.

Él no se había dado cuenta de que era yo, pero no tardó en hacerlo, pues no tuve más remedio que darme la vuelta.

—Ahora mismo voy. Deme un minuto.

Su cara lo dijo todo. No solo era sorpresa, era como satisfacción. Que no esperaba encontrarme allí era algo evidente, pero que no le supuso ningún problema, también. Más bien, todo lo contrario.

—Si me llegan a decir esta mañana que te encontraría aquí, no me lo hubiera creído.

—Anda que, si me lo dicen a mí, iba a venir, por lo cojones.

Murmuré.

Aunque lo dije para mí, llegó a sus oídos y, lejos de enfadarse, soltó una carcajada. Cogí mi carro y me dispuse a ir a su despacho para recoger el café, pero me paró a medio camino.

—Si entras en ese despacho, no sé si seré capaz de controlarme.

Volver a sentir su piel sobre mi brazo me hizo estremecer, y él fue consciente de ello. Lo supe por la sonrisa que había puesto en sus labios, pero era mi trabajo y tenía que hacerlo.

—Tú sigue presionando. Al final, en vez de ser Yurema me voy a convertir en una olla exprés, con tanta presión.

Le dije.

Borja soltó una risotada que resonó en todo el pasillo, hasta el punto de que Inés no dudó en salir del despacho que estaba limpiando para ver lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento, señorita, pero es que su compañera tiene unas ocurrencias…

—Me lo va a decir a mí. Esta tiene más salidas que una rotonda.

Le dijo Inés.

Borja se doblaba de la risa, y su amigo, que también llegó hasta allí, lo hizo con una ceja arqueada. Cuando se dio cuenta de quién era yo, se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, sí, no me mires así, que soy yo.

Le dije.

—De verdad, que, si me lo dicen, no me lo creo.

Contestó.

—Hijo, es lo que hace la necesidad, que nos hace ser casi omnipresentes.

Le respondió Inés.

Cuando Pelayo, que así supimos que se llamaba el amigo y mano derecha en el trabajo, se percató de la presencia de mi amiga, vimos que se quedó completamente impresionado de ella.

—Perdona. ¿Tú nombre es?

Le preguntó.

—Inés, yo me llamo Inés, encantada.

Le respondió.

Fuimos testigos de que, entre esos dos, se había producido un flechazo en toda regla, y me alegré por los dos. Tan solo esperaba que su familia no fuera tan gilipollas como la de Borja.

—Bueno, qué, ¿vienes a recoger el café?

Me preguntó.

—Si no me hubieras detenido, ya estaría hasta seco.

Le respondí.

Entré en su despacho, con la clara intención de limpiar el desastre y salir de allí lo más pronto posible, pero no fue el caso. Borja, en cuanto que entró y cerró la puerta, me cogió de la muñeca, dejándome apoyada en la pared.

Me miró a los ojos y supe lo que vendría a continuación, y no me equivoqué. Me besó, lo besé, nos besamos, pero de una manera de lo más hambrienta, como si fuera lo que ambos necesitáramos para seguir respirando.

—No sé por qué te niegas a ver lo evidente.

Me dijo.

—A lo mejor es porque no me conviene.

Respondí.

—Si ambos lo sentimos, no nos puede venir mal a ninguno de los dos. Dame una oportunidad, por favor.

Me suplicó.

—Está bien, una cena y veremos lo que ocurre.

Accedí, por fin.

En su cara veía la satisfacción, la alegría de haberlo conseguido. Todavía no entendía porque había dicho que sí, aunque en el fondo, el negarme había sido tan solo una especie de escudo. Eso sí, le puse una condición, para facilitarle las cosas a mi amiga.

—Te prometo que no te arrepentirás.

—Pero tengo que pedirte una cosa antes.

Le dije.

—Lo que quieras.

Me respondió.

—Que sea una cena a cuatro, con tu amigo y mi amiga.

Al principio noté el desconcierto en su rostro, pero pronto, fue sustituido por una sonrisa, pues se dio cuenta de lo que pretendía.

—¿Ahora te vas a meter a Celestina?

Preguntó.

—Lo mismo y puedo sacar otro sueldo de ahí.

Ambos soltamos una carcajada, la mía, producto de los nervios. La suya, porque decía que, en cualquier cosa, encontraba una oportunidad de negocio.

—Si fueras la dueña de una empresa, sería una mina de oro.

—Ya lo soy. Te recuerdo que tengo un puesto en el mercadillo.

—Y que está yendo viento en popa.

—Gracias a la idea de las redes sociales que tuvo mi hermano Pablo.

—Verdad. Por cierto, lleváis unos días sin subir ninguno.

—¿Llevas la contabilidad tú?

—Más o menos. Cada noche me voy a la cama viendo uno de tus videos.

—Prefiero no pensar en eso, o se me pondrían los vellos de punta.

Hice un gesto como si me hubiera dado un escalofrío, y él se tuvo que sentar a reírse, por lo que yo había insinuado.

—Sí, será mejor que no aclare los detalles o pedirás una orden de alejamiento —me contestó.

Pensar que se masturbaba viendo mis vídeos, lejos de hacerme sentir mal, me hizo sentirme deseada, y en mi rostro se pudo notar como me había puesto.

Capítulo 12



Borja

¿Os pensáis que dejé pasar la oportunidad viendo su rostro? Nada más lejos de la realidad. Me fui acercando, mientras ella iba dando pasos atrás, hasta que chocó con mi escritorio.

Llevaba puesta, tan solo, la bata del trabajo, por lo que no tuve dificultad ninguna en llevar mi mano hasta su sexo. ¿Cómo lo encontré? Pues os lo podéis imaginar, de lo más apetitoso.

—Me encanta encontrarte así y que sea yo el culpable de ello.

—No…

—Shhh, no arruines el momento con comentarios fuera de lugar.

No la dejé hablar, sino que la besé como tanto deseábamos los dos. No saqué mi mano de donde la tenía, más bien hice todo lo contrario. Aparté su braguita con mis dedos, y me dediqué a acariciar su clítoris, haciéndola suspirar de placer.

—Dime que pare ahora y lo haré.

Le dije.

—Ni se te ocurra.

Me respondió.

Una sonrisa se pintó en mi rostro, pues, por fin, la tenía como y donde quería. No me lo pensé dos veces, me bajé el pantalón y me puse un preservativo. La cogí en brazos y la llevé hasta mi sillón, donde me senté con ella a horcajadas sobre mi regazo.

Sin dejar de besarla, abrí los botones de su bata, bajé las copas de su sujetador y metí su pecho en mi boca. Primero uno, luego otro, a la vez que ella se iba penetrando con mi miembro.

No fue rápido, ni duro. Fue lento, pero sin dejar de ser de lo más pasional. Dejé que el ritmo lo marcara ella, hasta que, a punto de correrme, la levanté y la senté en mi escritorio, con las piernas abiertas.

Me recreé en su sexo, acariciándolo, lamiéndolo, penetrándola con dos dedos, hasta que alcanzó el segundo orgasmo. Una vez que lo conseguí, y dejándola en la misma postura, la penetré de nuevo, pero esta vez con mi miembro, que se encontraba completamente duro y erecto.

—No aguanto más, Borja.

—Hazlo, córrete y llévame contigo.

Eso hizo, pocas embestidas después, llegó al clímax, y me llevó a mí con ella. Con Yurema todo era así de intenso, tanto lo bueno, como en este momento, como lo malo, todas las veces que me había rechazado.

Era viernes, y por eso no dudé que fuera esa misma noche cuando quedáramos para salir, y así se lo comuniqué.

—Te recojo esta noche a las nueve.

Ella, que se estaba cerrando la bata y poniéndose su braguita, me miró completamente asombrada.

—¿No te parece algo precipitado?

—No, es el momento ideal.

—Además, no sabemos si Inés o tu amigo tienen planes…

—Eso lo podemos comprobar enseguida.

Después de decir eso, pulsé el interfono, pues estaba seguro al cien por cien que mi amigo estaría con esa otra chica en su despacho, y no me equivoqué.

—Dime, Borja.

Me respondió.

—¿Podéis venir a mi despacho un minuto?

—Vamos para allá.

Ni dos minutos después, los escuchamos reír por el pasillo. Noté el nerviosismo de Yurema, e intenté tranquilizarla, cogiendo su mano y sentándola sobre mi regazo, aunque ella reusara hacerlo, pero lo conseguí.

—Tú dirás.

Dijo Pelayo.

Abrió la puerta sabiendo que, cuando lo había llamado, era porque no se iba a encontrar con ninguna escena de dos rombos, como ponían en las películas antiguamente.

—Veréis… ¿tenéis algún plan para esta noche?

Les pregunté.

—Yo no.

Dijo Inés.

—Yo tampoco. ¿Por qué?

Dijo Pelayo.

—¿Qué os parece una cena a cuatro, esta noche?

Les pregunté.

La cara de mi amigo Pelayo era un poema. No sabía si darme una hostia o sacarme a hombros, como los toreros, y no pude evitar soltar una risotada.

—Si Pelayo está de acuerdo, yo no tengo ningún problema.

Contestó Inés.

—¿Qué problema voy a tener? Si yo estaré encantado de la vida.

Dijo Pelayo.

—Entonces, si estamos todos de acuerdo, os recojo a las nueve en casa de Yurema.

—Yo vivo al lado, así que, perfecto.

Dijo Inés.

Yurema no había dicho una sola palabra al respecto, pero notaba en su rostro el desconcierto, mezclado con la ilusión, y eso me encantaba. Todo en ella era transparencia. Con solo mirarla, podía saber lo que estaba pensando, y eso que todavía no la conocía al cien por cien.

Salimos del despacho, y les dije que podían recoger ya, que vendrían el lunes a terminar todo. Quería que se arreglaran con tranquilidad, pues si se quedaban hasta que terminaran llegarían a sus casas a lo justo.

De todos modos, el problema había sido nuestro y ellas ni siquiera deberían haber venido en esta jornada, pero la empresa para la que trabajaban insistió en que sí, o tendrían que descontarle el día de trabajo.

—Yo me encargo de llevarlas.

Dijo Pelayo.

—Está bien, yo me voy con vosotros, que hoy no he traído el coche.

Contesté.

Pelayo sabía que eso no era cierto, y que le tocaría traerme de nuevo a la empresa para recoger mi coche, pero no quería dejar pasar la oportunidad de estar con ella unos minutos más.

No sabía lo que me pasaba con Yurema, pero cada minuto que pasaba a su lado me sabían a poco. Tenía una conversación de lo más amena, con unos golpes de humor que hacía que todo fluyera sin ningún esfuerzo.

Nos montamos en el coche de Pelayo, él, e Inés iban en la parte delantera, mientras que Yurema y yo lo hacíamos en el asiento trasero. Mi mano buscaba la suya sin descanso, hasta que conseguí entrelazar nuestros dedos.

—Nos vemos a las nueve, preciosa.

No dudé en bajarme con ella del coche y acompañarla hasta su portal, dejando un breve beso en sus labios y esperando a que subiera en el ascensor.

Me di la vuelta cuando ya la perdí de vista, pero no me esperaba encontrarme a su hermano mayor detrás de mí. Era un tipo de lo más agradable, pero también serio, y que no dudaba en decir las cosas tal y como las pensaba, como así hizo en ese momento.

—Tan solo espero que no estés jugando con ella, o te las verás conmigo.

Me dijo.

—No te voy a decir que le voy a pedir matrimonio, pero sí que quiero conocerla.

Respondí.

—Ni yo te lo pediría nunca. Tan solo sé sincero con ella, ya lo ha pasado demasiado mal.

Sabía que toda esta reticencia de ella hacia mí, tenía un trasfondo sentimental, pero su hermano acababa de confirmármelo. No pensaba hacerle daño y sería todo lo sincero que pudiera ser, me lo había prometido a mí mismo.

—No lo haré, puedes estar tranquilo.

Me ofreció su mano, que no dudé en estrechar, a modo de compromiso. Ojalá y mi hermana fuera como Yurema. Si hubiera sido así, os prometo que habría dado mi vida en defenderla ante el que hubiera intentado menospreciarla.

Subí de nuevo al coche, sentándome en el asiento del copiloto, pues ya Pelayo había acompañado a Inés hasta su portal, que no distaba más de unos pasos del de Yurema.

—Llévame a la empresa, anda, y así cojo mi coche para irme a casa.

Le dije.

—Perfecto, pero luego iremos en dos coches, por si…

—Ya, ya, no hace falta que sigas hablando.

Le interrumpí.

Fuimos hablando de donde iríamos a cenar, y quedamos en que yo me encargaría de hacer la reserva para esa noche. Luego, si estábamos a gusto, nos iríamos a tomar una copa a una terracita que había cerca y que era muy tranquila. A nosotros nos encantaba.

Cogí mi coche y me puse camino a mi casa. Quería que esta velada fuera perfecta y me encantaría que terminara con Yurema entre mis brazos, pero, si era necesario dejarla en su casa y que eso no ocurriera para que confiara en mí, no dudaría en hacerlo.

Me di una ducha y me fui hasta el vestidor, pues quería ir elegante, pero a la vez, no demasiado formal y, mucho menos, que Yurema se sintiera mal porque pensara que estaba alardeando de mi dinero.

Al final, opté por un pantalón de lino en azul marino y una camisa blanca, de la que remangué sus mangas. Mis zapatos y cinturón eran de color marrón, aportando la elegancia que estaba buscando.

Justo cuando estaba a punto de salir, recibí una llamada de mi madre, y me extrañó, puesto que no se había comunicado conmigo desde el día del evento, en el que vio que yo no tenía pensamiento de disculparme con mi hermana.

—Dime, mamá.

Respondí.

—¿Eso es todo lo qué vas a decirme?

—Si quieres, me preparo un discurso para la próxima vez que me llames.

—Deja la ironía, Borja. Te llamo porque esta noche quiero que vengas a cenar.

—Lo siento, pero tengo planes, tendrás que dejarlo para otro día.

—Cuando tu madre te llama, se deja todo a un lado y se acude a su llamada.

—Eso era antes, mamá. Ahora, no. Lo siento, pero tengo que salir, mañana te llamo.

No pensaba dejar que me mandoneara más, y ese era el primer paso.

Capítulo 13



Yurema

No tenía ni idea de lo que me pasaba con este hombre, pero era tenerlo cerca y anularse mi voluntad. Todo eso que yo había defendido tan férreamente, se había ido a la mierda en menos que se dice, plin.

—Acabo de hablar con ese hombre, me lo he encontrado abajo.

Me dijo Juan.

—Espero que no hayas hecho una de las tuyas.

Respondí.

—Para nada. ¿Por quién me tomas?

—Pues por un hermano de lo más protector.

—Pero eso no significa que vaya a boicotear tu felicidad.

—Más paradito, que todavía no estoy yo muy convencida…

—No pienses en negativo, Yurema. No todos los hombres adinerados son iguales.

Me dijo.

Mi hermano siempre me había dicho que, aunque ese hombre que me hizo tanto daño fuera pobre como las ratas, su manera de actuar hubiera sido la misma.

Estaba claro que no solo era el dinero, sino que también tenía mucho que ver su educación y su manera de tratar a las mujeres, por mucho que me pesara. No quería dar mi brazo a torcer, pero tendría que darlo tarde o temprano.

—Lo sé, Juan, pero no puedo evitar preocuparme por ello.

—Y es lógico, no te digo lo contrario, pero no puedes cortar a todos por el mismo patrón.

—Con el tiempo, quizás logre superarlo.

Entré en mi habitación, donde me dispuse a elegir la ropa que me iba a poner esa noche. Por primera vez en mi vida, estaba dispuesta a no esconderme bajo capas de ropa ancha. Quería que Borja no pudiera apartar la vista de mí.

—¿Eligiendo ropa para esta noche, hermanita?

Me dijo Pablo.

—Eso mismo, pero no tengo ni idea de qué me voy a poner.

Respondí.

—Tienes aquí a tu salvador, hermanita.

—¿Perdona?

—Que ya tenía elegido el atuendo para cuando te decidieras a darle una oportunidad.

Me respondió.

Solté una carcajada que llamó la atención de mi madre, para la que ya tenía una excusa de lo más elaborada, contando, por supuesto, con el beneplácito de mis hermanos.

—¿A qué vienen esas risas?

Preguntó mi madre.

—A las ocurrencias de tu hijo.

Respondí.

Le hice un gesto para que no dijera nada, y me entendió a la perfección. Sabía que, si mi madre se enteraba de que iba a cenar con un hombre, me haría un tercer grado y me diría que nada de dormir fuera de mi casa.

—Espero que no sea otra como la de los vídeos —dijo ella.

—Pues, gracias a mi idea, hemos subido en ventas un montón.

Respondió Pablo.

—No lo discuto, pero no me gusta nada que tu hermana esté expuesta de esa manera.

—Venga ya, mamá. No hago nada que no hacen otras chicas de mi edad…

—Bueno, yo venía a preguntaros que hago de cenar.

Mi madre tenía una especial habilidad para cambiar de conversación cuando sabía que, en la que se estaba teniendo en ese momento, iba a perder. Lo hacía como nadie.

—Para mí no hagas nada, yo he quedado con Inés y comeremos una hamburguesa —le dije.

—¿Esta noche tampoco duermes en casa?

—Pues no lo sé, pero no lo creo. Si nos recogemos muy tarde, nos quedaremos en casa de una de nuestras compañeras, que también saldrá con nosotras.

—Me mandas un mensaje o me lo dices con uno de tus hermanos. Y tened mucho cuidado, por favor.

Sí, la señora María era parca en palabras, sobre todo cuando no le gustaba el tema o la situación, como ocurría en esta ocasión. A mi madre le encantaba tener a todos sus polluelos en casa cuando cerraba la llave por la noche, como buena mamá gallina.

Cuando nuestra madre se marchó, Pablo fue hasta su habitación, de donde trajo la ropa que él consideraba más adecuada para la ocasión, y no pudo acertar más.

Se trataba de un vestido de tirante ancho y escote en V, de color rojo, estrecho en la parte de arriba y cuya falda, tipo años sesenta, llegaba por encima de la rodilla. Lo combinó con unas sandalias doradas, al igual que los complementos, y un bolso de varios colores.

—¿Desde cuándo se te da tan bien todo esto? —le pregunté.

—Desde que…

—Venga, habla ahora o calla para siempre —le dije.

—Ni voy a hablar ahora ni callaré para siempre. Prometo que te lo contaré mañana, con un café.

—Está bien, como quieras, pero que sepas que te apoyaré siempre, sea lo que sea —respondí.

Mi hermano, desde bien pequeño, tenía una sensibilidad especial. Yo intuía lo que guardaba como un secreto bajo llave, pero no sería yo la que iniciara esa conversación, tenía que salir de él, contarlo cuando estuviera preparado.

—Voy a avisar a Mayte, la necesito —dije.

Fui a coger mi móvil para llamarla, pero mi hermano me frenó, puesto que ya lo había hecho él. Mientras que no llegaba, me di una ducha y me apliqué mi crema hidrante, esa que me dejaba la piel con un brillo espectacular.

—Ya estoy aquí —dijo mi cuñada.

—Soy toda tuya, hazme lo que quieras, como si fuera un lienzo en blanco —le pedí.

Mi cuñada Mayte soltó una carcajada, porque no estaba acostumbrada a que yo le pidiera algo así. Más bien la rehuía cuando me decía que me iba a maquillar los días en los que salía de fiesta.

—Siempre soñé con que llegara este momento —me respondió.

Puso encima de la cómoda de mi habitación su maletín de maquillaje, así como todos sus cepillos y demás utensilios para peinarme. Quería parecer natural, a la vez que sofisticada y elegante, y ella sabía sacarme todo el partido.

—Ponte el vestido y mírate en el espejo —me dijo.

—¿Ya está todo listo? —pregunté.

No había tardado ni media hora en terminar de arreglarme, y me sorprendió bastante el resultado. Me levanté y me puse el vestido y las sandalias, así como los pendientes y el brazalete que había elegido mi hermano.

—Vas a ser la sensación de la noche, te lo aseguro —me dijo Pablo.

—No lo dudes, cuñadito. Es y está preciosa, ese hombre caerá rendido a sus pies —dijo Mayte.

Mi hermano Pedro acababa de llegar a la casa, y no dudó en entrar en mi habitación, guiado por nuestras conversaciones y risas. Cuando abrió la puerta y me vio, los ojos se les iban a salir de las cuencas.

—Pero bueno… ¿quién eres tú y qué has hecho con mi hermana? —me dijo.

—Idiota, sigo siendo la misma —respondí.

—Pero has cambiado el envoltorio.

—Desde luego, qué superficial eres.

—Por supuesto que no, pero, a veces, lo de dentro tiene que ir en consonancia con lo de afuera.

—Y en este caso, ¿están alineadas las dos cosas? —pregunté.

Me interesaba saber la opinión de mi hermano, pero como hombre, y con esa pregunta lo iba a saber.

—Completamente. Ese hombre caerá a tus pies.

—Prefiero que caiga encima, la verdad —bromeé.

—No tengo necesidad de saber esas cosas, que soy tu hermano mayor.

—Como si tú jugaras a las casitas, vamos.

—No, pero tampoco voy aireando mis intimidades por ahí.

—Ni yo tampoco, tan solo he dejado claras mis preferencias.

—Anda, será mejor que te marches ya. Borja ya está abajo, esperándote.

Miré el reloj y vi que todavía faltaban diez minutos para las nueve, que era la hora en la que habíamos quedado, y no pensaba bajar antes. Si lo hacía, se podía pensar que estaba deseando que llegara ese momento.

Sí, lo estaba deseando, pero no se lo iba a demostrar, por lo que, antes de irme, entré en el baño, fui a la cocina a beber agua y me retoqué el labial, todo por hacer tiempo.

—Mamá, me marcho, que ya han venido a buscarme.

—¿Por qué no ha subido Inés?

—Porque ha venido otra persona, otro compañero, nos veremos en la hamburguesería con el resto.

—Está bien. Tened cuidado.

Me esperaba que mi madre me hiciera un interrogatorio tipo "Gestapo", pero se ve que mi hermano Pedro había hablado antes con ella, por lo que se mantuvo en silencio.

Salí del portal con los nervios a flor de piel, puesto que no sabía si a Borja le gustaría como iba arreglada. Me puse a investigar y, salvo la mujer esa con la que se le había visto en los días anteriores, no tenía con quién compararme.

No es que quisiera hacerlo por desconfianza hacia lo que estábamos empezando, sino para ver si mi atuendo correspondía con su gusto o no. Estaba claro que yo no me podía permitir llevar ropa de firma, pero eso no tenía por qué saberlo nadie.

—Buenas noches —dije.

Cuando me escuchó y levantó la cabeza de su móvil, su manera de mirarme me lo dijo todo, no me hizo falta preguntarle nada.

Capítulo 14



Borja

Sandra: *Espero que el plantón a mamá y a papá no tenga nada que ver con esa mujer, con la que te vi salir del evento.*

Borja: *Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo ni de nadie. Sigue en tus mundos de Yupi y déjame en paz.*

Estaba contestando a los mensajes que mi hermana me había enviado, cuando la escuché darme las buenas noches. Levanté la mirada de mi móvil y, os prometo que, en el momento en que la vi, pensé que me daba un infarto.

—¿Buenas noches? Yo diría que excelentes noches —le dije.

—No seas exagerado, no te pega nada —respondió.

—¿Exagerado? Mejor me callo.

—¿Por qué? Habla, y así nos enteramos los dos.

—Te aseguro que no. Luego, si tengo la oportunidad, te lo cuento —le respondí.

Abrí la puerta del copiloto para que subiera a mi coche. El trayecto hasta el restaurante y la posterior cena iba a ser un suplicio para mí, porque no me podía poner más duro de lo que ya estaba.

Ella me miró pícaramente, conocedora de lo que estaba provocando en mí. Hasta el punto de que se le subió el vestido mucho más arriba de medio muslo y no hizo nada.

—Si sigues así, voy directo a mi casa.

—Claro, y que le den por culo a la cena.

—A la cena, precisamente, no.

—No me seas cochino, por favor.

—No es ser cochino, es ser realista.

—Me estás haciendo sonrojar.

—Me juego lo que quieras a que, si meto la mano entre tus piernas, tú estás igual que yo.

—Y no lo voy a negar, pero no quiero que nos reduzcamos simplemente a sexo.

—Ni es lo que pretendo, te lo aseguro.

—Lo sé, es un juego que hemos empezado los dos, y que terminaremos…

—En mi casa, en mi cama, ahí es donde vamos a terminar.

Yurema me miró a los ojos y me sonrió, como si fuera eso lo que estaba pretendiendo al ponerse ese vestido.

—Estás preciosa, no se puede ir más elegante que tú.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Llegamos al restaurante, donde se encargaron de aparcar mi coche. Noté su incomodidad por ese gesto, pero no podía hacer nada, puesto que en este lugar trabajaban así.

—No es ostentación, si es lo que estás pensando.

—Yo no he dicho nada.

—No hace falta, tu cara lo dice todo. Eres completamente transparente.

—Será que no estoy acostumbrada a esto.

—Pues lo estarás, te lo aseguro.

Tomé su mano y entramos en el restaurante, donde ya nos estaban esperando Pelayo e Inés, en la barra y con una copa de vino blanco.

Su complicidad era evidente para todo el que se fijaba en ellos. Parecían una pareja consolidada, y no dos personas que, prácticamente, se acababan de conocer.

—No hemos querido pasar a la mesa hasta que no llegarais vosotros —dijo Pelayo.

—Pues, cuando queráis —contesté.

Nos acercamos al jefe de sala, para hacerle saber que teníamos una reserva hecha a mi nombre. El señor nos llevó hasta nuestra mesa, que estaba al final del salón, junto a un ventanal desde el que se veía toda la zona ajardinada.

—Esto es precioso —dijo Inés.

Yurema sonreía y asentía con la cabeza, pero yo sabía que estaba algo desubicada, como si se sintiera fuera de lugar. Por eso, tomé su mano y la apreté, para que supiera que nada de eso era cierto.

La cena transcurrió entre bromas y risas, pues Inés tenía un sentido del humor muy particular, e hizo que todos riéramos a mandíbula batiente. Yurema, una vez que cogió confianza y se sintió cómoda, también soltó alguna que otra de las suyas.

El ambiente no podía ser mejor entre nosotros y, una vez que nos tomamos el postre, decidimos marcharnos a la terraza de copas que había a dos calles de allí, por lo que decidimos no coger el coche.

—Será mejor que lo dejemos aquí —le dije a Pelayo.

—Sí, porque en aquella zona no habrá donde aparcar —me contestó él.

—Mucho menos dos coches —dijo Inés.

—Venga, además, nos vendrá bien para bajar la comida —respondió Yurema.

Yo la llevaba cogida de la mano y por mucho que ella intentó soltarse, no se lo permití. Seguro que ella pensaba que, para mí, no era más que una distracción, pero nada más lejos de la realidad.

Pelayo llevaba a Inés con el brazo por encima de sus hombros, mientras ella lo llevaba abrazado por la cintura.

—Hacen buena pareja, ¿verdad? —me dijo Yurema.

—No tanto como tú y yo.

—Lo nuestro no creo que funcione, tenemos muchas cosas en contra.

—Pues las mismas que ellos.

—¿Los padres de Pelayo son tan clasistas como los tuyos?

—No, eso no lo tendrán en contra.

—Pues eso es lo principal, que quieres que te diga.

—Sus padres, mientras que él sea feliz, no van a mirar de donde venga, pero…

—Pero nada, ellos lo tienen infinitamente más fácil que nosotros.

—Olvídate por un momento de mi familia.

—No puedo, por mucho que lo intento.

—Somos solo nosotros, aquí y ahora, nada más.

Estábamos a punto de sentarnos, ya que mi amigo había cogido una mesa en la terraza y el camarero ya estaba allí para tomar nota, cuando escuché la voz de mi hermana.

No podía haber llegado en un momento menos oportuno, la verdad. Justo cuando medio había convencido a Yurema de que se olvidara de todo y de todos.

—¿Con esta pretendes sustituirme, Pelayito? —le dijo a mi amigo.

—Yo no sustituyo a nadie, bonita. Yo soy yo y mis circunstancias —le replicó Inés.

—Déjame en paz, Sandra. Ya te dije la última vez…

—Te espero en mi casa dentro de una hora. Tengo ganas de sexo —le dijo ella.

Pensé que mi amigo se disculparía con Inés y con nosotros y que se marcharía con ella, pero no sucedió así, para mi asombro y regocijo.

—Pues cómprate un Satisfayer, porque conmigo se terminó —le respondió él.

La cara de mi hermana, que no se esperaba esa respuesta, era todo un poema. Casi me entraron ganas de aplaudirle a mi amigo, pero me contuve, quería ver como terminaba todo.

—Si no apareces, que sepas que me pierdes para siempre.

—¡Dios te oiga! —exclamó él.

Cuando mi hermana se dio cuenta de que no iba a conseguir nada con ese modo de actuar, cambió de táctica. Sacó su lado perverso y controlador, pero tampoco le surgió efecto.

—Sabes que no follas con nadie como lo haces conmigo —le dijo, en un susurro.

—Chica, ¿por qué no dejas de rebajarte más y te largas? —le dijo Yurema.

Sandra, que todavía no se había dado cuenta de nuestra presencia, en cuanto que la oyó, se volvió como si estuviera poseída.

—Ahora lo entiendo todo. Dos muertas de hambre que han salido a la caza —respondió.

—Claro que sí. Dos días llevamos sin comer ni beber para que nos llenen ellos el estómago —dijo Yurema.

—Sin comer, no sé, pero sin catar productos de alta calidad, te aseguro que sí.

—Chica, piensa lo que quieras, pero déjanos en paz —dijo Inés.

Pelayo, llegado este momento, se levantó de la silla, cogió a Inés de la mano e hizo el ademán de marcharse, pero Yurema se lo impidió.

—No pienso permitir que una pija desagradable nos arruine la noche —le dijo.

—Eso digo yo, hagamos como que no existe —respondí.

Mi hermana me fulminó con la mirada. Y, desde ese instante, supe que me traería problemas con mis padres, en el trabajo, pero me daba exactamente lo mismo.

Tenía experiencia y dos manitas para trabajar en otra de las bodegas. A ellos les convenía menos que a mí que lo hiciera, puesto que saldrían en todas las revistas del corazón, eso lo tenía claro.

—Esto no se va a quedar así —me amenazó.

—Haz lo que te plazca, hermanita.

Su mirada de desprecio fue lo último que vimos antes de que nos diera la espalda. Pelayo y yo intercambiamos una mirada que nos lo dijo todo el uno al otro.

—¿Esa es tu hermana? —preguntó Inés.

—Por desgracia, sí.

Suspiré.

—Lo siento por ti, pero es una gilipollas de mucho cuidado.

—Cuidado deberás tener tú con ella, que ya te ha puesto en su punto de mira —le contestó Yurema.

—Como se atreva a acercarse a ella, se las verá conmigo —contestó Pelayo.

Nos pedimos unas copas y decidimos dejar a mi hermana y sus tonterías a un lado. Tanto Pelayo, como yo, sabíamos que intentaría jodernos de la manera que fuera, pero ya contábamos con eso, así que, no nos preocupamos demasiado.

Dos horas estuvimos en aquella terraza, de lo más a gusto, sin pensar en nada que no fuéramos nosotros, hasta que llegó la hora de marcharnos. Volvimos a por el coche y en cuanto estuvimos montados en él, le pregunté aquello que llevaba deseando toda la noche.

—¿Pasarás la noche conmigo?

Capítulo 15



Yurema

¿Qué le contestaba a esa pregunta?

Por un lado, me moría de ganas de decirle que sí. Pero, por otro, sabía que sería el peor error de mi vida. Si seguía involucrándome con Borja, mi corazón corría el riesgo de acabar destrozado.

—Por supuesto que sí, que la pasaré contigo —le dije.

Casi sin darme cuenta y cuando todavía parecía que me lo estaba pensando, de mi boca salieron esas palabras, de las que me quedé sorprendida hasta yo.

—No te defraudaré, te lo prometo —me dijo Borja.

—Eso espero, o no sabré lo que hacer con el corazón roto, de nuevo.

Le conté lo que me había pasado en mi juventud, sin dejarme ningún detalle, y como me sentí en ese momento.

—Yo no soy así, de verdad.

—Eso, solo el tiempo lo dirá. Ahora, no quiero pensar en eso, o me volveré a mi casa.

—Entonces, cambiemos de tema.

En nada llegamos a su casa, donde metió su coche en el garaje. Previamente le había enviado un mensaje a Pablo, ya que era el que estaba completamente segura de que estaría en casa, para decirle que no iría a dormir.

Tal y como ocurrió en la vez anterior, no nos dio tiempo a llegar al ático, en el mismo ascensor nuestras manos cobraron vida propia, y nos acariciamos mutuamente, sin dejar de besarnos.

—Este vestido me trae por la calle de la amargura desde que te vi aparecer con él —me dijo.

—Pues me alegro, porque me lo puse con ese propósito —respondí.

Con su manera de mirarme me estaba diciendo lo mucho que me deseaba, y eso me hizo sentir poderosa. Lo cogí de la mano y me lo llevé hasta su cuarto, pero él tenía otros planes.

No me había fijado la vez anterior de que tenía un jacuzzi y una piscina infinita en su terraza, y eso me sorprendió sobremanera.

—Vamos a darnos un baño, desnudos —me propuso.

—Tendrás que ayudarme, no llego a la cremallera del vestido —le dije.

De una manera de lo más sensual, me di la vuelta y mientras que Borja me bajaba la cremallera lentamente, yo me deshice de mis pendientes y de mi brazalete.

Me quedé tan solo con la ropa interior y con mis sandalias de tacón. Volví mi cabeza en su dirección, y supo lo que le estaba pidiendo. Se arrodilló delante de mí, y puso mis pies sobre sus rodillas.

Borja me quitó las sandalias, pero no se quedó ahí, también desabrochó mi sujetador, dejándolo caer y, con un movimiento de lo más sexy, se deshizo también de mi braguita.

—Creo que ya estamos listos para entrar en la piscina —me dijo.

—A ti todavía te sobra algo —respondí.

Me acerqué a él y metí mis manos por el elástico de su bóxer, ese que fui bajando hasta que quedó a la altura de sus tobillos. Borja, de una patada, se lo terminó de quitar y lo lanzó al otro lado de la terraza.

—Ahora, sí —le dije.

Lejos de tirarme de cabeza, me introduje en la piscina por la escalera, y una vez que él estuvo dentro. Cuando quise darme cuenta, lo tenía detrás de mí, y con su miembro completamente listo.

—Eres irresistible, Yurema —me dijo.

—Espero que sigas pensando lo mismo después de unos meses —respondí.

Sujeta a la escalera y sin pensarlo dos veces, Borja llevó sus dedos a mi sexo, para comprobar que estaba lista. En cuanto lo hizo, me penetró de una sola embestida.

Por suerte para mí, llevaba tomando anticonceptivos desde que tenía catorce años. Primero fue para regular mi ciclo menstrual, después, para prevenir embarazos, aunque casi nunca lo decía, por lo que solía utilizar preservativo.

En esta ocasión, y en cuanto que noté que Borja iba a retirarse, pues se había dado cuenta, hablé, y se lo conté.

—No hace falta, tomo pastillas —le dije.

—Joder, sentirte sin nada de por medio es una jodida locura —me respondió.

Ambos llegamos al orgasmo minutos después, pero no salimos de la piscina, sino que continuamos en ella durante un buen rato más.

En ese tiempo, nadamos, jugamos como si fuéramos niños y lo volvimos a hacer. Con la luna por testigo y con nuestros jadeos como música de fondo, nos convertimos en uno.

—Vamos a la cama, ya casi está amaneciendo —me dijo Borja.

—Sí, o al final no descansaremos nada —respondí.

Borja salió del agua y extendió su mano para ayudarme a salir. Me envolvió en una toalla, que no tenía ni idea de dónde había salido, y me llevó con él hacia el dormitorio.

Una vez allí, destapó la cama y nos metimos dentro. Desnudos y mojados, tal y como íbamos, y empezamos de nuevo. Sentir sus labios sobre mi piel y su lengua en mi cuello, hizo que me pusiera de nuevo como una moto.

Esta vez no nos hicieron falta preliminares, pues ambos estábamos ardiendo. Abrió mis piernas y me penetró de una certera y fuerte embestida, que me hizo temblar de placer.

Cuando ambos alcanzamos el clímax, nos quedamos dormidos, abrazados, buscando el cuerpo del otro, y me sentí en casa. Era difícil de explicar, pero entre los brazos de Borja me sentía protegida, como si nada ni nadie pudiera hacerme daño.

Pero nada más lejos de la realidad, y eso lo comprobé al día siguiente, nada más abrir los ojos. Me desperté y no encontré a Borja a mi lado, pero no me extrañó, podría haber ido a la cocina o a cualquier otra parte.

Mi primera intención fue salir desnuda, pero algo me frenó. No sé si fue la voz de mujer que escuché o si mi sexto sentido me alertó, pero, en el último momento decidí vestirme.

No sé en qué momento Borja había llevado toda mi ropa hasta la habitación, pero se lo agradecí, ya que no sabía lo que me iba a encontrar cuando saliera de allí.

Cogí mi bolso, que también estaba allí, y me lo puse al hombro. Abroché mis sandalias y me lavé la cara, pues el maquillaje estaba completamente corrido. Ni siquiera me di una ducha, ya lo haría en mi casa, tan solo recogí mi pelo en una coleta alta antes de salir al salón.

—Buenos días —dije.

No me salía la voz, sobre todo después de fijarme en el matrimonio mayor que estaba sentado en el salón, y que supuse que eran los padres de Borja.

—¿Se puede saber quién es esta mujer? —preguntó la mujer mayor.

—Es… una amiga que ha venido a pasar la noche puesto que su casa le cogía demasiado lejos —le respondió Borja.

Os prometo que fue como si una flecha ardiendo atravesara mi corazón en ese momento. Ni siquiera me miró, sino que agachó la cabeza, conocedor del daño que me había hecho con esas palabras.

—Sí, pero no se preocupen, que ya me voy y no creo que me vuelvan a ver —les dije.

¿Esperaba que Borja me impidiera salir de su casa? Pues, para que os voy a mentir, por supuesto que lo esperaba.

¿Qué obtuve? Nada más y nada menos que un silencio atronador. El silencio que un cobarde como Borja era capaz de permitir.

Salí de allí dando un portazo, no quería irme de una manera sutil, puesto que no era eso lo que sentía. Justo cuando salía del ascensor, recibí una llamada de Inés, que no dudé en contestar.

—Hola, petarda. ¿Qué tal tu noche con tu príncipe azul? —me preguntó.

—Ha desteñido —respondí.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que me ha salido rana, simplemente eso.

—No te entiendo, de verdad. Parecía que bebía los vientos por ti.

—Entonces, debe ser que le ha cogido un huracán, porque no ha podido ser más decepcionante.

Quedamos en la cafetería que había en la acera de enfrente de donde vivíamos, pero antes pasaría por mi casa para darme una ducha y cambiarme de ropa.

Cuando subí, mi madre no me preguntó absolutamente nada, y lo agradecí, aunque en mi cara notó que algo me sucedía.

—No sé qué te ha pasado, pero, cuando quieras, puedes contármelo —me dijo.

—Ahora no, mamá. No tengo fuerzas. Además, he quedado con Inés —respondí.

Mi madre asintió con la cabeza, sabía que necesitaba tiempo y espacio, y no dudó en ofrecerme ambas cosas. Entré en el baño y bajo el agua de la ducha, dejé salir todo lo que llevaba dentro.

Las lágrimas se mezclaron con cada gota que caía en mis mejillas, pero no me importó. Ese era mi refugio seguro, el único lugar donde me podía derrumbar sin que nadie fuera consciente de ello, sin que ninguno de mis hermanos me atosigara.

Al salir, me sequé y me puse un vestidito veraniego, de lo más cómodo y fresquito, y volví a recoger mi pelo en una coleta. Fui al salón, me despedí de mi madre y me dispuse a darle el encuentro a mi mejor amiga, para contarle todo lo sucedido.

Capítulo 16



Borja

Me encontraba de lo más a gusto durmiendo, con la cabeza de Yurema apoyada en mi pecho, cuando llamaron al telefonillo. No esperaba a nadie, y pensé en no levantarme, pero tuve que hacerlo, ante la insistencia del timbre.

—¿Quién es? —pregunté.

—Somos nosotros —respondió mi padre.

Esperaba que su visita no se alargara más de la cuenta, pero, ante la duda, recogí toda la ropa de Yurema y la llevé hasta la habitación. La dejé toda completamente ordenada en la silla, para que la viera nada más levantarse.

Me dirigí a la puerta, esa que abrí para esperar a que mis padres subieran. Tenía claro que venían a reprocharme mi compañía del día anterior, instados por mi hermana.

—¿Todavía estás así? —me preguntó mi madre.

—A estas horas, un hombre decente ya está vestido, no en pijama —habló mi padre.

—Es domingo y estoy en mi casa. No entiendo la necesidad de tener que vestirme cuando no pienso ir a ninguna parte —respondí.

Tanto mi padre, como mi madre, me lanzaron una mirada de desaprobación, que me dio igual, la verdad. Tenía ya una edad en la que no necesitaba la aprobación de mis padres para vivir como quisiera.

—Tu hermana nos ha dicho que estás frecuentando malas compañías —dijo mi padre.

Así, sin paños calientes y directo al grano, como le gustaba a él hacer y decir las cosas. No por eso me iba a intimidar, o eso pensaba yo, hasta que escuché hablar a mi madre.

—Mira, Borja, no me voy a andar por las ramas. Si sigues viendo a esa mujer, te quitaremos todo —me dijo.

—No me parece justo que se mezcle mi trabajo con mi vida personal —respondí.

Justo cuando mi padre me iba a contestar, apareció Yurema por la puerta del salón, y mi madre no se quedó callada, ni mucho menos.

—¿Se puede saber quién es esta mujer? —preguntó mi madre.

—Es… una amiga que ha venido a pasar la noche puesto que su casa le cogía demasiado lejos —le respondí.

No lo hice por despreciarla, ni mucho menos, pero en el punto en el que se encontraba nuestra conversación, sabía que, si le decía quién era en realidad, la tratarían mal y no pensaba permitirlo.

Me di cuenta del daño que le hicieron mis palabras. Estaba haciendo justo lo contrario de lo que dije que haría, y eso me iba a costar muy caro. Lo comprobé con lo que dijo a continuación.

—Sí, pero no se preocupen, que ya me voy y no creo que me vuelvan a ver —dijo Yurema.

Salió de mi casa dando un portazo, ante mi total impunidad. No quise, ni pude, articular ni una sola palabra, pues si lo hacía, sería mucho peor lo que nos faltaba por hablar.

—Veo que has recapacitado —dijo mi padre.

—No quiero a esa mujer a menos de dos metros de ti y de tu hermana —añadió mi madre.

—No he recapacitado, ni tengo que hacerlo…

—Si quieres seguir teniendo la vida que tienes, te aseguro que lo harás —dijo mi padre.

Acto seguido, le hizo un gesto a mi madre para que se levantara. Cogieron sus cosas y se marcharon, dejándome allí completamente destrozado.

Acababan de demostrar que mi felicidad les importaba un carajo, y yo lo había permitido, como el cobarde que estaba demostrando ser.

Tendría que haber salido corriendo detrás de Yurema, decirle que ella era lo más importante para mí, pero no lo hice, demostrándole que era tal y como ella dijo que sería.

En ese momento, llamaron a mi puerta, y pensé que eran mis padres, o mi hermana, que venía rematar la faena, pero no, era Pelayo, que los había visto salir de mi portal.

—¿Qué hacía la realeza aquí un domingo por la mañana? —me preguntó.

—Arruinarme la vida —contesté.

Mi amigo pasó al interior de mi casa y, después de servirnos un café, le expliqué la jugada de mi hermana, para que estuviera pendiente, porque él era el siguiente.

—Conmigo no tiene nada que hacer, te lo aseguro —me respondió.

—Si yo fuera tú, no bajaría la guardia —contesté.

—¿Qué piensas hacer con Yurema?

—Lo lógico sería que fuera tras ella, pero no pienso hacerlo hasta no tener todo atado.

—¿Perdona? ¿Vas a dejar qué piense que no le importas?

—No sé si definirlo de esa manera, pero puede decirse que sí.

—Ojalá te salga bien.

—De lo contrario, la perderé para siempre, lo sé.

—No puedes dejar que tus padres dirijan tu vida.

—Ni que mi hermana se salga con la suya, por eso necesito un plan.

—Y yo te ayudaré para que se cumpla.

Sabía que tendría su apoyo incondicional, eso no lo dudaba. Pero también era consciente de que me costaría media vida conseguirlo.

Nos pusimos a pensar en la manera de hacerlo, y no tenía otra que convencer a mi padre de que sacara las acciones de la bodega a bolsa. De esa manera, yo me podría ir haciendo con ellas y, de ese modo, con el control de la empresa.

Era lo único que podía hacer, eso, o buscarme otro empleo, pero estaba completamente seguro de que mi padre hablaría con todos sus compañeros de gremio para que no me contrataran.

No podía hacerlo hoy mismo, puesto que mi padre sospecharía. Dejaría pasar unos días antes de proponérselo y, aun así, sabía que me costaría muchísimo trabajo convencerlo de que era lo mejor.

Para que todo tuviera más énfasis, tenía que hablar con Sandra. Le pediría disculpas y le diría que todo fue un malentendido. Tenía que conseguir que se pusiera de mi parte.

—A tu hermana, con que le digas que subirán los seguidores, ya la tienes convencida —dijo Pelayo.

—Eso y que tendrá mucho más dinero —contesté.

Ambos soltamos una carcajada, porque mi hermana era tan simple, tan previsible como las instrucciones de una tortilla a la francesa.

Después de comer, Pelayo se marchó a su casa y yo decidí darme una ducha. Al entrar en mi habitación, me di cuenta de que Yurema se había dejado los pendientes en la mesilla de noche, y un fuerte sentimiento de decepción se apoderó de mí.

Cuando salí de la ducha, encendí el portátil y me puse a buscar los pasos a seguir para sacar acciones de una empresa a bolsa. También investigué sobre los beneficios que podía reportar a sus propietarios.

Elaboré un informe de lo más completo, que pasaría a los abogados para que me corrigieran si había algún error. Así que, nada más terminarlo, lo envié por correo electrónico.

Casi sin darme cuenta, se había hecho de noche. Me levanté de la mesa de mi despacho y me dirigí a la cocina. Antes de llegar, me di cuenta de que me había dejado el móvil en la mesa del salón.

Lo cogí y pude comprobar que tenía un mensaje de mi hermana. No me apetecía leerlo, pero tenía que saber que era lo que me decía, por mi bien, para saber cómo tenía que reaccionar.

Sandra: *Ojalá y hayas recapacitado, esa mujer no te conviene, no tiene tu clase.*

Os prometo que me entraron ganas de enviarle un audio diciéndole cuatro verdades, pero me contuve, no me convenía, así que le di la vuelta a la tortilla.

Borja: *Para mí no ha significado nada, te lo aseguro. Tan solo ha sido un polvo, como con cualquier otra.*

Si ese mensaje llegaba a los oídos de Yurema, lo tendría todavía más en mi contra, pero no podía actuar de otra manera. Era eso o perderlo todo, y no lo iba a consentir, no después de haber luchado tanto por las bodegas.

Mi hermana no me contestó, pero sabía que lo había leído. Me metí en la cocina y me preparé unos filetes a la plancha y una ensalada. Era una de las pocas cosas que sabía cocinar que no fuera precocinado antes.

Me senté en la mesa de la cocina, con mi plato y una cerveza. En mi cabeza pasaban las imágenes de la noche anterior con Yurema como si fueran diapositivas.

Tendría que agarrarme a eso para no volverme loco. Ese sería mi anclaje, mi toma de contacto con la realidad. Porque, a partir de este momento, empezaba una vida ficticia, en la que nadie podía sospechar mis verdaderas intenciones.

—Ojalá y todo me salga bien —dije en voz alta.

Nadie me contestaría, pero necesitaba verbalizarlo en alto para convencerme a mí mismo de que sería así.

Después de esto, recogí la mesa y me metí en la cama. Sabía que me costaría muchísimo coger el sueño, pero no quería quedarme en el sofá viendo un episodio de una serie de la que no me iba a enterar de nada.

Esa mañana me sonó el despertador antes de que yo hubiera abierto los ojos, y parecía que me había pasado un autobús por encima.

No pude dormir en toda la noche, no sabía si por la cara de decepción de Yurema antes de irse o por todo lo que tenía entre manos.

Capítulo 17



Yurema

—Ese tío es un gilipollas —me dijo Inés.

—¿Gilipollas? Esa soy yo —contesté.

—No digas tonterías, Yurema.

—No son tonterías, soy gilipollas y no debí caer nunca en su trampa.

—¿En qué trampa?

—En su manera de interesarse en mí. Debí imaginar que un hombre así nunca se fijaría en mí.

—Cualquier hombre se fijaría en ti, no lo dudes.

Estuvimos un buen rato más hablando en la cafetería, hasta que le sonó el móvil. Me miró sin saber qué hacer, y la animé a que contestara.

—Pelayo, un momento, por favor —contestó.

—Ve, no lo hagas esperar.

Le hice un gesto con la mano para que se levantara y se fuera a un lugar más apartado. Así podría hablar más tranquilamente.

Me alegraba por ella de que le fuera tan bien con ese chico. Nada tenían que ver el uno con el otro, a pesar de que eran amigos desde la infancia.

Para empezar, la familia de Pelayo no era como la de Borja, y eso era un punto a favor de mi amiga, ya que se lo pondrían muy fácil en la convivencia, cosa que a mí no hicieron.

No se me había quitado de la cabeza la mirada de asco y desprecio que me había lanzado la madre de Borja en el salón de su casa. Me sentí como si fuera una indigente y estuviera delante de la realeza. Fue… demoledor.

En esos pensamientos estaba cuando volvió Inés. Traía una cara que dejaba claro que había discutido con Pelayo, y supe que había sido por mi culpa. No lo iba a permitir.

—Inés, no vuelvas a hacerlo —le dije.

—No sé a qué te refieres —me contestó.

—No te hagas la tonta, lo sabes perfectamente.

—Lo siento, pero tú eres mi amiga…

—Y él, el chico que te gusta.

—Que defiende a su amigo.

—Igual que tú me defiendes a mí. Dejadnos a nosotros a un lado y centraros en lo vuestro.

Inés me miró, sabiendo que tenía razón en lo que le estaba diciendo y se quedó callada. Cogió el móvil y después de enviar un par de mensajes, se dirigió a mí.

—Le he dicho que venga a buscarme. ¿Te importa?

—Para nada. Me alegro mucho por ti.

Inés y yo nos fundimos en un abrazo. Ella sabía que mi alegría por lo que le estaba pasando era genuina, nada fingida, y que no tenía que ver con lo que me había pasado a mí.

Me quise marchar antes de que llegara Pelayo, pues no me apetecía tener que verlo, pero no me dio tiempo. Justo cuando iba a hacerlo, apareció él.

—Buenas tardes, chicas —dijo.

Lo noté algo cohibido, como si supiera que su amigo había obrado mal, pero también fuera conocedor de algún detalle del que nosotros no teníamos ni idea.

—Bueno, yo me marcho ya.

—Yurema, espera un momento —me pidió Pelayo.

—Si me vas a hablar de tu amigo, ahórratelo —respondí.

—Hay algo que no sabes…

—Y que tampoco quiero saber. Que lo paséis bien.

Cogí mi bolso y crucé la calle para volver a mi casa. Allí estaba mi madre esperándome para comer, pues todavía no lo habíamos hecho.

—¿Comes aquí, conmigo? —me preguntó.

Parecía que mi madre estaba detrás de la puerta, esperando a que yo llegara, pues no me dio tiempo ni a meter la llave en la cerradura cuando ya me estaba preguntando.

—Claro. ¿Dónde están los demás?

—Tus hermanos mayores no vienen y los pequeños ya han comido —me respondió.

—Entonces, ¿solo quedamos tú y yo?

—Sí, no he querido comer hasta que no llegaras.

—¿Te he dicho que te quiero alguna vez?

—Menos de las que deberías.

Mi madre negó con la cabeza mientras ponía los dos cubiertos en la mesa de la cocina. Cuando estábamos solas solíamos comer allí.

—¿Me vas a contar ya lo que te ocurre?

—Pues que he vuelto a caer en lo mismo…

Mi madre supo de inmediato a lo que me refería. Dos lágrimas resbalaron por mis mejillas, y pude ver la preocupación en su rostro. Pero esta vez no iba a ser como la anterior, me negaba rotundamente.

—No me llores, por favor —suplicó mi madre.

—No lo haré más, te lo prometo.

—Hazlo si así sacas de dentro todo el dolor.

—El dolor continuará conmigo, pero no va a ser como la otra vez.

Mi madre limpió con sus dedos esas lágrimas que, en esta ocasión, eran de rabia, de impotencia. No me cabía en la cabeza que ese hombre fuera tan cobarde y tan ruin para utilizarme de esa manera.

Comimos en silencio, y lo agradecí. Otra madre hubiera preguntado hasta la saciedad, pero la mía no. Ella nos daba nuestro espacio, nuestro tiempo para madurar el dolor, y eso, pocas personas sabían hacerlo.

—Mamá, me voy a echar un rato, que me duele mucho la cabeza —le dije.

—No te preocupes, yo recojo esto —contestó.

Una vez que estuve en mi habitación, y cuando todavía no había puesto la cabeza en la almohada, entró mi hermano Pablo. Con él podía ser yo misma, sin tapujos ni muros levantados.

—Hermanita… —me dijo.

No me pude aguantar y entre sus brazos, lloré de manera desconsolada. Pablo no decía nada, ni falta que hacía. Tan solo me acariciaba la espalda, a modo de consuelo.

A pesar de ser dos años más pequeño que yo, me sacaba una cabeza y tenía una madurez impropia de su edad. Sus consejos eran como si hubieran salido de un libro de autoayuda, o de la cabeza de un señor mayor.

—Parecía tan interesado en ti… —me dijo.

—Hasta que se metió entre mis piernas, como me ocurre siempre.

—No seas injusta contigo misma, Yurema.

—No es injusticia, es la pura realidad.

Mi hermano permaneció conmigo en mi habitación un buen rato, hasta que decidió marcharse para que pudiera descansar. Mi cabeza dolía como si me la estuvieran presionando, por lo que, lo mejor sería cerrar los ojos durante un tiempo.

No sé si fue el cansancio, el llanto o que ya no podía más, pero lo cierto es que me quedé dormida. Cuando me desperté, ya era de día de nuevo. Había dormido más de quince horas.

Me levanté un poco antes de que sonara el despertador, por lo que me di una ducha de estas reconfortantes, y me vestí, directa para recoger a mis hermanos e ir a montar el puesto al mercadillo.

—Yurema, si no te encuentras bien, nosotros te cubrimos —me dijo Pedro.

—Me encuentro perfectamente —contesté, con una sonrisa.

—Además de que, socializar con la gente, le vendrá bien —habló Juan.

Mi hermano había sido la última persona de mi familia que habló con Borja, y lo hizo la noche del sábado, cuando vino a buscarme. Me miraba con una mezcla de compasión y cariño, pero eso era lo último que necesitaba en estos momentos.

—No me mires así, que no se me ha muerto nadie —le dije.

—No puedo mirarte de otra manera —dijo Juan

—Eres nuestra niña, y ese tipo se las verá con nosotros —sentenció Pedro.

—No quiero que os acerquéis a él. Para mí, es como si no hubiera existido —respondí.

—¿Por qué nos pides eso?

—Porque lo que menos deseo en estos momentos es tener una preocupación más.

—La niña tiene razón. No hay mayor desprecio que no hacer aprecio —dijo mi madre.

—Está bien, si es eso lo que quieres…

—Pero, como venga de nuevo a buscarte, ahí sí que no se va a librar —dijo Juan.

Nos fuimos de camino al mercadillo. Tenía que cambiar el gesto de mi cara, que parecía que venía de un funeral. Si seguía con esa cara, no me iban a comprar ni una mísera horquilla para el pelo.

Juan nos trajo un desayuno a mi hermano y a mí, que me supo a gloria, puesto que no comía nada desde el día anterior al mediodía, y mi estomago estaba rugiendo ya como si tuviera un león dentro.

Después de eso, con energías renovadas, me puse a pregonar, pero no me hizo mucha falta, porque la gente seguía acudiendo a buscar los modelitos que yo sacaba en los vídeos.

Nos habíamos quedado ya sin nada para subir a las redes, por lo que le diría a Pablo que esta tarde grabáramos más. Aprovecharíamos que ya nos habían traído modelos nuevos de la nueva temporada, para promocionarlos.

—Hermanita, estás que no paras —me dijo Pedro.

—Joder, no me ha dado tiempo ni de beber agua —contesté.

Había llegado la hora de recoger y todavía tenía el puesto lleno de gente. Así no me podía marchar, no hasta que todas estuvieran atendidas.

Como Pedro no tenía a nadie y ya había recogido, se vino al mío para echarme una manita. Treinta minutos después, ya lo teníamos vacío, y con poco género que guardar, ya que se habían vendido casi todas las prendas de la percha.

Capítulo 18



Borja

Había llamado a mi padre y a mi hermana a la oficina, y los estaba esperando en la sala de reuniones. Ya habían pasado dos semanas desde que Yurema huyó de mi casa, y con toda la razón del mundo.

Al final, la cosa se complicó un poco más, ya que el informe que yo hice estaba mal, faltaban datos importantes que me servirían para convencer a mi padre de sacar acciones en bolsa.

Confeccionar uno nuevo nos costó más de una semana, pero ahora tenía todo atado para que mi plan saliera con éxito. No era algo que viera sus frutos de un día para otro, eso lo tenía claro, así que, tenía que armarme de paciencia.

—Espero que nos hayas llamado para algo importante —dijo mi hermana.

—¿Has tenido que anular tu cita con el fisio? —pregunté, con ironía.

—No vayas a empezar, Borja, o nos vamos —dijo mi padre.

—Era una broma, pero parece que ni siquiera puedo hacer eso —respondí.

—Lo sé, hermanito. Venga, di para qué nos has llamado.

—He tenido una idea que nos proporcionará mucho dinero —empecé a contarles.

Durante más de tres horas les estuve explicando, punto por punto, toda mi idea, que no mi plan, que ese tan solo lo sabía Pelayo.

Pensé que me dirían que no, porque mi padre era un obseso de las propiedades privadas, y eso de que alguien más tuviera derecho a decidir sobre su empresa, no le gustaba un pelo.

—Si piensas que es bueno para la empresa, adelante —me dijo mi padre.

—Una cosita… ¿no deberíamos dejar la mayoría de las acciones en manos de la familia? —preguntó mi hermana.

Eso también lo tenía previsto, por lo que no me cogió de sorpresa esa pregunta, aunque sí que lo hizo a mi padre, que me miró con miedo, y al que tranquilicé con una sonrisa.

—Por supuesto, de eso no tengas duda —respondí.

—¿Cómo lo harás? —preguntó mi padre.

Le expliqué que sacaríamos el cuarenta y nueve por ciento de las acciones a bolsa, mientras que el otro cincuenta y uno se repartiría entre mi hermana y yo, con una pequeña participación de mis padres.

Si sumaba ese cuarenta y nueve con las que me tocaban por reparto, yo sería el accionista mayoritario y no me podrían despedir ni hacer nada en mi contra, pero eso ellos no lo sabían.

—Siendo así, y teniéndolo todo tan claro, adelante —dijo mi padre.

Por primera vez vi el orgullo en su mirada. Sabía que me quedaría sin capital en cuanto que esto ocurriera, pero me daba igual. Como si tenía que hipotecar mi ático, o venderlo e irme a vivir a otro lugar, ya lo recuperaría más tarde.

Tal y como salimos de la sala de reuniones nos fuimos a comer al restaurante que había frente a las oficinas. No le dije nada a Pelayo, puesto que no quería que mi familia sospechara nada, y como íbamos a seguir hablando del tema, mejor nosotros solos.

—Ahora iré a hablar con los abogados para que lo pongan todo en marcha —les expliqué.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en tener el dinero en la cuenta? —preguntó mi hermano.

—Eso no es de un día para otro, Sandra —contestó mi padre.

—Lo sé, pero es para ir haciéndome una idea.

—Cinco, quizás seis meses, no lo puedo decir con precisión.

—¿Tanto?

—Claro, hay que dividir la empresa en acciones, y esperar el permiso para poder venderlas —le expliqué.

Sabía que ese era el punto débil de mi hermana, el dinero, y por ahí pude atacar. Ella haría todo lo posible porque todo estuviera listo antes de tiempo. Ella tenía contactos, que no dudaría en utilizar y pedir todos los favores que fueran necesarios.

Por otro lado, yo tenía ya mi empresa creada, a la espera tan solo de la inscripción en el registro, que no pensaba que tardara más de un par de semanas más.

Una vez que la tuviera registrada y pudiera trabajar con ella, me haría con todas las acciones y volvería a buscar a Yurema. Tan solo le pedía al cielo que no fuera demasiado tarde.

Me despedí de mi familia y subí al despacho de Pelayo. Tenía que contarle que todo había salido a pedir de boca, porque sabía que se alegraría muchísimo por mí.

—Todo ha salido a pedir de boca, amigo —le dije.

—¿En serio?

—Sí, ya sabes como es mi hermana con el dinero…

—Y como tu padre tan solo mira a través de sus ojos.

Nos dimos un abrazo, pero supe que a mi amigo le ocurría algo. Pensé que había discutido con Inés, pero no me cuadraba, ya que el día anterior me dijo que estaban muy bien juntos.

—¿Te ocurre algo, Pelayo?

—Me ocurre todo, Borja.

—Sabes que estoy aquí para todo lo que necesites, ¿verdad?

—Lo sé, pero no tengo ni idea de cómo me vas a poder ayudar con esto.

Pelayo me contó que mi hermana había ido a hablar con sus padres. Que les había dicho que eran novios, que llevaban mucho tiempo juntos, pero que no querían que lo supiera nadie.

También les dijo, que mi amigo la había dejado porque se había liado con una pelandrusca que no tenía donde caerse muerta. Que trabajaba de limpiadora y que lo había seducido por su dinero.

Su madre se llevó las manos a la cabeza, y le prometió que la iba a ayudar a que todo volviera a la normalidad, pasando por encima de los deseos de su propio hijo.

—Es una bruja, Borja —se lamentó.

—No, es una hija de puta.

—¿Durante cuánto tiempo le pedí que formalizáramos lo nuestro?

—Lo sé. ¿Se lo has dicho a tu madre?

—He intentado contarle todo, pero no me ha querido escuchar.

—Si quieres, yo puedo hablar con ella.

—No servirá de nada. Al final, ha resultado ser tan clasista como la tuya.

—No me lo creo, tu madre no es así.

—¿Entonces? ¿Por qué me obliga a dejar de ver a Inés?

—Porque no la conoce.

—Claro, está la cosa ahora como para presentársela.

—Justo eso es lo que tienes que hacer…

Entre los dos trazamos un plan para que los padres de Pelayo conocieran a Inés de la manera más tonta. La haríamos pasar por mi chica, e iríamos a su casa, así como quién no quiere la cosa.

—Ahora, lo más complicado es que Inés acceda —me dijo Pelayo.

—Eso es fácil. No le ocultes nada.

—¿Cómo voy a decirle la verdad?

—Pues tal y como me lo estás contando a mí.

—Si mis padres no la aceptan, lo tendré muy jodido.

—Encontraremos la forma de que sí lo hagan.

Lo dejé en su despacho y me fui al mío, desde donde llamaría a los abogados, tanto a los de la empresa para que fueran poniendo todo en marcha, como a los míos personales, para que se dieran prisa con la empresa.

Cuando miré el reloj, eran más de las ocho de la tarde, y tenía que haber salido a las cinco. Me levanté y salí al pasillo, encontrándome con otra chica que estaba limpiando la oficina.

—Perdona. ¿Dónde están Yurema e Inés?

—Buenas noches, señor del Monte. Ellas han sido trasladadas a otra oficina.

Os prometo que me hirvió la sangre. ¿Por qué habían hecho eso? Yo no había dado ninguna orden. La chica vio mi enfado reflejado en mi cara, e intentó disculparse.

—Señor, yo…

—No te preocupes, que no tengo nada en tu contra.

Me di la vuelta y entré de nuevo en mi despacho. No sabía si todavía quedaba alguien en la empresa de limpieza para la que trabajaban las dos, pero no me iba a ir sin intentarlo.

—Buenas noches, Limpieza La Bayeta. ¿En qué puedo ayudarle? —me contestaron.

—Buenas noches, soy Borja del Monte y quisiera hablar con el encargado.

—Señor del Monte, ¿tampoco está contento con la chica nueva?

—Yo no he dicho nunca que estuviera descontento con las chicas que limpiaban antes.

La chica que me atendió, que resultó ser la encargada, me explicó que alguien había llamado a la empresa y había solicitado un cambio de personal. Se identificó como mi secretaria, pero yo no le había dado ninguna orden.

—Gracias por todo, averiguaré quién ha sido.

Colgué el teléfono, con un desconcierto que no era ni medio normal. Estaba completamente seguro de que mi secretaria no había sido, o me hubiera informado de ello.

Por otro lado, me dijeron que el cambio ya era irreversible, así que, la chica nueva se quedaría limpiando en las oficinas.

Llamé a mi secretaria, que me explicó lo que había pasado. Había sido ella la que llamó solicitando el cambio, pero ante la petición de mi hermana, que, además, le dijo que no me molestara con tonterías, que ella se encargaba.

—A partir de ahora, solo yo doy las órdenes —dije.

—Siento las molestias que le haya podido ocasionar.

—Si vuelve a pasar algo de esto, está en la calle.

Capítulo 19



Yurema

Habían pasado ya dos meses desde la última vez que vi a Borja, desde ese fatídico día en el que descubrí al hombre más cobarde con el que me había cruzado.

No se conformó con apartarme de su vida de esa manera, sino que, tal y como había previsto, llamó a la empresa de limpieza para solicitar nuestro cambio. Por suerte, la encargada nos conocía y sabía como trabajábamos, por lo que no nos despidió, tan solo nos cambió de lugar.

Esa mañana me levanté con el estómago algo revuelto, pero pensé que sería de los nervios. Me tomé un café, pensando que eso me ayudaría a que se asentara y se fuera esa sensación de asco que tenía, pero nada más lejos de la realidad.

En cuanto le di el primer sorbo, me dio una arcada, y tuve que salir corriendo hasta el baño para vomitar. Si me había tomado un par de sorbos, había echado una cafetera entera.

—Ahora mismo nos vamos al médico —me dijo mi madre.

—Son los nervios, mamá —respondí.

—Eso espero, pero tengo una ligera idea de lo que te puede estar pasando.

Las palabras de mi madre me hicieron pensar de más, e intentar recordar cuando me había puesto con la regla la última vez. Al tomar pastillas anticonceptivas, había meses en los que tan solo tenía un ligero sangrado.

No le había dado importancia a eso, pero la última regla como tal que tuve había sido hace por lo menos tres meses. Un escalofrío me recorrió la espalda, porque no podía ser.

Hice todo el trayecto hasta el centro de salud en completo silencio. Pidiéndole al cielo que no fuera lo que mi madre estaba pensando, pero tenía todas las papeletas de así fuera.

—Cuénteme, ¿qué le ocurre? —preguntó la doctora.

—Llevo varios días con el estómago revuelto…

Le conté a la doctora que me estaba atendiendo todos los síntomas que tenía, así como que tomaba pastillas anticonceptivas y el flujo de regla que había tenido.

—Lo primero que vamos a hacer es una prueba de embarazo —me dijo.

—Pero, tomo la píldora.

—Ningún método anticonceptivo es infalible —habló la doctora.

—Salvo la abstinencia —respondió mi madre.

—Sí, pero pocos jóvenes la practican.

Me dio un botecito donde tenía que hacer pis, y me fui al baño. Os prometo que no salía ni una gota de mi cuerpo, hasta que llegó mi madre, que me encontró llorando.

—No te voy a aplaudir, pero tampoco a echar una bronca.

—Mamá, te prometo que pusimos medios.

—Ya has oído a la doctora, ninguno en infalible.

—¿Qué voy a hacer ahora si estoy embarazada?

—¿Quieres tenerlo?

—No me veo capaz de abortar, eso seguro. No me lo perdonaría nunca.

—Entonces, lo que vas a hacer es parirlo y cuidarlo.

—No quiero que su padre lo sepa.

—Eso es asunto tuyo, pero no adelantemos acontecimientos.

—Verdad, vamos a confirmarlo, y luego hablamos.

Después de mucho intentarlo, pude echar la orina en el tarrito, y volvimos a la consulta, donde la doctora nos esperaba.

Cogió una tira reactiva del mueble que había detrás de su escritorio, en su consulta y lo acercó al bote con la orina. Lo impregnó y lo puso encima de la tapa.

Ni dos minutos después, pudimos comprobar cómo se ponían dos rayitas rosas. No me lo podía creer, había que tener mala suerte para que me sucediera eso.

—Tal y como sospechábamos todas, estás embarazada —dijo la doctora.

Mi madre me miró, con una mezcla de cariño y de pena, pues sabía que tendría que sacar a mi hijo o hija adelante yo sola. Contaría con la ayuda de mis hermanos, por supuesto, pero no era lo mismo que hacerlo con tu pareja.

—Te voy a dar cita con el ginecólogo, de manera urgente —siguió informándome la doctora.

—¿Tengo que tomar alguna precaución? —pregunté.

—Por supuesto, pero todo eso te lo explico ahora.

La doctora me fui indicando los pasos a seguir hasta que me viera el ginecólogo. Lo que podía y no podía comer, lo que me venía bien y mal, y me lo dejó todo por escrito.

Salimos de la consulta y mi madre me llevó hasta una cafetería cercana. Decía que teníamos que hablar las dos a solas y tranquilamente, antes de contarle nada a mis hermanos.

—Ahora sí, ahora es el momento de hablar —me dijo.

—No sé qué decir, mamá.

—A mí no me tienes que decir nada, tan solo piensa lo que quieres hacer.

—Tenerlo, eso lo tengo claro.

—Pues, partiendo de esa base, vamos a ir desgranando todo.

—No quiero que su padre lo sepa.

—¿Por qué? ¿No crees que tiene derecho a saberlo? ¿A elegir?

—No, porque su familia pensaría que lo he hecho por el dinero.

—En eso tienes razón.

—Es mi hijo, solo mío, y yo lo sacaré adelante.

—Si es tu decisión, yo la respeto. Otra cosa es que esté de acuerdo con ella o no, pero no voy a entrar en eso ahora.

Nos mantuvimos un buen rato ahí en la cafetería. Nos pedimos un zumo de naranja y una tostada, la de mi madre con jamón, la mía con aceite, porque no podía comerlo por el embarazo.

Nos fuimos de vuelta a casa dando un paseo. La pastilla que me había recetado la doctora para las náuseas había cumplido con su misión y, tras tomármela con el desayuno, habían desaparecido.

Ahora tocaba contárselo a mis hermanos. Sabía que Juan pondría el grito en el cielo, Pedro maldeciría a Borja y a toda su familia, mientras que Pablo se limitaría a abrazarme y a cuidarme.

Mi madre les envió un mensaje a todos, citándolos en casa a la hora de comer, y avisando de que hoy no iría a trabajar al mercadillo. No dijo nada más. Según decía ella, no era algo para hablar por teléfono.

Cuando llegaron todos, mi madre y yo ya teníamos la mesa puesta y la comida lista. No nos demoramos mucho, y el momento que elegimos para decirlo fue cuando estuvimos todos sentados a la mesa.

—Vuestra hermana está embarazada —dijo.

Lo hizo como si estuviera dando una noticia de la televisión, sin dramas, sin sentimientos, y eso me dolió, porque sabía que la había traicionado, que eso no era lo que ella quería para mí.

—¿Perdona? —preguntó Juan.

—Me cago en toda la puta familia del pijo ese de mierda —dijo Pedro.

Mi hermano dio un puñetazo encima de la mesa, ante la atenta mirada de mi madre, que no dijo absolutamente nada. Juan se levantó y empezó a dar vueltas por la cocina.

—¿Por qué no os dejáis de dramas? —preguntó Pablo.

—¡Porque lo es! —contestó Juan, enfadado.

—Un niño no puede ser un drama nunca —dijo mi madre.

—Además, que ella no ha matado ni engañado a nadie —dijo Antonio, que hasta ahora se había mantenido callado.

—Y nos tiene a nosotros, a su familia —aclaró Pablo.

—Ahora sí que no me vas a impedir que le parta la cara —amenazó Juan.

—Por supuesto que sí. Este niño es mío y de nadie más, así que no quiero ni que miréis a su padre —dije.

—¿Vas a dejarlo que evada sus responsabilidades? —preguntó Pedro.

—No me quiere en su vida, y no voy a obligar a nadie —respondí.

Entre nosotros se formó un debate, y la comida pasó a un segundo plano. Nadie había probado bocado aún, y empezaba a enfriarse.

—Vamos a comer y trasladamos la tertulia para el momento del café —dijo mi madre.

Nos centramos todos en nuestro plato, cada uno rumiando de la mejor manera que supimos la noticia, mi decisión de que Borja no se enterara. Todavía faltaba lo mejor, pues había decidido que me marcharía de la ciudad, me iría a casa de mi tía, la hermana de mi madre.

—He decidido que me voy —dije.

Todas las cabezas se giraron en mi dirección, sin saber ni entender a lo que me estaba refiriendo. La primera que habló fue mi madre, que estaba completamente sorprendida, puesto que no le había dicho nada antes.

—¿Cómo qué te vas? —preguntó.

—¿A dónde te vas a ir? —dijo Pablo.

—A casa de la tía Camelia —aclaré.

—¿Por qué? —preguntó Juan.

—Porque allí podré trabajar y vivir sin que nadie me juzgue —dije.

—Nadie te va a juzgar. Tú no te vas por eso —dijo Pablo.

Mi hermano era el más observador de todos, y sabía que mi huida era por miedo, no porque me afectara lo que hablaran de mí.

—Entonces, ¿cuál es el motivo? —dijo mi madre.

—Se va para no cruzarse con ese hombre, para que no descubra que está embarazada.

—Eso es una tontería. En dos meses no lo he vuelto a ver.

—Ya, pero basta que no te quieras cruzar con alguien, para que lo hagas.

—Bueno, sí. Tengo miedo de que lo descubra y me quiera quitar a mi hijo.

Capítulo 20



Borja

No me podía creer que todo estuviera tardando tanto. Los dos meses que le dije a mi hermana se habían convertido ya en ocho, y empezaba a desesperarme.

—¿Se puede saber qué problema hay ahora? —le pregunté a los abogados.

—No hay ninguno, tan solo son los pasos que tenemos que seguir —me dijo uno de ellos.

—Son los trámites necesarios, Borja —contestó el otro.

—Pues esos putos trámites me están arruinando la vida —les dije.

Corté la llamada con una sensación de lo más desagradable. No podía esperar más, o terminaría perdiéndola para siempre.

El plan que trazamos Pelayo y yo para que su familia conociera a Inés no salió tal y como pensábamos, sino que lo hizo mucho mejor, y fue gracias a ella, a su valentía.

Tal y como entró por la casa de los padres de Pelayo, fue con la verdad por delante, y no dudó en decirle a su madre que era la pareja de su hijo. Le explicó, sin tapujos, su vida y que podría enfrentarse a que no la quisiera, pero no a tener que dejar a su chico.

Solíamos quedar a menudo, pero se negaba a contarme nada sobre Yurema. Era su mejor amiga y, sin duda, sabría como se encontraba, pero por más que insistía no abría la boca.

Esa tarde quedamos en mi casa para cenar. Hacía demasiado frío como para estar en la calle, y no me apetecía nada tener que vestirme, por lo que todos estuvimos de acuerdo.

—Hemos traído pizzas —dijo Pelayo.

—Me encanta esa opción —respondí.

Con el frío que hacía era imposible, parecía que llegaba el invierno, en vez de estar en primavera. Por ese motivo, la terraza estaba vetada, así que nos sentamos en el salón.

—¿Sabes algo de Yurema? —le pregunté a Inés.

Era la enésima vez que hacía la misma pregunta, y estaba completamente seguro de que la respuesta sería idéntica a todas las que había tenido cuando había preguntado.

—Claro qué sé, pero no te lo voy a contar —me respondió.

—Es injusto, sabes que estoy enamorado de ella.

—Injusta fue la manera en la que dejaste que se marchara de aquí.

—Joder, Inés, sabes que no tuve otra opción.

—Claro que la tuviste, pero no quisiste hacerlo.

—Estaba atado de pies y manos.

—Elegiste el dinero y la vida cómoda antes que el amor.

—No es así, y te darás cuenta muy pronto.

—Eso me dices siempre que hablamos, pero no te veo mover un dedo.

—Todavía no puedo.

—Pues, cuando lo hagas, quizás sea tarde. Has dejado pasar ya diez meses.

—Esta es la misma conversación que tenemos cada vez que nos vemos —dijo Pelayo.

—Por eso mismo, no pienso decir una palabra más al respecto.

Le había pedido a mi amigo que no le contara nada de mis planes a su chica, pues se le podía escapar en cualquier discusión y llegar a oídos de mi familia. Y eso, no me lo podía permitir.

Finalmente, cambiamos de tema, hasta que Inés dijo algo que me hizo pensar que ya podía haberla perdido. No dijo nombres, ni ningún dato, pero yo supe que se trataba de ella, de Yurema.

—El fin de semana que viene tengo que salir de viaje —dijo.

—¿Nos vamos de fin de semana romántico? —preguntó su chico.

—No, me marcho yo con unos amigos de la infancia.

—¿Y me dejas aquí?

—Tengo un evento familiar, y me han pedido que acuda sola.

—Pues no lo entiendo. Yo te incluyo en todos los míos.

—Lo sé, y no sabes lo que me duele decirte esto.

—Es algo relacionado con Yurema, de lo contrario, te habría dicho que fueras —sentencié.

—Yo no he dicho nada de eso.

Inés empezó a ponerse nerviosa, y tanto Pelayo, como yo, nos dimos cuenta de eso. Le hice un gesto para que no siguiera insistiendo, ya lo averiguaríamos por nuestra cuenta.

—Está bien, pues entonces, nosotros también nos iremos de fin de semana —dijo Pelayo.

—Nunca te lo he prohibido.

—Pero siempre hacemos todo juntos.

—No insistas, Pelayo, no te va a contar nada.

—Lo sé, mucho menos estando tú delante.

Terminamos la cena y nos tomamos una copa antes de que ellos se marcharan. Tenía la sensación de que me estaba ahogando, sobre todo al quedarme solo.

Cuando esto me ocurría, cogía mi móvil y entraba en las redes sociales de Yurema. Ahora ya no subía videos de ella, sino que los hacía su cuñada, Mayte.

Como no habían borrado los antiguos, seguía entrando en ellos. Era la única manera que tenía de no volverme loco y salir a buscarla. Me dolía en el alma, pero no podía arriesgar mi futuro, nuestro futuro.

Los veía en bucle, uno detrás de otro, y volvía al principio. En muchas de las ocasiones lloraba en silencio. En otras, gritaba hasta quedarme sin voz. Pero, en la mayoría de las veces era como si estuviera ausente.

En esta ocasión me tocó el llanto, y tanto lloré que me quedé dormido casi sin darme cuenta. Me despertó el timbre de la puerta y, al mirar el móvil para comprobar la hora, vi que tenía cinco llamadas perdidas de mi amigo.

Eran las diez y cuarto, como dos horas más tarde de la que solía levantarme los domingos. Me levanté y me dispuse a abrir la puerta, encontrándome a mi amigo allí.

—Menos mal que das señales de vida, me habías asustado —me dijo.

—Estaba durmiendo.

—Ese es el problema, nunca duermes tanto.

—Estoy agobiado, y en mis sueños es el único lugar donde soy feliz.

—Vengo a contarte algo.

—Pasa, preparo un café enseguida.

Entré en la cocina y preparé dos cafés en la cafetera de cápsulas. Pelayo, mientras tanto, se había sentado en el salón, y había puesto unos pastelitos encima de la mesa.

—Según veo lo que has traído, tiene que ser fuerte lo que me vas a contar.

—No tengo todos los detalles, pero el evento al que va Inés es un bautizo.

Cuando me dijo eso, os prometo que me tuve que sentar, pues me entró hasta mareo. No me atrevía a preguntar nada, pero no tenía más remedio que hacerlo.

—¿Quién es la madre?

—No me voy a andar con rodeos, es Yurema.

—Lo sabía, la he perdido para siempre.

—No te puedo decir que tenga una pareja.

—Entiendo que Inés no ha querido entrar en detalles.

—Ni siquiera debería estar contándote esto, pero no me podía quedar callado.

—Gracias, Pelayo.

—No hay de qué. Pero, mete prisa o…

—Nunca debería de haber elegido el dinero.

—No lo elegiste, lo que sí hiciste es mirar por tu futuro.

—No, opté por la vida cómoda, tal y como dijo Inés.

—Eso no es cierto, o no estarías haciendo todo esto.

—¿Sabes dónde será el bautizo?

—Sí, pero no te pienso decir nada, a no ser que…

—Vendrás conmigo, tú conducirás el coche.

—¿Me prometes que no vas a hacer nada que te perjudique?

—Te doy mi palabra.

—Entonces, te recojo el sábado a las diez.

Esa semana me resultó la más larga y tediosa de mi vida. Los minutos no avanzaban, los días parecían todos iguales, y empezaba a desesperarme por culpa de los abogados.

—Tenéis esta semana para dejarlo todo listo…

—Es muy poco tiempo, Borja.

—O lo hacéis, o cambio de abogados.

—Está bien, el lunes hablamos.

Lo tenía claro, y era un ultimátum. O cerraba ya todo el tema de la empresa o buscaba a otros que lo hicieran más rápido que ellos.

El tema era que ellos cobraban un sueldo fijo y, si les salía algún caso fuera de la empresa, les daban prioridad para poder cobrarlos aparte, dejando mis asuntos para el último lugar.

Por fin había llegado el sábado por la mañana, y estaba listo desde antes de las nueve. Llamé a Pelayo en infinidad de ocasiones a lo largo de la semana, hasta el punto en el que dejó de cogerme el teléfono.

A las diez menos cinco, sonó el telefonillo interno, era el portero avisándome de alguna visita, a la que no pensaba atender, por supuesto.

—Señor del Monte, está aquí el señor Velarde…

—Dígale que ya mismo bajo.

—Enseguida, señor.

Colgué el telefonillo, cogí mi chaqueta y mi cartera, y salí de mi casa, listo para que Pelayo me llevara a donde iba a encontrar a Yurema.

Durante todo el trayecto, mi amigo intentó distraerme, contándome tonterías, pero no le funcionó. Media hora antes de que llegaran los invitados, ahí estábamos nosotros, metidos en el coche.

Los vimos llegar a todos, unos tras otros. Yurema no estaba en nuestra ciudad, sino en una cercana, a menos de una hora de distancia de donde vivíamos nosotros.

Noté su presencia, al igual que ella notó la mía, porque dirigió su mirada hacia el coche, y su gesto cambió por completo. No me esperaba, estaba claro.

Cuando me fijé en ella, a su lado iba un hombre muy guapo, al que no conocía, y que la llevaba cogida por el hombro, mientras ella empujaba un carrito de bebé.

Todo a mi alrededor se tornó de color negro, cuando desperté, ya no estábamos allí, sino en un hospital.

Capítulo 21



Yurema

Tras haberle comentado a mi familia lo de mi marcha, al final, todos me apoyaron. Me fui a una ciudad cercana, en la que vivía mi tía junto a mi primo, que era un poco más mayor que yo.

El embarazo transcurrió sin ningún problema, y había llegado el momento del parto. Mi madre me acompañó durante los últimos meses, dejando a mi hermano Juan a cargo de los más pequeños.

Inés también estuvo presente, pero a través de videollamada. No quise que le contara nada a nadie, ni siquiera a Pelayo. Ella insistía en que Borja preguntaba por mí en cuanto que coincidían, pero me daba exactamente igual.

El parto fue duro, no lo voy a negar, pero, el simple hecho de tener a mi niño entre mis brazos hizo que se me olvidara todo de golpe.

—¿Cuál va a ser el nombre del bebé? —preguntó la doctora.

—Se llama Héctor —respondí.

Era algo que Inés y yo hablábamos de pequeñas, cuando soñábamos con que seríamos mamás. Ella decía que si tenía un niño le pondría Enzo y yo, Héctor. Si era una niña, el nombre elegido por mí era Sofía, y el suyo, Marta.

Mi primo me apoyó muchísimo, al igual que mi tía, que fue como una madre para mí. Ella se encargó de que no nos faltara de nada y su hijo fue comprando cosas para el bebé como si fuera suyo.

—Álvaro, por favor, no me traigas nada más, que no cabemos —le pedí.

—Tonterías, siempre hay sitio para una cosita más —respondió.

Mi primo Álvaro era un hombre de lo más increíble, además de guapo. Era muy alto, moreno y de ojos grises. Trabajaba como policía nacional y se había nombrado padrino de mi hijo desde el momento en el que llegué.

Esa mañana era el bautizo de mi hijo. Inés era la madrina, pero le pedí, por favor que viniera sola. No quería que su chico le dijera nada a Borja, y ella accedió sin problema.

—Venga, vamos que el llegaremos tarde —me dijo Álvaro.

—Espera un momento, que se me olvida algo —respondí.

Me puse a revisar todo lo del niño, comprobando que tenía pañales, toallitas, la leche y todo lo que me haría falta para pasar el día.

Después de la ceremonia, mis familiares y nosotros, nos iríamos a celebrarlo con una comida en un restaurante cerca de la playa.

Desde que había llegado aquí, mi rutina era siempre la misma. En cuanto que mi primo llegaba de su turno, nos íbamos a dar un paseo por la arena, aprovechando que no estaba lloviendo.

Metí al niño en su cochecito, iba de lo más bonito vestido. Llevaba un peto blanco, con una camisita celeste, al igual que su rebeca y sus leotardos. Parecía un príncipe.

Para mi desgracia, era igualito a su padre. Mismo color de pelo, al igual que los ojos. Misma boquita, incluso tenía un hoyuelo en la barbilla exactamente igual que él.

—Desde luego, hija, no ha sacado nada tuyo —me dijo mi madre al verlo.

—Yo he sido la incubadora, mamá —contesté.

Había decidido tomármelo con humor, porque tenía toda la vida por delante para estar enfadada por eso.

Yo también me había arreglado bastante. Hacía mucho tiempo que no me veía así. Me puse un mono de pata ancha, estampado en colores vivos, por supuesto de mi puesto del mercadillo.

Lo combiné con unos zapatos azul eléctrico, al igual que el abrigo de paño. De mi cabello se ocupó mi tía, que me hizo las planchas para luego recogérmelo en una coleta alta.

—Estás preciosa, prima —me dijo Álvaro.

—Gracias, tú también estás muy guapo —respondí.

—Vamos a ser la sensación del bautizo.

—No va a haber otra pareja como nosotros.

Álvaro se había convertido en mi mejor amigo, en mi confidente. Una noche que me encontró de lo más agobiada, me invitó a dar un paseo por la playa y le conté todo lo que me estaba atormentando.

—No te merece —sentenció.

—Supe desde el principio que no éramos iguales.

—Por supuesto que no, tú le das mil vueltas.

—Pero él tiene dinero.

—Y tú tienes dignidad.

Era imposible debatirle nada al respecto. No lo soportaba, y eso que ni siquiera lo había visto, nada más que por una foto.

Llegamos a las inmediaciones de la iglesia, y una sensación de lo más desagradable se apoderó de mí. No os puedo explicar lo que sentí, pero era como si me estuvieran observando.

Giré la cabeza buscando a no sé quién, porque no se me ocurría nadie que pudiera estar vigilándome. Hasta que mis ojos me llevaron a un punto en concreto.

Allí estaba Borja, mirándome como si yo hubiera cometido el delito más grande por tener a mi hijo.

Álvaro se dio cuenta de que me ocurría algo y me llevó dentro, pues no podíamos entretenernos más, la ceremonia estaba a punto de comenzar.

Por suerte, ninguno de mis hermanos lo vio. Tan solo le pedía al cielo que, cuando todo terminara y saliéramos de nuevo a la calle, ya no estuviera allí, o se iba a formar un buen lío.

La ceremonia transcurrió de lo más tranquila. Mi niño se portó estupendamente, ni siquiera lloró cuando le echaron el agua. Solté un par de lágrimas por la emoción, pero también porque echaba de menos a su padre, que estuviera a mi lado.

Al salir, ya no estaba Borja, pero me chocó mucho que Inés, después de mirar su móvil, viniera a despedirse. Algo tenía que haber ocurrido, pero no me lo iba a decir, no en este día.

—Yurema, cariño, tengo que marcharme —me dijo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada importante, pero sí que requiere mi presencia.

—Habla claro, Inés. Sé que Borja ha estado aquí.

—No te puedo contar nada, al igual que tú tampoco querías que le contara nada de ti.

Tenía razón, y mi deber era respetarlo. No podía poner a mi amiga en ese compromiso, no sería justo para ella.

Nos despedimos y el resto nos fuimos a comer al restaurante. Al llegar allí, el metre nos enseñó la tarta, que era una preciosidad, con una cigüeña encima de la cobertura de chocolate blanco.

Trataban a mi primo como si fuera mi pareja, y la verdad, ninguno de los dos nos habíamos preocupado en desmentirlo. Ni él ni yo teníamos una pareja a la que le pudiera molestar.

—¿Dónde se ha marchado Inés? —preguntó mi madre.

—Ha tenido una emergencia, pero nada importante —respondí.

—Me había preocupado, la verdad.

—Pues pierde cuidado, que no es nada.

Esto último lo dije con la boca pequeña, pues sabía que, si Inés se había marchado, no era por una tontería. Por un lado, me moría por saberlo, pero por otro, me daba miedo enterarme de que le hubiera pasado algo a Borja.

No pude evitarlo, y le envié un mensaje a mi amiga, quería que, sin decirme nada, me tranquilizara un poco, o me iba a dar un infarto.

Yurema: *Dime que a Borja no le ha pasado nada importante, por favor, solo eso.*

Inés: *Está ingresado, pero no es nada complicado, un tema de estrés. No me pidas que te cuente nada más. Él es mi amigo, al igual que tú, y tengo que respetarlo.*

Yurema: *Lo sé, amiga. Gracias por tranquilizarme.*

Mi primo me había ido presentando a todos sus amigos durante estos meses, y más de uno se había mostrado interesado en mí, a pesar de mi embarazo, pero ninguno de ellos me llamaba la atención.

Mi madre se acercó, sabía que estaba preocupada por algo, y no dudó en preguntármelo, aunque sin presionarme, tal y como hacía siempre.

—¿Me vas a contar lo que te ocurre? —me dijo.

—Mamá, he visto a Borja, y él me ha visto a mí.

Le conté a mi madre todo lo que había sucedido desde que llegamos a la iglesia y la cara de decepción que puso Borja cuando me vio empujando el carrito del bebé.

—¿No puede ser que piense que ese hijo es de otro hombre?

—¿Cómo va a pensar eso?

—Piensa que te ha visto con un hombre que te tenía agarrada por el hombro y empujando el carrito.

—¿Me estás diciendo que su cara era porque pensaba que lo había olvidado?

—O eso, o es que no le gustan los niños.

—Mamá, por favor, que es algo muy serio.

Mi madre soltó una carcajada. Pocas veces la había visto así de feliz, pero desde que Héctor nació todo eran sonrisas.

Capítulo 22



Borja

El médico que me atendió en urgencias me dejó ingresado un par de días. Según él, lo que me había pasado era un colapso por estrés.

Mi cuerpo había estado sometido a tanta presión en los últimos meses que había dicho, basta, y lo había comunicado en forma de desmayo.

—Tengo que salir de aquí y hablar con Yurema —dije.

—No, para eso tendrás tiempo.

—Está con otro y tienen un bebé —repliqué.

—¿Qué ha pasado? —dijo Inés.

Ella era la madrina de ese bebé, y así me lo hizo saber Pelayo. Lo que no sabía era que hacía ella aquí, cuando debía estar junto a su amiga y su familia.

—Este hombre, que no deja descansar a su cabeza —dijo Pelayo.

—Voy a pedir el alta, voluntaria…

—No vas a pedir nada.

—Te he dicho lo que necesito.

—Lo que necesitas es descansar, desconectar de todo y de todos.

—¿Alguien me explica qué ocurre?

—No deberías haber venido, tendrías que estar con tu amiga y su familia.

—Mi amiga no se va a mover de dónde está.

—Pero es un gran día para ella y su pareja.

—¿De qué estás hablando?

—La vi llegar con un hombre, abrazada a él, y un bebé.

—Mira, no sé si aprovechar que estamos en el hospital y darte dos buenas hostias, porque te las mereces.

—No te entiendo. ¿Por qué dices eso?

—Al igual que a ella no le he contado nada, no lo haré contigo.

—¿Entonces para qué hablas nada?

—Ustedes sois los que tenéis que dejaros ya de tonterías y hablar.

—Eso pretendo, pero aquí, mi amigo, no me deja irme.

—Hay tiempo para todo. Ahora, descansa, luego ya verás lo que haces —dijo Pelayo.

Mi amigo le hizo un gesto con la cabeza a Inés, para que saliera de la habitación, seguida de él. Sabía que quería advertirla de que no me dijera nada que me pudiera alterar, pero tenía claro que no soltaría una sola palabra.

Poco a poco, el gotero que me pusieron me hizo efecto. La medicación era para tumbar a un caballo, según me dijo la enfermera, por lo que me quedé dormido enseguida.

Al día siguiente, que fue cuando abrí los ojos, ya tenía el alta firmada. Quería ir a hablar con Yurema, pero recibí una llamada de mis abogados que me hicieron volver a prisa y corriendo a mi ciudad.

—Tienes que venir y firmar la documentación, ya está todo listo —me dijo.

—Está bien, en un par de horas estaré por allí.

Por fin se habían terminado ya todos los trámites y me podía hacer con las acciones. Les dije a los abogados, cuando firmé todo, que no las sacaran a bolsa todavía, que tenía una oferta de una empresa que me interesaba mucho.

Sabía que iba a pagar casi medio millón de euros de más, pero cualquier cosa con tal de tener el control de mi vida de nuevo.

Llamé a mis padres y a mi hermana, pues tenía que seguir con la película que había inventado. Tendría que contarles que una empresa me había hecho una oferta, pero que yo no aceptaría hasta que ellos me dijeran que estaban de acuerdo.

—Hijo, ¿para qué nos has llamado? —dijo mi padre.

—Papá, tengo una oferta y quiero que le eches un vistazo.

Le entregué a mi padre un dosier que me había mandado mi abogado particular, no el de la empresa. A mi hermana se le hicieron los ojos chiribitas en cuanto que vio la cantidad que estaban dispuestos a pagar.

—Papá, no creo que haya que mirar nada más.

—Hija, no todo se reduce al dinero.

—Por supuesto que sí. Con lo que nos ofrecen, podremos vivir dos vidas a todo tren.

—La niña tiene razón, Manuel.

—En este caso, si todos estáis de acuerdo, por mí no hay problema.

Una sonrisa se dibujó en mi cara. Por fin estaba llegando todo al final. Por fin podría ponerme delante de Yurema y contarle todo, y me parecía mentira.

—Pues voy a llamarlos y fijar una cita —les dije.

—Cuanto antes mejor, hermano. Quiero irme de viaje al extranjero.

—Como si no tuvieras dinero para hacerlo.

—Ya, pero con la cuenta repleta se va una más tranquila.

Me despedí de ellos y me encerré en mi despacho. Llamé a mis abogados para que realizaran el contrato de compraventa. El encargado de firmar en nombre de mi empresa sería él mismo, mediante un contrato de representación.

Ese día me marché pronto a mi casa. Me tomaría las cosas con más calma, pues no quería que me volviera a pasar lo mismo que el día anterior.

De mi cabeza no podía quitar a Yurema. Estaba preciosa. En ello estaba pensando, cuando llamaron a la puerta. Por la forma de hacerlo, supe que sería Pelayo, y no me equivoqué.

—Amigo, siéntate, porque cuando te cuente, te vas a caer de culo —me dijo.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa ahora?

—El tipo que iba con Yurema el otro día…

—No me vayas a decir que es de la mafia, por lo que tú más quieras.

—Para nada, es policía nacional, pero no es eso lo que quería contarte.

—Habla ya, o me dará un infarto.

—No es la pareja de Yurema, es su primo.

—¿Y el bebé? ¿Ha tenido un bebé con su primo?

—De verdad, hijo, cuando te levantas empanado, te dura todo el día.

—¿Empanado? Será que tú me cuentas las cosas como las telenovelas turcas, por episodios.

—Si te callaras y me dejaras hablar…

—Vale, vale, ya me callo. Cuéntame.

—Espera, que te preparo una infusión relajante.

Pelayo se marchó a la cocina, y yo fui detrás de él. No me podía quedar quieto ni callado. Según me estaba contando, anoche, su chica le contó todo con pelos y señales.

—Te habrá pedido que no me contaras nada, ¿no?

—Eso es lo asombroso, que no lo ha hecho.

—¿Va a delatar a su amiga?

—Técnicamente, no lo va a hacer, porque ella no te va a contar nada.

—Pero quiere que yo lo sepa.

—Exacto.

—Tu chica es más lista que nosotros dos juntos, amigo.

—Lo sé, y debo tener mil ojos con eso, porque no le podré dar coba nunca.

—Bueno, ¿me cuentas lo que te dijo o no?

—Ese bebé, ese niño, que se llama Héctor, es un del Monte, amigo.

—¿Perdona? No habrá sido capaz de acostarse con mi padre, ¿verdad?

Mi amigo me miró y soltó una carcajada. Le dio un ataque de risa, hasta el punto de que tuvo que sentarse, pues casi se ahoga al faltarle el aire.

—¿Cómo se va a acostar con tu padre?

—¿Pues no encuentro otro del Monte? Mis primos viven en el extranjero.

—No se puede ser más idiota que tú.

—Eso, encima, insúltame.

—El día que repartieron las neuronas, no te sonó el despertador.

—Te lo ruego, dime ya quién es el padre de ese niño, porque le partiré la cara por dejarla sola.

—Pues ve dándote el primer puñetazo. Si quieres, te lo doy yo, porque el padre eres tú.

Cuando Pelayo me dijo eso, el que se tuvo que sentar otra vez fui yo. Ese bebé era el fruto de nuestro amor, era mi hijo, un varón que tenía un nombre precioso.

—Hazme otra de estas, pero esta vez en garrafa de cinco litros, por favor.

Le dije a mi amigo, refiriéndome a la infusión que me había hecho hacía unos minutos. ¿Con qué cara me presentaba yo ahora delante de ella?

—Si hubiera ido a buscarla, no me hubiera perdido el embarazo y los primeros meses de mi hijo.

—Ahora no valen los "si hubiera…" Lo que tienes que hacer es atar todo bien, e ir a darle una explicación.

—No me va a querer escuchar.

Si antes lo veía crudo porque tuviera una nueva pareja, porque hubiera empezado de cero con otro hombre, ahora lo tenía mucho peor. Tenía una pregunta en mi cabeza, que no paraba de rondarme, y se la hice a Pelayo, por si él sabía la respuesta.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Según Inés, no quería que la acusaran de ir detrás de tu dinero.

—Pero yo jamás le diría algo así, ni siquiera lo pensaría.

—Eso ella no lo sabía, no después de la manera en la que la dejaste marchar.

Ese momento me perseguiría durante toda mi vida. Había sido un puto cobarde, y ahora me tocaba pagar por ello. Ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo. Os prometo que hubiera actuado de otra manera.

Mi amigo pareció que leyó mi pensamiento, y así me lo hizo saber. Me cogió del hombro antes de hablar, mostrándome su apoyo.

—Lo hecho, hecho está.

—Lo sé, pero podría haber sido todo tan distinto…

—Ahora toca mirar al futuro, y hacer lo posible para que todo se resuelva.

Lo miré completamente derrotado, y no pude evitar empezar a llorar. La echaba tanto de menos…

Ahora, mucho más, que sabía que había tenido la valentía de traer a mi hijo al mundo, y sola.

—Ella ha demostrado tener los cojones que a mí me faltaron.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, mostrarle que todo lo has hecho por ella.

Capítulo 23



Yurema

Estaba muy a gusto en casa de mi tía, pero echaba muchísimo de menos a mi familia, en especial a mi madre y a mi hermano Pablo. Pensé que ya era hora de volver a mi casa.

De esta decisión, a quién más extrañaría es a mi primo Álvaro, que había sido mi mano derecha durante todos estos meses. Esos paseos por la playa hablando de tonterías y esas tardes sentados frente al mar, tomándonos un refresco.

—Tía, he decidido que ya es hora de volver a casa —le dije.

Mi tía me miró como si hubiera estado esperando este momento, como si ya lo supiera, pero a la vez sintiera miedo y pena de que lo hiciera.

—Sabía que llegaría este momento.

—No quiero que te lo tomes a mal, he estado muy a gusto, pero es que necesito tener a mi madre cerca.

—Yo también he estado pensando…

—¿En qué?

—En que llevo mucho tiempo apartada de mi familia.

—¿Te vas a volver conmigo?

—Pues, mira, sí. Mi hijo ya es adulto y tiene la vida resuelta, ahora me toca a mí.

—Mi madre se volverá loca de alegría. Podrías compartir habitación conmigo…

—Para, para. Yo tengo allí mi propia casa, que estaba alquilada hasta hace unos días.

—¿Está muy lejos de la casa de mi madre?

—No, justamente en el piso de arriba.

Me abracé a ella, porque tenerla cerca, para mí, sería todo un placer. Nos llevábamos muy bien. Mi tía era madre soltera y cuando se quedó embarazada, decidió marcharse de allí, para no avergonzar a su familia.

En la ciudad empezó una nueva. Trabajó toda su vida de dependienta en una tienda de ropa infantil, hasta que se jubiló anticipadamente hacía un par de años.

Era dos años menor que mi madre, pero siempre estuvieron muy unidas. Ya solo me faltaba que mi primo pudiera pedir un traslado también. Entonces, mi felicidad sería completa.

No se me quitaba de la cabeza la mirada de decepción de Borja, así como su ingreso en el hospital. ¿Le habrían dado ya el alta? ¿Estaría ya en su casa? ¿Cuál sería el motivo real de ese ingreso?

Estaba sumida en mis pensamientos, cuando mi niño empezó a llorar. Llevaba unos días que no dejaba de hacerlo, reclamando atención continuamente.

—Yurema, a este niño le ocurre algo.

—Yo he pensado lo mismo, él no es así.

—Deberíamos llevarlo al médico.

Me daba mucho miedo llevarlo y que me dijera que algo no iba bien, pero tampoco podía dejarlo así. Mi tía tenía razón.

—Está bien, pero no le digamos nada a mi familia hasta que no volvamos.

—Venga, coge las cosas y vámonos.

Mi tía era así, en cuanto ocurría algo, llamaba a mi madre y a mis hermanos. No encontraba un motivo para alarmarlos y que dejaran todo para venir, porque eso era lo que iba a suceder.

Cogí al niño en brazos, pues en el cochecito no había manera de ponerlo, ya que no dejaba de llorar y me daba miedo de que le pudiera pasar algo, y nos fuimos directas al hospital.

Al llegar allí, tuvimos mucha suerte, porque nos atendieron enseguida. Se llevaron al niño para hacerle una serie de pruebas, mientras que nosotras esperábamos en una sala.

—Pueden pasar —nos dijo una enfermera.

—Gracias —contestamos.

Una vez en la consulta, el doctor nos explicó que el niño sufría una intolerancia a la leche materna, por eso lloraba tanto, porque los dolores de barriga eran bastante fuertes.

—Pero… lleva con el pecho desde que nació, y está así de unos días para acá —le dije.

—Eso no tiene nada que ver. Hay alergias que se desarrollan con el tiempo.

—¿Cuál es la solución, aparte de quitarle el pecho?

—Leche de fórmula. Pero no se preocupe, ahora las leches de fórmula tienen todos los nutrientes.

—¿Y si es intolerante también a ese tipo de leche? —pregunté.

—No es probable, pero, si eso ocurre, tendremos que ir probando hasta dar con una que le siente bien.

La preocupación se fue diluyendo, pero todavía no se había ido del todo. Ahora tenía otra más, el tema económico.

En mi trabajo de limpiadora, cuando fui a pedir una excedencia, mi jefa me dijo que mejor pidiera una baja laboral, de ese modo, contaría con un sueldo todos los meses.

Eso hice, al igual que en mi trabajo en el puesto del mercadillo. Allí había sido sustituida por Mayte, mi cuñada. Se hizo con el trabajo en un tris, y las ventas no se habían visto mermadas por mi ausencia.

Ahora, con mi vuelta, aunque todavía me quedaban diez semanas más de baja, tendríamos que mirar la forma de poder compatibilizar el trabajo de las dos, porque el puesto no daba para dos sueldos.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó mi tía.

—En el tema económico. No sé como lo voy a hacer.

—¿Por qué no le pides ayuda al padre?

—Por encima de mi cadáver.

—Eres demasiado orgullosa y, según tengo entendido, ese hombre tiene dinero.

—Por eso mismo no le pediría ayuda nunca.

—Tienes la mala costumbre de pensar por los demás.

—En este caso, no me equivoco, créeme.

—Eso no lo sabes, Yurema, y tienes que pensar en el bienestar de tu hijo.

—Por eso ya estoy buscando otro trabajo por la tarde.

—¿Y piensas qué eso es lo correcto? ¿Qué eso es lo justo?

—No sé si será lo justo, pero es lo que tengo que hacer si quiero que mi hijo no tenga ninguna carencia.

—Un hijo es cosa de dos y si él se niega, la ley te ampara.

—No voy a mendigar nada para mi hijo. Su madre tiene dos manos para darle todo lo que necesite.

—Haz lo que quieras, pero estás cometiendo un error.

Era la primera vez que trataba este tema con mi tía. No con mi madre y mis hermanos, que me reprochaban que Borja tenía derecho a saber que tenía un hijo.

Llámame egoísta si quieres, pero me negaba a tener que compartir a mi hijo con su familia paterna, con unos abuelos y una tía que lo único que iban a hacer es despreciarlo.

Mi hijo tenía derecho a vivir rodeado de amor y de cariño, no de gestos que le pudieran hacer daño, que lo hicieran crecer pensando que no lo querían. Eso no lo iba a permitir nunca, jamás en la vida.

Entre las dos decidimos que prepararíamos todo y le diríamos a mi primo que nos acercara a la ciudad donde vivía nuestra familia. Sería una sorpresa, y no les diríamos nada.

—Gracias por haber contado conmigo —dijo mi primo.

—Ha sido algo que llevamos pensando tiempo, pero hasta esta mañana no nos hemos decidido —le contesté.

—Entonces, yo no me pienso quedar aquí solo.

—¿Vas a pedir el traslado?

—De hecho, ya me lo han ofrecido varias veces. Si no me he marchado, ha sido por no dejar a mi madre sola.

Tanto mi tía como yo nos pusimos a dar saltos de alegría. No nos esperábamos que Álvaro tomara esta decisión. Por fin íbamos a estar toda la familia junta.

Mi hijo, en cuanto que le cambiamos la leche, dejó de llorar. La primera que probamos resultó ser ideal para él, y no era de las excesivamente caras. Aunque mi primo no dudó en comprarla, sin dejarme poner ni un solo céntimo.

Tenía ahorrado todo el dinero de estos meses, puesto que no había gastado absolutamente nada. Ni mi tía ni mi primo consintieron que pagara nada durante los meses que estuve allí.

Por eso, y viendo que no íbamos a poder meter todo en el coche de mi primo, contraté una empresa de mudanzas que nos llevarían las cosas del bebé al día siguiente.

En el coche, tan solo metimos la ropa, el carrito del niño y una cuna de viaje, para que pudiera dormir esta noche. El resto, mi primo se encargaría de cargarlo en el camión de mudanzas, así como su ropa y todo lo que necesitaría llevarse.

A Álvaro le daban quince días libres para el traslado, aunque él decía que no podría estar más de una semana de brazos cruzados, que se incorporaría en cuanto pudiera.

Cuando mi madre nos vio llegar con todas las cosas, no pudo hacer otra cosa que llorar de la alegría y de la emoción de poder tener a toda su familia reunida.

—No me lo puedo creer…

—Hermana, hace mil años que no estamos juntas.

—Te he echado muchísimo de menos

—Y yo a ti.

—Además, pensé que no podría ver crecer a mi nieto.

—Mamá, eso sería lo último que yo hiciera —le contesté.

Se abrazó a nosotros, y, mientras que estábamos así, llegó mi hermano Pablo, que se frenó de golpe al vernos.

—¿De verdad vienes para quedarte? —me preguntó.

—Por supuesto, volveré a ser tu peor pesadilla.

Capítulo 24



Borja

Ya se había terminado todo. Por fin podía decir, sin miedo, que era el accionista mayoritario de la bodega. Ahora, tan solo me quedaba poner mi vida en orden, y empezaría por recuperar a Yurema y conocer a mi hijo.

Estaba dispuesto a salir de la empresa, cuando entraron mis padres y mi hermana como si se estuviera quemando algo, dando gritos y soltando insultos e improperios.

—¡Eres un desagradecido! —dijo mi madre.

—No voy a permitir que te quedes con todo lo que he ganado con el sudor de mi frente.

Estaba claro que se habían enterado del resultado de mi plan. No me extrañaba que hubieran aparecido así, lo que sí me chocó fue que me dijera eso. Lo lógico es que se hubiera negado cuando se lo propuse.

—¿No quieres que me lo quede yo, pero no te ha importado que se lo quedara un extraño?

—Un extraño lo habría hecho por dinero.

—Y yo… ¿Por qué se supone que lo he hecho?

—Por quedar por encima de nosotros.

—No te vas a salir con la tuya —dijo mi madre.

—Si pretendes volver con esa verdulera, lo llevas claro —dijo mi hermana.

La maldad que destilaba mi hermana era visible desde el espacio. Su mirada de odio, su manera de decir esa palabra para dirigirse a Yurema, todo en ella daba a entender la envidia que le tenía.

—Ella no tiene nada que ver en todo esto.

—Si piensas que la voy a dejar al margen, estás muy equivocado —dijo mi padre.

Sentí un miedo aterrador, no por mí, sino porque mi padre pudiera hacerle daño a ella o al niño. Al parecer, de esto todavía no se habían enterado, pero no tardarían en hacerlo.

—Te repito que ella no tiene nada que ver. Si le haces algo…

—Haré lo que me dé la gana, no lo olvides.

—No lo voy a permitir.

—Tú no tienes que permitir nada —me increpaba mi padre.

—Lo he hecho porque, si no era así, no me libraría nunca de vosotros.

—¿Es eso lo que pretendes? ¿Librarte de nosotros?

—Por supuesto que sí. Estoy harto de que manejéis mi vida.

—Te vamos a denunciar, os haremos la vida imposible —dijo mi madre.

No me esperaba ese odio de mi madre. Al fin y al cabo, yo soy su hijo, y este es un legado que me correspondería tarde o temprano.

—Si hacéis eso, os prometo que no me volvéis a ver.

—Como si quisiéramos hacerlo.

—No quiero a mi lado ni en mi mesa a un hijo como tú.

—¿Cómo se supone que soy?

—Eres egoísta, mala persona y sin sentimientos. Un interesado que solo mira por él.

—Os habéis descrito a la perfección, mamá.

—Te veré arrastrándote ante nosotros y no te daremos ni un vaso de leche.

—Esa mujer te lo quitará todo, hasta la sangre…

No me pude reprimir, solté lo más grande por esta boca. No solo para defender a Yurema, que había tenido a mi hijo sola y no me había pedido absolutamente nada, sino también para hacerles saber cómo me habían hecho sentir durante todos estos años.

—Ahora, fuera de mi empresa —les dije.

—Que nos hayas hecho trampa para hacerte con la mayoría de las acciones, no la hace tuya, y lo vamos a pelear.

—Haced lo que queráis, me da exactamente igual.

—No te dará igual cuando veas que te quedas sin nada.

—Firmasteis completamente conscientes de lo que hacíais, incluso os pagué dinero de más.

—Eso no tiene nada que ver para demostrar que actuaste de mala fe.

—Ojalá y la vida te golpee donde más te duele —me dijo Sandra.

Mi hermana soltó esas palabras con rabia, con un rencor que me puso los vellos de punta. Pero no iba a demostrárselo, no quería que viera que tenía ese poder sobre mí.

Cuando todos se fueron, llamé a mis abogados, pero no a los de la bodega, sino a los míos personales. Necesitaba saber si podrían hacer algo en mi contra de manera legal.

—Buenos días, señor del Monte. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenos días, señor Álvarez. Tengo una duda.

—Usted dirá.

—¿Es posible que se anule la venta de acciones por parte de mi familia?

—En principio, no habría manera, pero tendría que estudiarlo a fondo.

Le conté todo lo que mis padres me habían dicho, con lo que me habían amenazado. Mientras yo hablaba, él buscaba jurisprudencia en las redes, sin encontrar nada.

—Puede quedarse tranquilo, no tienen nada que hacer.

—Muchísimas gracias, señor Álvarez.

—A usted, señor del Monte.

Con la tranquilidad de que no podrían atentar contra mis bienes, me dispuse a terminar el trabajo que tenía pendiente. Casi sin darme cuenta, había terminado mi horario laboral.

Pelayo, desde que me dio el vahído por culpa del estrés, no me permitía quedarme ni un minuto más en la oficina, así como tampoco me dejaba que me llevara el portátil a mi casa.

—Ha llegado la hora de marcharse —me dijo.

—Voy, déjame que termine este correo y que lo envíe.

—Dos minutos.

—A sus órdenes.

Me puse la mano en la frente, a modo de saludo militar, y mi amigo soltó una carcajada. No se movió de mi despacho, y esperó hasta que terminara de enviar ese correo.

—¿Qué quería la realeza?

—Supongo que los has escuchado gritar a su llegada.

—Yo, y todo el edificio.

—¿Por qué no viniste a mi rescate?

—Porque era cosa tuya ponerlos en su sitio, y espero que lo hagas hecho.

—Hasta el punto de echarlos del edificio.

—¡Ese es mi chico!

—Me han amenazado con hacerle daño a Yurema, además de denunciarme.

—Lo de la denuncia, me lo esperaba. Pero… ¿hacerle daño a una persona que no tiene nada que ver?

—Para ellos, ella tiene la culpa de todo.

—Tendrás que advertirla, si no directamente, a través de sus hermanos.

—He pensado en hablar con su primo, tengo entendido que es policía.

—Y también se ha venido a vivir aquí.

Eso no me gustó mucho, puesto que mi hijo veía en él la figura paterna que me correspondía a mí.

Cuando me enteré de que Yurema y mi hijo habían vuelto a casa, un sentimiento de tranquilidad se apoderó de mí. No sé si era por el hecho de la cercanía o porque se habían alejado del primo.

Ahora, cuando Pelayo me había dicho que también se había venido con ella, un pellizco de celos me recorrió el cuerpo. ¿Tendría una segunda intención con ella?

Por mi bien, decidí quitarme eso de la cabeza. Mis prioridades eran ella y el niño, su bienestar y su cuidado. Por eso, no dudé en preguntarle a Pelayo si sabía dónde podría encontrarlo.

—Me parece que ya se ha incorporado al trabajo, podrías preguntar en la comisaría.

—¿Me acompañas?

—Por supuesto que sí, no te voy a dejar solo.

—Entre otras cosas porque temes que me parta la cara.

—Si fuera mi familia, yo lo haría.

—Lo sé, yo también.

Nos marchamos de la oficina y nos pusimos rumbo a la comisaría, para saber el horario de ese hombre. Cuando llegamos, por cosas del destino, nos lo encontramos en la misma puerta, pues había terminado su turno.

—Perdone… ¿Es usted Álvaro? —le pregunté.

—El mismo. ¿Usted es…? —respondió.

—Yo soy Borja del Monte…

En cuanto escuchó mi nombre, su rostro cambió notablemente. Pasó de la más absoluta tranquilidad, al más evidente de los enfados.

—Creo que usted y yo no tenemos nada que hablar.

—Por favor, escúcheme, es por el bien de Yurema.

—Por el bien de Yurema, lo mejor es que no se acerque a ella ni al niño.

—Eso no lo pienso prometer, porque no lo haré…

—Álvaro, soy el novio de Inés, su mejor amiga. Escúchelo, por favor, es importante.

Álvaro nos miró y, segundos después, nos dio paso a su despacho. Allí le conté todo con lo que mi padre me había amenazado, haciendo especial énfasis en lo relacionado con Yurema y mi hijo.

—Ayúdelos, por favor.

—No lo dude, pero no por usted, sino por ellos.

—Si les pasara algo, me muero.

—Cree, en serio, ¿qué su padre es capaz de hacerles algo?

—Todavía no conoce la existencia del niño, pero no tardará en saberlo.

—¿Tanto odio le tiene?

—¿A ella o a mí? Bueno, en realidad, nos tiene el mismo a los dos.

Estuvimos un buen rato más hablando de lo que mi padre era capaz de hacer, hasta que llegamos al punto más importante, la maldad de mi hermana. De ella sí que no me fiaba un pelo.

—Hablaré con mi superior y le diré algo.

—Tome, le dejo mi tarjeta de visita, en este número me puede encontrar sin problema.

—Gracias, Álvaro.

—Son mi sangre, y no permitiré que les ocurra nada, me lleve por delante al que me tenga que llevar.

Volvimos al coche, yo algo más tranquilo, pero no completamente, pues sabía que mi hermana no tardaría en actuar.

Capítulo 25



Yurema

Estaba sentada en una terracita con mi hermano y mi cuñada, que tenía a mi hijo en brazos, cuando la vi venir. Su manera de andar y su mirada, me decía que no venía en son de paz.

—Tú, zarrapastrosa, no pienses que mi hermano va a volver contigo.

—Ni quiero que lo haga.

Sí, efectivamente, era Sandra, la hermana pija y desagradable de Borja. Había venido a buscarme las cosquillas, y no se iba a ir de rositas. Estaba hasta los cojones de ella, de su prepotencia y de su manera de tratarme.

—Se ha quedado con todo por tu culpa.

—No sé de lo que hablas, así que, si no te importa, lárgate y déjame en paz.

—De eso nada, no me pienso mover de aquí, no hasta que te muestre lo que eres para mi hermano.

Metió la mano en su bolso y sacó el móvil. Se puso a buscar entre los mensajes, y me mostró uno que, no voy a negar que me dolió en el alma, pero era algo que ya esperaba.

En esos mensajes que intercambiaba con su hermana, decía que no sentía nada por mí, que no había sido nada más que un mero polvo. Mientras lo leía, ella mostraba una sonrisa de lo más malvada.

—Esto es lo que mi hermano piensa de ti.

—Pues me parece perfecto. Te repito que me dejes en paz.

—Ya has oído a mi hermana, lárgate si no quieres que llame a la policía.

—Llevo sin verlo casi un año, no entiendo porque ahora vienes a incordiarme.

—Porque ahora es cuando nos lo ha quitado todo.

—Yo no tengo nada que ver.

—Si él nos quita lo que más queremos, que es la bodega, nosotros nos encargaremos de quitarle lo que más quiere él.

Según pronunció esas palabras, un escalofrío me recorrió por la espalda. Era pura maldad lo que salía de esa boca y, al instante pensé en mi hijo. Si hacían cuentas, sabrían que su padre era Borja, y pensar que le pudieran hacer daño hizo que sacara mi más fiera leona.

—Te he dicho que te vayas.

—Y yo te he dicho que no pienso irme.

—No me hagas sacarte por los pelos…

—¿Ocurre algo, Yurema? —dijo Álvaro.

Mi primo se acababa de bajar del coche, traía todavía su uniforme puesto, y lucía de lo más tentador. Álvaro era, al igual que mi hermano Juan, el tipo de hombre que le gustaba a Sandra, pero no pensaba permitir que se acercara a él de ese modo.

—Esta mujer me está molestando.

—Agente, si quiere esposarme, en mi casa tengo un cabecero que es ideal para eso —le contesto.

Sandra no se había cortado un pelo a la hora de insinuarse, pero mi primo ya venía de vuelta, o al menos eso quise pensar.

—Señorita, si es usted tan amable de marcharse…

—¿Y si no lo hago?

—Entonces llamaré a un compañero para que la detenga.

—Si está tan bueno como tú, empieza a marcar, por favor.

Mi primo me miró, pidiéndome consejo con esa mirada. Me levanté y me lo llevé aparte, tenía que advertirlo de quién era esa mujer.

—Álvaro, ella es la hermana de Borja, el padre de mi hijo…

—No me digas más, ya sé toda la historia.

No me dejó preguntarle como lo sabía, porque, automáticamente cogió el teléfono y le marcó a un compañero, que no tardó ni dos minutos en llegar.

—Señorita, queda usted detenida, acusada de amenazas a la señorita Salazar.

—¿Amenazas? Lo que tenía que haber hecho es partirle la cara.

—Si yo fuera usted, no seguiría hablando, porque está acrecentando el delito.

—Como si a mí me importara eso… Mi padre me sacará antes incluso de llegar.

—Lo dudo, porque usted es mayor de edad y no tenemos por qué avisarlo.

La metió en el coche patrulla, en la parte trasera, y se la llevó para comisaria. Tenía que hablar con mi primo, pero no lo haría en este momento, no delante de mi hermano.

Quería que me explicara cómo se había enterado de toda la historia, en qué momento supo que la hermana de Borja no era trigo limpio, porque me lo hizo saber con la manera en la que su gesto cambió.

Subimos a casa, pues ya empezaba a hacer fresquito para el niño. Durante el día, las temperaturas eran de lo más agradable, pero al caer la tarde, caían de manera evidente.

—Mamá, ¿te puedes quedar con Héctor un momento?

—Claro. ¿Dónde vas?

—Voy a subir a casa de la tía. Quiero preguntarle algo al primo.

—Ah, entonces no hay problema.

—¿Qué pensabas que iba a hacer?

—Creía que ibas más lejos y te iba a decir que me dejaras el biberón preparado.

Subí a casa de mi tía, que no dudó en recibirme con un abrazo. Mi primo estaba sentado en el sofá y en cuanto me vio, supo que venía a pedir explicaciones, y no dudó en levantarse.

—Mamá, ¿nos dejas a solas, por favor?

—Claro, me bajo a casa de mi hermana.

—Gracias.

Esperamos a que mi tía saliera de la casa y cerrara la puerta. Mi primo sabía que era lo que venía a preguntar, y no dudó en explicarme todo.

—Pasa, siéntate —me dijo.

—¿Cómo sabías quién era y lo que pretendía?

—Por Borja.

—¿Perdona?

Me contó que Borja había ido a buscarlo a la comisaría. Su intención no era otra que buscar protección para mí y para el niño. Me dio a entender que sabía que ese bebé era su hijo.

Un miedo repentino me recorrió todo el cuerpo. En realidad, no sabía a qué se debía, si al hecho de que Borja fuera conocedor de mi secreto, si a las claras amenazas de su familia o a que buscara protección para nosotros.

—No te alarmes, Yurema, no dejaré que os ocurra nada.

—No tendría que haber vuelto.

—Hubiera sido lo mismo allí que aquí.

—No, porque allí no estaría tan a la mano como ahora.

—Eso que dices es una tontería, sería igual.

—¿Qué hago?

—Nada, seguir con tu vida como hasta ahora.

—¿Y si se acercan a nosotros? ¿Y si le hacen daño al niño?

—Eso no va a ocurrir.

—No lo sabes.

—No, no lo sé. Lo que sí sé es que deberías hablar con el padre de tu hijo…

—¡No!

—¿A qué tienes tanto miedo, prima?

—A que me vuelva a hacer daño, a que utilice sus mañas para acercarse al niño y me lo quite, a verme de nuevo, sola y con el corazón partido…

Mi primo me dio un abrazo, pues, sin darme cuenta, había roto a llorar sin consuelo. Me desahogué entre sus brazos. Sabía que tenía razón, pero el miedo no me dejaba actuar de ninguna de las maneras.

Cuando me recompuse un poco, me acompañó a mi casa, donde estaban mi madre, mi tía y Pablo, con una cara que me decía que algo le había sucedido.

—Pablo, ¿te ocurre algo? —le pregunté.

—Sí que me ocurre. Estoy cansado de vivir en una mentira…

—Di ya lo que quieras decir, Pablo, no estamos aquí para juzgarte —le dijo mi tía.

—Soy gay. Llevo ocultándolo dos años, desde que me di cuenta de que me atraían más los chicos que las chicas.

Mi madre, cuando lo escuchó, puso una sonrisa en sus labios, como si ella ya lo supiera y estuviera esperando a que él tuviera el valor de contárselo, sin presiones, porque le saliera.

Mi hermano la miró como si estuviera loca, y mi tía soltó una carcajada que nos extrañó. No esperábamos esa reacción ninguno de los dos, y mucho menos lo que soltó mi primo a continuación.

—Primo, eso lo sabíamos todos. Yo el primero, que juego en la misma liga que tú.

—¡¿Tú también eres gay?!

Exclamé esa pregunta porque, si era cierto que mi hermano tenía ciertos gestos que lo delataban un poco, pero mi primo, ni en cien años me hubiera dado cuenta.

—Hijo mío, tan solo estaba esperando a que te sintieras seguro para contarlo.

—Me cago en la leche, y yo sufriendo porque pensaba que no me ibais a entender.

—Aquí, los únicos que entendemos somos nosotros dos, primo.

Con esas palabras de mi primo, mi hermano empezó a relajarse y soltó una carcajada. Noté como si se hubiera quitado un gran peso sobre sus hombros.

Hasta su sonrisa y su mirada eran diferente, más libre, más él. No tenía que seguir aparentando algo que no era, y se veía ciertamente aliviado de todo lo que guardaba en su corazón.

Mi hijo empezó a gorgotear, pues ya no lloraba, porque tenía hambre. Mi primo lo cogió en brazos mientras yo le preparaba el biberón, y le dio de comer.

—A ver cuando te veo así, pero de un nieto mío.

—Mamá, para eso todavía te quedan unos añitos.

—Pues procura que no sean tantos, que una ya tiene una edad.

Capítulo 26



Borja

Era sábado por la mañana. Después de mucho insistir y de que le contara todo mi plan a Inés, por fin había accedido a echarme una mano con Yurema.

Pelayo me había avisado de que habían quedado las dos en una cafetería, y que iría con el niño. No me quería presentar allí solo, y que me viera y se enfadara, tanto con su amiga, como conmigo.

—Venga, vamos a esperarlas allí cerca.

—No sé si estoy haciendo bien, pero creo que no tengo otra opción.

Mi amigo asintió con la cabeza, porque sabía que lo había intentado por todos los medios. Por teléfono no pude contactarla, puesto que me tenía bloqueado, en el mercadillo, donde también fui a buscarla, no la encontré.

En su casa no lo intenté, no me apetecía que me partiera la cara alguno de sus hermanos, y eso era lo que iba a suceder si me veían allí, después de un año de ausencia.

Cuando llegamos a la cafetería, ya estaban allí. Yurema estaba sentada de espaldas a la calle, y tenía al niño en brazos. Cogí una bocanada de aire y me insuflé el valor necesario para acercarme a ellos.

—Buenas tardes —dije.

—Hola, chicos —contestó Inés.

Yurema giró la cabeza muy lentamente, como si no se terminara de creer lo que había escuchado. Pelayo se sentó junto a su chica, mientras que yo me mantuve de pie, a esperar a que ella terminara de asimilarlo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Venir a hablar contigo, entre otras muchas cosas.

—Creo que has tenido todo un año, trescientos sesenta y cinco días para hacerlo, y no lo has hecho.

—No podía, o te hubiera puesto en peligro.

—Sigo en peligro. Te recuerdo que estoy amenazada por tu familia…

—Ellos no son mi familia. Mi familia sois vosotros dos.

—Eso suena muy bonito, pero la realidad es otra.

—Espero que me des la oportunidad de cambiarla.

—Mira, que seas el padre de mi hijo no te da derecho a nada conmigo.

—Eso lo hablaremos luego. ¿Puedo cogerlo?

Me moría por tener a mi hijo en brazos. Me senté en la silla que había a su lado, pues me temblaban las piernas y no quería que se me doblaran y caer al suelo.

Yurema me miró como si se lo estuviera pensando. A continuación, miró a su amiga, que le hizo un gesto con la cabeza, como instándola a que me lo diera, a que lo pusiera en mis brazos.

Dio una bocanada de aire, antes de coger al niño y ponerlo entre mis brazos. Cuando lo vi por primera vez, cuando mi mirada se cruzó con la suya, no pude evitar llorar.

Héctor era igualito a mí. Sus ojos, su pelo, hasta ese hoyuelo que tenía en la barbilla… Si lo hubiera mandado a hacer a imagen y semejanza mía, no hubiera salido tan parecido.

—Hola, pequeño, soy papá.

—Ten cuidado, que acaba de comer y te puede echar leche.

—Que me eche todo lo que quiera, para eso estoy aquí.

—Eso no significa que te lo vas a llevar, que voy a permitir que el niño se vaya contigo…

—Jamás osaría a hacer algo así. Tan solo quiero que me dejes verlo y, por supuesto, que lleve mi apellido.

—Eso último tendré que pensarlo.

—¿Por qué? Si es mi hijo, de eso no hay duda.

—Porque ya me han acusado de muchas cosas sin ni siquiera estar en tu vida. Si le das el apellido, pensarán que…

—Que piensen lo que quieran. No voy a volver a ver a ninguno de ellos.

—Son tu familia, volverás a verlos en cuanto te pidan perdón.

—Te repito que ellos no son mi familia.

Empecé a decirle que una familia es aquella que te protege, que te ayuda y aconsejan, tal y como la suya había hecho ella. La mía solo me había obligado a actuar de una manera que no quería.

Le expliqué todo lo que había hecho para poder vivir mi vida libremente, sin sentirme coaccionado por lo que ellos dijeran o pudieran hacer en mi contra.

—No podía acercarme a ti hasta que no lo tuviera todo listo.

—Eso no es excusa, le podías haber dicho algo a Inés.

—En mi defensa diré que yo no lo he sabido hasta hace dos días —dijo su amiga.

—Lo sé, o de lo contrario me lo habrías contado.

—Tampoco ella lo sabía, era un secreto.

—¿Tu amigo tampoco? Porque eso me extrañaría muchísimo.

—Pelayo sí que era conocedor de todo. Ha sido la persona que me ha ayudado a conseguirlo.

Mi hijo cogió mi dedo con su manita, y le pedí a Pelayo que me hiciera una foto. Mi amigo hizo dos, una en la que salía mirando al niño, ante la atenta mirada de su madre.

La segunda, era su mano aferrada a mi dedo, y supe que así sería siempre, me perdonara su madre o no. Yo siempre sería ese puerto seguro al que volver después de una tormenta, su refugio y su hogar.

—Esta foto la pienso enmarcar y ponerla en mi despacho.

—Y entonces tendremos que contratar dos guardaespaldas.

Cuando Yurema soltó eso, no pude evitar reírme. ¡Cuánto había echado de menos ese humor, esa manera de ver la vida!

—No será para tanto, te lo aseguro.

—Dices eso porque no viste a tu hermana el otro día.

¿Mi hermana había sido capaz de acercarse a ellos? ¿Cuándo? ¿Dónde? Me estaba volviendo loco, os lo prometo. Si se atrevía a hacerlo otra vez, se las tendría que ver conmigo.

—¿Mi hermana te ha increpado?

—Más que eso, vino a reprocharme que le quisieras quitar todo.

—Tú no me has impulsado a nada, ha sido cosa mía.

—Pero también me dejó claro lo que yo era para ti.

—¿Perdona?

—Sí, era algo así como "un polvo más, como con cualquier otra".

Supe que le había enseñado el mensaje que le envié al principio de todo, para que me dejara llevar a cabo mi plan tranquilamente, y así tenía que explicárselo a ella.

—Ese mensaje lo envié al principio, para quitármela de encima.

—No, si a mí me da exactamente lo mismo. Es más, agradecería sinceridad.

—Estoy siendo completamente sincero, Yurema.

—No tienes que comerme la oreja para ver a tu hijo, por mucho que me pese, prefiero hacerlo por las buenas a por las malas.

—El niño no tiene nada que ver con mis sentimientos hacia ti.

—Claro, y ahora me dirás que, si el niño no existiera, hubieras venido a buscarme igual.

—Por supuesto que sí. Es más, mi principal cometido era terminar con todo para ir a buscarte.

Entendía que estuviera a la defensiva conmigo. Había pasado un año y no iba a saltar a mis brazos a la primera de cambio, ni mucho menos. Pero la notaba dolida, demasiado rencor.

—No quiero que me veas como al enemigo, Yurema.

—No, verás si ahora me vas a pedir que seamos amigos íntimos…

—Tampoco, quiero más que eso. Quiero que seas mi mujer, que os vengáis a vivir conmigo.

Cuando le dije eso, Yurema soltó una carcajada. Era como si no se tomara nada en serio. Como si lo que estuviese escuchando fuera el mejor de los chistes.

Nos os voy a decir que no me sentó mal, porque lo hizo. Me entraron ganas de besarla, para que supiera que mi propuesta iba en serio, pero, conociéndola como la conocía, eso tan solo la alejaría más de mí.

Supe que tendría que tener toda la paciencia del mundo, armarme de comprensión, para que viera que, lo que le dije al principio de la relación era verdad.

Ese era el auténtico Borja, que él estuvo con ella los primeros días, hasta que mis padres se presentaron en mi casa. El que había salido después, era un personaje que tuve que crear para poder conseguir mis fines.

Mi hijo se quedó dormidito entre mis brazos, y no pude evitar acercarme a oler su perfume. De por sí, me encantaban los niños, mucho más él, que era mi hijo, sangre de mi sangre.

Por un momento, noté como Yurema bajaba la guardia. No os puedo decir si fue por la imagen que estábamos dejando el niño y yo, por el hecho de que el niño se hubiera quedado dormido en mis brazos, o por la estampa de familia que pudo ser y no fue.

—Siempre he estado enamorado de ti, no lo dudes.

—No te lo discuto, pero siempre hubo muchas cosas que nos separaban.

—Nada que no se pueda salvar, te lo aseguro.

—Hay cosas que son insalvables, como la diferencia de clase social.

—Eso es una tontería, Yurema.

—Ya, ya, mucha tontería, pero tus padres jamás me aceptarán, ni a mí, ni a mi hijo.

—Nuestro hijo, que no se te olvide.

Ella me miró con un dolor en sus ojos que me estremeció. No podía permitir que esto se alargara un día más, así me fuera la vida en ello.

Capítulo 27



Yurema

Una semana llevaba Borja viniendo todos los días a ver al niño. Todos los que, en un principio se habían posicionado de mi lado, ahora lo hacían en el suyo. Empezando por mis hermanos y terminando por mi primo.

—No veo donde está el problema, Yurema.

—Según vosotros, en ninguna parte.

—Ese hombre está demostrando que te quiere, que os quiere.

—Hasta que se canse, como hace siempre.

Esa era la conversación que se repetía cada día en el salón de mi casa, bien antes de que Borja llegara o bien cuando se marchaba. La mayoría de las veces, incluso mi madre lo invitaba a comer o a cenar.

En esta ocasión todavía no había llegado, pero no tardaría mucho, puesto que su rutina era venir, de lunes a viernes, sobre las cinco y media de la tarde, los fines de semana, lo hacía a las doce de la mañana, y se marchaba sobre las siete de la tarde.

—Pasa, Borja, están en el salón —dijo mi madre.

Ese día venía especialmente guapo, no podía negarlo. Si de chaqueta estaba imponente, cuando lucía ropa deportiva o casual, lo estaba todavía más. Tuvo que notar mi manera de mirarlo, porque una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Hola, Yurema.

—Buenas tardes, Borja.

—Hoy quería proponerte algo, aprovechando que el tiempo está buenísimo.

—A ver… ¿qué se te ha ocurrido?

—Me gustaría dar un paseo con vosotros, por el centro comercial.

—¿Para qué?

—Quiero que me aconsejes sobre mobiliario del bebé para mi casa. No quiero que falte ni sobre nada.

—No tienes por qué hacerlo. El bebé no dormirá allí, al menos, de momento.

—Tú lo has dicho, de momento.

—Está bien, no me apetece tenerme que quedar aquí encerrada, que hoy no hemos salido.

—Yo visto al niño, mientras tú te cambias de ropa.

Yurema me miró como si le hubiera dicho un sacrilegio, porque no sabía que la cómoda del niño estaba en la misma habitación en la que ella se tendría que cambiar.

Su madre, que se había enterado de toda la conversación, soltó una carcajada al ver la reacción de su hija, y no dudó en soltar una de las suyas. María era un mujer verdaderamente graciosa e irónica, a mí me encantaban las personas así.

—Hija, no pongas esa cara. Tampoco va a ver nada que no haya visto ya.

—Mamá, eso era en otra época.

—Hablas como si hubieran pasado mil años —le dije.

—Mil años, no. Pero, mil cosas, sí que han pasado.

Ahora la entendía. Su cuerpo había cambiado, pero no por ello me atraía menos, más bien todo lo contrario. Había dejado de parecer una niña para convertirse en toda una mujer.

Sus curvas me volvían loco, esos pechos turgentes, esas caderas tan bien puestas… Casi sin darme cuenta, una capa de sudor perló mi frente, y María se dio cuenta.

—Anda, anda, ven a cambiarte a mi cuarto mientras Borja viste al niño —dijo María.

Yurema soltó un resoplido que me hizo mucha gracia. Era como un niño pequeño al que su hermano le ha ganado la partida y se ve obligado a hacer algo que no quiere.

—Borja, tenle paciencia, por favor.

—Lo sé, y la tendré.

—Está completamente cerrada al amor, y eso no es bueno, ni para ella ni para el niño.

—Quiero que me ayudes con algo…

Le conté el plan que tenía de llevármelos a los dos a la playa ese fin de semana, pero, para ello tenía que contar con su ayuda. Quedamos en que le diría que ella y su hermana se iba a ir a un spa el fin de semana, y que no quería dejarla sola.

—Cuando volváis, no la dejes abajo, por mucho que insista.

—No te preocupes, que la acompañaré hasta aquí.

—Tendrás que estar delante para que ella caiga en la encerrona.

María me dijo que, cuando volviéramos, le diría que Camelia y ella habían encontrado una oferta de fin de semana, y que querían darse ese respiro, pero que, si ella se quedaba sola, no lo haría.

Y ahí entraría yo, que le propondría irnos a pasar el fin de semana a mi casa de la playa, los tres, así yo también me acostumbraría al niño por la noche. Quería que todo saliera perfecto, que volviera a confiar en mí.

—Ya estoy lista —dijo.

—Nosotros también, podemos irnos.

Lejos de coger el coche, y como el centro comercial no se encontraba demasiado lejos, decidimos irnos dando un paseo. Yo iba tirando del carrito de Héctor, que iba completamente dormido.

Yurema caminaba a mi lado, completamente en silencio, y eso me estaba doliendo demasiado. No dudé en intentar entablar una conversación, pero ella me contestaba con monosílabos.

—Yurema, no hace falta que nos tratemos como dos extraños.

—Es que es lo que somos, Borja.

—Tenemos un hijo en común, muy extraños no es que seamos.

—Eso no tiene nada que ver. Hace un año que no nos vemos.

—¿No me lo vas a perdonar nunca?

—No es que no te lo perdone, Borja, es que no quiero bajar la guardia.

—Llegará el momento en el que la tengas que bajar.

—Eso será cuando sepa, por descontado, que no me volverás a fallar.

—¿Estás segura de que lo podrás hacer?

—Eso espero, o no llegaremos a ninguna parte juntos.

—¿Me estás diciendo qué me vas a dar una oportunidad?

Esperaba su respuesta con anhelo, puesto que, si me decía que sí, estaba dispuesto a poner toda la carne en el asador para que todo saliera bien. De lo contrario, si pasado unos meses no había nada entre nosotros, me dedicaría tan solo a mi hijo.

—Si no estuviera dispuesta, no estaría ahora mismo donde estoy.

—Te prometo que no te vas a arrepentir.

Sujeté el carrito del niño con una mano, mientras que, con la otra, la acercaba a mí por encima del hombro, y le daba un beso en la cabeza.

Desde que habíamos vuelto a tener contacto, era la primera vez que estábamos tan cerca el uno del otro por un motivo distinto a la atención del niño, y me estaba gustando muchísimo.

Llegamos al centro comercial y el ambiente había cambiado notablemente entre nosotros. Había como más cercanía, como más complicidad, y eso me sacó una sonrisa.

—¿De qué te ríes?

—De nosotros… de como hemos salido y como estamos ahora.

—Pues no veo la diferencia, la verdad.

—No, no, estamos igualitos. Anda, vamos a comprarle a este pequeño su habitación.

Entramos en una tienda de artículos infantiles, y me volví loco. Todo me gustaba, todo me lo quería llevar. Menos mal que iba con Yurema, que me decía que había cosas que eran un gasto tonto de dinero, porque podría haber salido de allí con un artículo de cada.

Al final, nos decidimos por una cama infantil, ya que la cuna de viaje nos la podíamos llevar a donde fuéramos, y cuando Héctor fuera más mayor, ya no cabría en ella.

Una trona fue lo siguiente que compré, así como un parque de juegos, una hamaca de esas que se movía sola y que traía música, varias piezas de juegos infantiles y varios peluches.

El armario no nos hacía falta, porque en cada habitación había uno empotrado, pero sí que adquirimos un mueble de baño y cambiador, y varias estanterías para poner sus juguetes.

El niño empezó a llorar, pues era la hora de su biberón, y decidimos sentarnos en una terracita para tomar algo y que él pudiera comer tranquilamente. Acabábamos de llegar, cuando la insoportable voz de mi hermana sonó a mi espalda.

—Hombre, la familia feliz… por poco tiempo.

—No nos amenaces más, Sandra. Vive tu vida y déjame vivir a mí.

—No os estoy amenazando, os estoy advirtiendo.

—Pues, si no quieres tener problemas, ahórrate tus advertencias.

—¿Y ese niño?

—Es mi hijo.

La cara que puso mi hermana pasó del más absoluto asombro a la más evidente de las maldades. Yurema también se dio cuenta, y se puso delante de él, como si fuera una leona.

—Si le haces algo a mi hijo, no van a encontrar de ti ni las pestañas.

—No seas boba, idiota. ¿Para qué voy a querer hacerle daño a un niño?

—Para hacérnoslo a nosotros.

Recordé las palabras que dijo antes de salir de mi empresa, eso de que, si yo le quitaba lo que más quería a ellos, ellos me quitarían lo que más quisiera yo, y ese era mi hijo.

Apreté al niño contra mi pecho, pues no dudé en cogerlo en mis brazos, temiendo lo que mi hermana pudiera hacer.

En otros tiempos, no hubiera desconfiado de ella, pero ahora, en estos momentos y conociéndola como lo hacía, no dudaba en que pudiera hacerle daño y quedarse tan pancha.

—Mejor me voy, que tengo cosas que hacer. Pero no olvides mirar a tu espalda siempre, hermanito.

—No te atreverás, o la perjudicada serás tú.

Capítulo 28



Yurema

A Borja no le dolió en prendas gastarse un pastizal en las cosas que el niño necesitaría en su casa. No es que no pudiera, pero no miró ni un solo precio, tan solo preguntaba por lo que era más seguro para Héctor.

Después del encontronazo que tuvimos con su hermana, a ambos se nos fueron las ganas de seguir allí, mucho más sabiendo que podríamos encontrarla en cualquier esquina, por lo que decidimos volvernos.

—¿Qué te parece si nos vamos a mi casa?

—¿A tu casa? ¿Para qué?

—Para que el niño se acostumbre a ese entorno.

—No se puede tener más morro que tú, te lo juro.

—Tan solo quiero saber cómo sería si viviéramos los tres allí.

—En fin, al final te vas a salir con la tuya, así que, mejor ir sin discutir.

—Buena filosofía, si señora.

—Señorita, y por mucho tiempo.

—Bueno, bueno, eso está por ver…

Caminamos hasta donde estaba aparcado su coche. Me sorprendí al ver que llevaba instalada una silla de bebé en la parte trasera. No me había dicho nada, y me gustó que hubiera pensado en el niño.

—¿Acaso pensabas que pondría en riesgo la vida de mi hijo?

—No, para nada he pensado eso, pero me ha sorprendido, la verdad.

—No sabía cuándo la utilizaría, pero le pedía al cielo que no tardara mucho en hacerlo.

—Y ha escuchado tus plegarias, por lo que veo.

Ambos nos miramos y soltamos una carcajada. Mi hermano Juan salía en ese momento del portal del edificio en el que vivía, y nos miró sonriente.

—Veo que no te ha costado mucho, cuñado —le dijo.

—No lo digas muy alto, que es capaz de cambiar de opinión —respondió.

—Hola, estoy aquí. ¿Qué es eso de cuñado?

—Un cuñado es la pareja de tu hermana, o al menos, así lo pone en el diccionario.

—Muy gracioso, hermanito. Me refería a desde cuándo lo llamas así.

—Desde que me ha demostrado que es un hombre de los pies a la cabeza, enana.

—No me llames enana, que ya tengo un hijo.

—Da igual, siempre serás mi enana, hasta el día en el que te lleve al altar.

—Uy, para que eso pase, tendrá que ocurrir un milagro.

—El milagro ya lo tienes a tu lado.

Mi hermano empezó con su discurso sobre lo que Borja me había demostrado y que yo debía dar mi brazo a torcer.

Como no quería escucharlo, senté al niño en su sillita de seguridad y me subí a su lado, cerrando la puerta y dejándolo allí hablando solo, porque no le pensaba hacer caso.

Minutos después, Borja ocupaba el asiento del piloto, arrancando el coche con una sonrisa en los labios. Las últimas palabras de mi hermano Juan no las había escuchado, así que no sabía por qué Borja estaba sonriendo.

Llegamos al garaje de su casa, y Borja se apresuró a sacar el cochecito del bebé, además de todas las cosas que habíamos traído del centro comercial y que llevábamos en el maletero.

Al subir al ascensor, una sensación de deja vu se apoderó de mí. Borja me miró y me hizo una caricia en la cara.

Por un momento, a mi mente acudieron todas las imágenes del último día que estuve aquí. La mirada de desprecio de su madre, el silencio cobarde de Borja, y me entraron ganas de salir huyendo.

—No volverá a pasar, te lo aseguro.

—No sé si seré capaz de entrar ahí de nuevo.

—Por favor, Yurema, te lo suplico, dame la oportunidad de demostrarte que no soy el mismo Borja de aquel día.

Ver el gesto de súplica de Borja me ablandó un poco. Respiré hondo antes de poner un pie en el descansillo de ese ático, que me esperaba con la puerta abierta y mi hijo y su padre en el interior.

Me costó muchísimo trabajo atravesar el umbral de esa puerta, y si lo hice, fue porque mi hijo no se merecía que yo no lo intentara. Cada vez estaba más cómodo con su padre, y no lo iba a privar de ello.

—Imagínate el próximo verano, nosotros en el interior de la piscina, con nuestro hijo —me dijo Borja.

—No creo que yo vuelva aquí. Es como si me faltara el aire.

—Si no la sientes como tu casa, me desharé de ella y compraremos otra a gusto de los dos.

—No es mi casa, Borja, y no viviré nunca, así que, no veo justo que la vendas.

—Tenemos que crear nuestro hogar, Yurema. Si no es aquí, será en otro sitio, pero siempre los tres juntos.

No insistí más, porque, en cierta medida tenía razón. Yo le había dicho que nos daríamos otra oportunidad, no hoy, no mañana, pero algún día, y si yo no me encontraba cómoda en esa casa, lo lógico era que buscáramos una en la que empezar de cero.

La tarde transcurrió entre bromas y risas y, llegado un momento, en el que Héctor se había quedado dormido, nos miramos, y sin saber cómo, terminamos besándonos.

Fue el mejor beso de mi vida, porque sabía a reconciliación, sabía a un amor recuperado, a oportunidad, y eso me hizo sentir bien. No pasamos de ahí, no era el momento ni el lugar para dejar escapar nuestra pasión, y ambos lo vimos del mismo modo.

Había llegado la hora de volver a mi casa, y Borja no estaba del todo conforme con nuestra marcha, y así me lo hizo saber.

—Si tuviéramos aquí todo lo necesario para el niño, no os dejaba marchar.

—Da gracias al cielo de que he venido y he entrado, pero eso de quedarnos aquí, todavía no puedo.

—Ya lo tengo pensado, esta casa la pondré en alquiler y buscaré otra en la que te sientas más cómoda.

—De verdad que no es necesario.

—Sí qué lo es.

Cogimos al bebé, lo aseguramos en su sillita, y pusimos rumbo a mi casa. Le dije que no era necesario que me acompañara hasta arriba, pero él no dudó ni un segundo en hacerlo.

—Esto es una señal del destino.

—Ni que lo digas, porque encontrar aparcamiento aquí, es misión imposible.

Había encontrado un aparcamiento en la misma puerta del edificio de mi casa. Era como si todo se hubiera alineado para que consiguiera su propósito, y me hizo mucha gracia.

Nada más subir, mi madre salió a la puerta, y cogió al niño en brazos, como si lo hubiera echado de menos, cuando tan solo hacía unas horas que nos habíamos ido.

—Yurema, tu tía y yo hemos encontrado un chollo que no queremos dejar pasar —me dijo.

—¿De qué se trata?

—De un fin de semana en un spa a un precio increíble.

—Pues nada, aprovechadlo y pasadlo de lujo.

—Pero… es que no queremos dejarte sola aquí, con el niño.

—Anda ya, si tengo a mis hermanos enfrente y a mi primo arriba. Por mí no lo hagáis.

—Tengo una idea —dijo Borja.

La sonrisa de mi madre me dijo que todo esto estaba planeado, que se habían compinchado entre todos, pero, aun así, me callé y esperé lo que me iba a proponer el padre de mi hijo.

—Miedo me dan tus ideas —respondí.

—Mientras ellas se van al spa, nosotros tres podemos ir a pasar el fin de semana a la playa.

Esa propuesta me cogió completamente por sorpresa. Me esperaba que me dijera que me fuera con él a su casa, o que él se ofrecía para quedarse aquí conmigo, pero no esto.

—Hija, parece que te ha propuesto un viaje a la luna, por la cara que has puesto.

—A mí me dice eso un tiarrón como Borja, y me falta tiempo para preparar la maleta.

—Y a mí, mamá, y a mí —dijo Álvaro.

Si yo me quedé sorprendida por la propuesta, no os podéis imaginar la cara que puso Borja cuando escuchó a mi primo.

—¿En serio eres gay?

—Desde que me parió mi madre, aquí presente.

Después de que mi primo soltara aquello, todos rompimos en carcajadas, incluido Borja, que no se esperaba esa respuesta.

Mi madre se tuvo que sentar, pues le iba a dar algo del ataque de risa que le dio. Mi tía, que no se imaginaba que su hijo le fuera a contestar eso, tuvo que salir corriendo hasta el baño, pues se hacía pis encima.

—Bueno… ¿Qué? ¿Nos vamos? —me preguntó Borja.

—Qué remedio, si digo que no, tendré a todos en mi contra.

—Si le dices que no, me voy yo con él.

—Quita, quita… y pensar que yo creía que estabas enamorado de Yurema…

—Y lo estoy, pero no en el sentido carnal.

—Y no sabes lo que yo te lo agradezco.

—Álvaro es mi mejor amigo, mi confidente, y eso no va a cambiar nunca —le aclaré.

—Ni yo te diría nunca que lo hicieras.

Me acercó a él y me dio un breve beso en los labios, que todo el mundo aplaudió, para sonrojo mío.

Capítulo 29



Borja

Había llegado el momento de irnos a la playa. A María y a Camelia les regalé ese fin de semana de spa que tanto necesitaban las dos, y lo hice a modo de agradecimiento por haberme ayudado a que hiciera realidad uno de mis sueños.

—Tened cuidadito y usad protección, no quiero otro nieto tan pronto —nos dijo María.

—Mucha fe tienes tú de que este y yo terminemos en la cama.

—Fe no es, es más bien convencimiento.

Los cuatro nos echamos a reír por la ocurrencia que había tenido.

Aunque Yurema esperaba que nos fuéramos a la playa de la ciudad más cercana a nuestro domicilio, no era ahí donde íbamos a pasar el fin de semana.

Alquilé un chalecito en otra de las localidades de la provincia, pero que estaba algo más alejada de la nuestra y de la que teníamos prácticamente al lado.

—¿No íbamos al Puerto?

—No, el destino será una sorpresa.

—Espero que no sean Las Maldivas, porque nos quedaremos en el aeropuerto.

Me soltó ella, y es que estaba la cosa en el mundo como para viajar en estos momentos. El Trump de los cojones se había dedicado a bombardear todo lo que se moviera y no sabíamos por dónde iba a salir la cosa.

Cuando entramos por la urbanización, se quedó completamente asombrada, porque, a pesar de ser una zona turística, cada chalé ofrecía una total intimidad.

La casa tenía un pequeño jardín delantero, y otro trasero, donde encontramos una piscina y una zona de barbacoa. También en esa parte de la casa había un acceso directo a una playa privada.

—¡Es una pasada!

—La verdad es que sí, es preciosa.

—Vamos a verla por dentro.

—Sí, no nos vayamos a llevar una decepción.

—Lo dudo, pero entremos.

La casa por dentro era todavía más bonita que por fuera. Era de una sola planta, en la que, nada más entrar, encontrábamos una cocina abierta al salón, con una luz y una decoración espectacular.

Los electrodomésticos eran en acero, y tenía una isla que separaba una estancia de la otra. En el salón, decorado de estilo marinero, había un sofá de Chaiselong, en azul marino. Los muebles eran en color blanco, al igual que el suelo.

Un pasillo nos llevaba hasta la parte donde se encontraban las habitaciones y el baño, aunque en la principal había un baño en suite. La segunda, la de invitados estaba justo en la puerta de enfrente, y el baño, al final del pasillo.

—Pues no me ha defraudado, más bien todo lo contrario —dijo Yurema.

—No, es una propiedad pequeña, pero encantadora.

Dejamos todo en la habitación principal, no le siquiera la opción de que lo hiciera en otro lugar. Montamos la cuna de viaje del niño y nos cambiamos de ropa para bajar a la playa a tomar el sol.

No es que hiciera un calor de muerte, pero sí que apetecía estar al solecito y disfrutar de sus rayos en la arena.

A Héctor le pusimos un peto de algodón con una camiseta de manga corta, para que también disfrutara de la playa. Su madre se puso un bañador negro y dorado que le hacía un cuerpo de escándalo, y así se lo hice saber.

—Me lo estás poniendo muy difícil.

—¿Para qué?

—Para mantener mis manos alejadas de ti y tu cuerpo.

Yurema me miró, y en sus ojos pude ver el deseo reflejado en ellos. Tenía tantas ganas de que ocurriera algo entre nosotros como yo, y eso me hinchó de orgullo.

Me había costado, pero estaba a punto de conseguirlo. Estaba a un solo paso de poder derribar esa coraza que había levantado Yurema en torno a su corazón.

Una vez que estuvimos en la playa, tendimos una toalla, donde recostamos al niño, y uno de nosotros a cada lado de él.

Se estaba perfectamente, pero era la hora de la comida, y como no habíamos comprado nada, me ofrecí para traer algo de un restaurante que había visto que estaba cerca al llegar aquí.

—Mientras, le voy dando yo el biberón al niño —me contestó.

Recogimos todo y subimos de nuevo a la casa. La dejé cambiándose de ropa, al igual que al niño, al que ya le puso algo un poco más abrigado.

No me demoré más de unos cuarenta y cinco minutos, pero cuando llegué, no encontré lo que me esperaba, pues Yurema estaba tirada en el suelo, con un fuerte golpe en la cabeza y el niño no estaba por ninguna parte.

—Yurema, cariño, despierta —le dije.

No me lo pensé, y lo primero que hice fue llamar a una ambulancia y a la policía, pero también avisé a Álvaro. Si alguien se iba a involucrar en esto, no había nadie mejor que él.

Yurema no despertaba, aunque tenía pulso, y el simple hecho de pensar que a mi hijo le hubiera ocurrido algo, me revolvía el estómago.

En cuanto llegaron los sanitarios de la ambulancia, empezaron a atenderla. Cinco minutos después, llegó la policía.

—¿Qué ha ocurrido?

—No tengo ni idea. He llegado y me la he encontrado así.

Le expliqué que había salido a comprar la comida, y que ella y nuestro hijo se habían quedado aquí. Uno de los policías se asomó a la parte de la playa, y yo le seguí. Lo que vi, me heló la sangre e hizo que me desplomara en estado de shock.

En el mar, en medio del agua, estaba el cochecito de mi hijo. No había sido algo fortuito, era completamente premeditado, como si nos hubieran estado siguiendo y esperando el momento justo para atacarnos.

—Mi hijo no puede estar ahí —dije.

—Vamos a averiguarlo, no se preocupe.

No me salía ni la voz, negaba con la cabeza, porque esto no podía ser cierto. ¿Quién quería hacernos daño de esta manera?

No, mi familia era mala, pero no hasta el punto de hacerle daño a un bebé inocente por culpa del dinero. Si era la empresa lo que querían, yo se las daría, pero que me devolvieran a mi hijo.

Se llevaron a Yurema al hospital, pero yo no me podía mover de allí, no hasta saber si mi hijo estaba dentro del cochecito, porque si era así, me moriría de la pena.

Media hora después, llegó Álvaro, que se puso a hablar con sus compañeros de esta ciudad. Cuando supo que el coche estaba en el mar, soltó un grito que fue como si le hubieran arrancado un trozo de su corazón.

—Que recen para que al niño no le pase nada, porque acabaré con ellos —me dijo.

—Y yo te ayudaré.

—Los quiero a todos en la cárcel, y no voy a parar hasta que lo consiga.

—Yo los quiero muertos, y me da igual que esto vaya en mi contra en un juicio.

Los submarinistas comprobaron que el cochecito estaba vacío, pero eso no significaba que el bebé no hubiera podido ir dentro y que se hubiera ahogado al salirse de él.

No quería ni pensarlo. ¿Cómo le iba a decir a Yurema que el niño no estaba? ¿Cómo nos enfrentaríamos a su ausencia? ¿Lo encontraríamos de nuevo?

Todas estas preguntas se me hacían en mi cabeza en bucle, una detrás de otra, y el aire empezaba a faltarme de una manera significativa.

—Borja, lo vamos a encontrar, lo traeremos de nuevo a los brazos de su madre —me dijo Álvaro.

—Eso espero. Ahora mismo, en cuanto que vea como está Yurema, me voy a ir a enfrentarlos.

—No, espera, no le demos la ventaja de saber qué haremos.

—¿A qué te refieres?

—Ellos esperan que ese sea tu movimiento, pero no lo será. Déjamelo a mí.

—Álvaro, si mi hijo está en sus manos, está en peligro, te lo aseguro.

—No van a ser tan tontos de llevarlo a su casa.

—¿Piensas que puede haber otra persona ayudándolos?

—Por supuesto, es más, estoy completamente convencido.

—¿Quién puede ser?

—Eso te lo iba a preguntar yo a ti.

—No tengo ni idea, pero pensaré en ello.

—De todas maneras, pondremos vigilancia tanto a tus padres, como a tu hermana.

—Ojalá y nos lleven directamente hasta mi hijo.

Llegamos al hospital y nos dijeron que Yurema seguía dormida, pero no estaba en coma, sino que, del golpe tan fuerte que había recibido, había perdido el conocimiento.

Nos aseguraron que, pasadas unas horas, volvería a tener conciencia. No había daños en su cabeza, no al menos importantes. Se había saldado con una buena brecha que necesitó veinticinco puntos de sutura, pero eso era lo de menos.

Álvaro me dejó allí en la habitación, acompañando a Yurema, y prometió que volvería antes de que ella se despertara. Se marchaba para coordinar la operación de vigilancia de mi familia, y cuando lo hiciera, nos traería las últimas noticias.

Tan solo esperaba que encontraran a mi hijo pronto, o terminarían conmigo de la manera más cruel.

Capítulo 30



Yurema

Me desperté en la habitación de un hospital, y lo único que recordaba era que Borja había salido a comprar la comida, yo había cambiado al niño y le estaba dando el biberón.

De repente, un fuerte golpe en la cabeza me hizo desplomarme, todo se volvió negro a mi alrededor y noté como me quitaban al niño de los brazos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Yurema, gracias al cielo que has despertado.

Me fijé en los ojos de Borja, que estaban rojos de tanto llorar, y volví mi cabeza hacia mi primo, en cuyo rostro noté la preocupación. Algo había pasado, y me daba miedo preguntar.

—Dime que el niño está bien, que se encuentra con mi madre o mis hermanos.

Un silencio atronador envolvió la habitación, y supe al instante que no era así. Se habían llevado a mi hijo, y eso sí que no podía soportarlo.

—Lo vamos a encontrar y a traerlo de vuelta.

—¡Nooo!

El gritó resonó por toda la planta, de una manera que los enfermeros acudieron rápidamente, por si me ocurría algo.

—Señorita Salazar, tranquilícese.

—Esto no es bueno para su salud.

—¡Me importa una mierda mi salud, quiero a mi hijo!

El llanto se apoderó de mí, al igual que de mi primo y de Borja. Este último vino hasta mi lado, y me abrazó, como si quisiera protegerme, pero ya era tarde.

A la única persona que debíamos proteger, los dos, no había tenido nuestra protección en ningún momento, y eso me dolía en el alma.

—Si yo no me hubiera ido… si hubiera estado a vuestro lado…

—Hubiera sucedido en otro momento, Borja. No te fustigues por eso.

—No podré vivir sin él, sin saber lo que le ha ocurrido.

—Lo vamos a encontrar y nunca más se separará de nosotros.

La enfermera trajo algo que me inyectó en el gotero, y que me fue relajando, hasta quedarme dormida. Noté como Borja sujetaba mi mano, mientras se sentaba en un sillón que había a un lado de mi cama.

Cuando me desperté, ya era de día. Mi primo ya no estaba en la habitación, tan solo me acompañaba Borja.

—¿Hay alguna novedad?

—Todavía nada, mi familia tiene vigilancia, y esperamos dar con el paradero del niño lo más pronto posible.

Estaba más tranquila, no sé si por la medicación o por el hecho de que empezaba a aceptar todo lo que estaba ocurriendo. Borja seguía igual, con los ojos inyectados en sangre, estaba claro que no había dejado de llorar en toda la noche.

—Mi madre…

—Sí, anoche la llamó Álvaro, deben estar a punto de llegar.

—¿En serio ha sido tu familia?

—No hay otros, Yurema.

—Si la ambición y la codicia los ha llevado a esto, no quiero tener cerca a ninguno de ellos, mucho menos de Héctor.

—No pienses que a mí no me duele, por mucho que sean mis padres, este es mi hijo.

—Lo sé, no lo decía por eso.

—He intentado ir a hablar con ellos, pero Álvaro dice que no, que los deje a ellos trabajar.

—Estoy completamente segura de que lo traerán de vuelta.

—Yo también, pero si lo que quieren es la empresa a cambio, se la daré encantando.

—No quieren eso, lo único que pretenden es hacernos daño, y saben que con el niño es con lo que pueden hacerlo.

—Como se demuestre que ha sido alguno de ellos, no voy a parar hasta verlos completamente destruidos.

Seguíamos con las manos entrelazadas cuando llegaron mi madre y mi tía. Pensé que le echarían la culpa a Borja, y estaba dispuesta a defenderlo a capa y espada, pero me equivoqué.

—Borja, hijo, tú no eres culpable de las decisiones de los demás —dijo mi madre.

—Por supuesto que no. Por muy familia tuya que sean —respondió mi tía.

—Pues no puedo evitar sentirme así.

—Eso sí que no te lo voy a permitir. Somos uno, los tres, y pronto va a estar con nosotros.

Cuando dije eso, Borja no pudo evitar romper a llorar de nuevo. Ver a un hombre así, tan grande, como él era, derrotado y hundido de esa manera, me sobrecogió el alma.

Poco después de que llegaran mi madre y mi tía, lo hicieron mis hermanos mayores. Pedro traía la cara descompuesta, pero Juan estaba como más tranquilo. Algo sabían que nosotros no.

—¿Qué sabéis? Y quiero la verdad.

—No podemos decir nada.

—Ahora vendrá el primo a explicarlo todo —fue Juan el que habló.

Me entraron ganas de bajarme de la cama y darles un par de buenas hostias a cada uno, pero el gotero me lo impedía. No así a Borja, que saltó de la silla como si le hubieran puesto un petardo en el culo.

—Me importa un carajo lo que os hayan dicho, quiero que me contéis todo, y a la voz de "YA".

Juan y Pedro se miraron entre ellos, y asintieron, como si se estuvieran pidiendo permiso el uno al otro. A continuación, fue mi hermano mayor el que tomó la palabra.

—Al parecer, tu hermana ha salido del país, pero la tienen completamente vigilada.

—¿Llevaba al niño con ella?

—No, iba sola. Bueno, con un hombre bastante adinerado, pero también de dudosa reputación.

—¿Puede ser el que la haya ayudado?

—Él directamente, no cree la policía que haya sido, no se iba a ensuciar las manos, no estaba acostumbrado a eso…

—Pero sí alguien enviado por él.

—Hay está el quid de la cuestión.

—Y lo que están investigando.

—Como haya sido ella, más vale que busque un agujero donde esconderse, porque la pienso matar.

—No te ensucies las manos con gente así.

—Piensa que ahora, más que nunca, tu hijo y tu mujer te necesitan.

—No me pienso quedar de brazos cruzados, ahora mismo voy a ir a hablar con mis padres.

Borja no se lo pensó, se levantó de la silla, cogió su chaqueta y, tras darme un beso en los labios salió de la habitación. No sin antes prometerme que traería a nuestro hijo de vuelta.

Álvaro tampoco llegó en toda la mañana, y mis nervios empezaban a ponerse de punta. Mi madre me trajo una infusión relajante, mi hermano trataba de tranquilizarme con palabras de ánimo, pero lo único que lo conseguiría sería que mi hijo estuviera en esa habitación.

—Ten fe, hija, verás como lo encuentran.

—Mamá, hace ya dos días que se lo llevaron, y no tenemos noticias.

Mi madre me miraba con dolor, pero también con esperanza. Ese tipo de cosas eran las que no me permitían derrumbarme. Si ellos estaban a mi lado para darme su apoyo, yo me tenía que mantener fuerte.

A última hora de la tarde, apareció mi primo. Traía un aspecto de cansado que evidenciaba la cantidad de horas que se había llevado trabajando en el caso de mi hijo.

No podía reprocharle nada, ni a él ni a ninguno de los policías que llevaban el caso, porque no podían haber actuado de mejor manera ni más rápidamente.

—Yurema, estamos muy cerca, te lo prometo.

—Álvaro, confío plenamente en ti. Tráeme a mi hijo, te lo ruego.

—Muy pronto lo tendrás. Ahora, tengo que volver a marcharme, no quiero alejarme demasiado del centro operativo.

—Gracias por todo, la vida de mi hijo está en tus manos y estoy segura de que no me defraudarás.

Se despidió de mí con un beso en la cabeza y se marchó. Mi tía y mi madre se miraban entre ellas, y hubo un gesto que no me gustó un pelo.

—Si tenéis alguna sospecha, por favor, contádmela.

—No digas tonterías, hija.

—Qué vamos a saber nosotras, si no nos hemos movido de aquí.

Tenían razón, ellas, desde que llegaron, no se habían movido. Era imposible que supieran nada más que lo que habían contado mis hermanos.

Esa noche Borja no volvió, y eso me inquietó todavía más. ¿Y si a él también le había pasado algo malo? Mi hermano Juan parecía que me leía el pensamiento, por lo que dijo a continuación.

—Enana, no tengas duda de que Borja está bien.

—No puedo evitarlo, es como si el universo se hubiera puesto en mi contra.

—El universo no, la gente que es mala, que te ha tocado toda junta.

Esto último lo dijo mi madre, que tenía un sexto sentido para estas cosas. Por eso, al mirarla, tuve la sensación de que estaba intuyendo algo.

Durante todo el día siguiente tampoco aparecieron ni Borja ni Álvaro, ni siquiera contestaban al teléfono, y eso ya no me gustó un pelo.

Ninguno quiso marcharse a casa y, a eso de las cinco de la mañana, unos pasos resonaron en el pasillo.

—Lo hemos encontrado, Yurema.

Era la voz de Borja, que venía con nuestro hijo en brazos, completamente dormidito y con signos de que estaba bien, de que no le habían hecho nada malo.

Por primera vez desde que me desperté después del golpe, respiré tranquila, aunque no pude evitar llorar a moco tendido.

Capítulo 31



Borja

Llegué a casa de mis padres, que no me esperaban, mucho menos en el estado en el que iba. No me lo pensé, cogí a mi padre por la solapa de la chaqueta y lo estampé contra la pared.

—Puede que a ti no te duela tu hijo, pero a mí sí que me duele el mío.

—¿De qué estás hablando, Borja? —preguntó mi madre.

—Decidme ahora mismo donde está.

—¿Dónde está, quien?

—Mi hijo, vuestro nieto.

—¿Tienes un hijo? ¿Desde cuándo?

—¿Por qué no sabíamos nada?

En sus rostros pude apreciar el asombro, y era genuino. Ellos no sabían de la existencia de mi hijo, y eso hizo que me viniera abajo.

—No es verdad, vosotros lo tenéis.

—En serio, hijo, nos estás asustando.

—Alguien nos siguió hasta la playa y, aprovechando que yo no estaba, que había salido un momento, se lo llevaron.

—Borja, te juro por la tumba de tu abuelo que nosotros no tenemos nada que ver con eso.

—Una cosa es que no estemos conforme contigo, con la manera en la que has actuado, pero jamás le haríamos nada a un niño.

—Es un bebé. Héctor tiene cinco meses, mamá.

—¿Cinco meses? Es así, morenito y con un hoyuelo…

—Sí, con hoyuelo como el mío.

—¡No! ¿Cómo ha sido capaz de hacer eso?

Mi madre se llevó las manos a la cabeza, como si estuviera atando cabos, y miró a mi padre, que sabía, o al menos intuía, de lo que estaba hablando.

—Tranquilo, hijo, que sabemos dónde puede estar —me dijo mi padre.

—Mamá, cuéntame como sabes lo del hoyuelo si se supone que vosotros no sabíais de su existencia.

No me fiaba ya ni de mi sombra. Si mi madre había dicho eso era porque lo había visto, y de cerca, porque ese detalle no era algo que pudieras apreciar de lejos.

—Lo trajo tu hermana hace un par de días.

—¿Perdona?

—Sí, nos dijo que era el hijo de una amiga suya que había tenido que salir de viaje urgentemente, y que lo había dejado a su cargo.

—Como haya sido ella, la mato, mamá.

—No, hijo, no seas igual que ella.

—Deja que caiga sobre ella todo el peso de la ley —dijo mi padre.

No localizábamos a mi hermana, bueno, en realidad mi padre era el que no la localizaba. Yo no lo había ni intentado, para que no sospechara que mis padres estaban al tanto de lo que había hecho.

Después de muchos intentos, por fin su teléfono daba señal y contestó a la llamada de nuestro padre.

—Hija, ¿dónde estás?

—He salido del país, papá. Estaré fuera dos semanas.

Cuando escuché que decía eso, la sangre me hirvió en las venas. No podía ser, tenía vigilancia. ¿Cómo se la había saltado?

—Tranquilo, Borja, no ha podido llevarse al bebé con ella.

Mi madre me susurró eso, cuando mi padre insistió un poco más, para ver por donde le salía mi hermana.

—¿No estabas a cargo del bebé de tu amiga?

—Sí, pero al final, como me salió esta oportunidad, hablé con ella y se lo dejó a otra persona.

—Pues que fastidio, porque le habíamos comprado algunas cosas.

—Llévaselas a donde está ahora.

—¿Me darías la dirección?

—Claro, pero di muy claramente que eres mi padre y vas de mi parte, o no te dejarán verlo.

—¿Tan estrictos son?

—No, pero tienen órdenes expresas de que actúen así. Y date prisa, porque, seguramente, en un par de días se lo lleve su madre de nuevo.

—¿No estaba trabajando en el extranjero?

—Sí, por eso, porque el trabajo se ha alargado y se lo quiere llevar con ella.

Mi padre actuó con total normalidad, como si no estuviera sospechando nada y, gracias a eso, mi hermana no dudó ni un instante en darle la dirección de donde tenían a mi hijo.

—Tengo que avisar a Álvaro, el primo de Yurema.

—¿No es mejor avisar a la policía?

—Él es policía.

—Perfecto, pero que no actúen hasta que no tengamos al niño en brazos.

—Sí, no quiero que le hagan daño.

Nos montamos en el coche, y mientras que nos dirigíamos hasta la dirección que le había dado mi hermana a mi padre, le envié un mensaje a Álvaro, no quería llamarlo por si estaba aún en el hospital.

Borja: *Tengo la dirección donde tienen al niño, si puedes hablar, llámame.*

Un minuto después, mi teléfono sonó, era él, que quería saber todos los detalles.

—Mis padres no sabían nada, han colaborado poniéndose en contacto con mi hermana.

—¿Estáis seguros de que lo tienen ahí?

—Eso nos ha dicho ella, y no ha sospechado nada.

—Perfecto, pásame la dirección y nos vemos en la puerta.

—Álvaro, no quiero que actuéis hasta que no tengamos al niño.

—No pensaba hacerlo, tranquilo.

Pusimos el GPS porque esa calle no la habíamos escuchado en la vida. Resultó ser un barrio marginal, y supe que lo que quería era hacer desaparecer al niño del país, y un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—Ahí está el número que estamos buscando —dijo mi padre.

—Deja el coche donde puedas, si se lo llevan te compro otro.

—Al coche que le den por culo, lo único importante es mi nieto.

Llamamos a la puerta, viendo a Álvaro apoyado en el capó de un coche. Él sí que tenía que saber de la naturaleza del barrio, porque iba vestido como uno de ellos.

Nada de su ropa habitual, mucho menos el uniforme del cuerpo. Me hizo un gesto con la cabeza, como indicándome que estaban todos preparados para entrar en cuanto que vieran que teníamos al niño.

—¿Quiénes sois ustedes y qué queréis? —nos dijo una mujer.

—Venimos de parte de Sandra del Monte, y queremos ver al niño.

—¿Usted es su padre?

—El mismo, y él es mi sobrino, que también quiere verlo.

—Pasen, ya nos había avisado.

La casa estaba completamente derruida por dentro. Tan solo saber que se podía haber caído con mi hijo dentro, me heló la sangre.

—Ahí lo tienen —nos dijeron.

—¿Podemos llevarlo a dar un paseo?

—No sé si…

—Os dejamos las llaves del coche, para que vean que volveremos.

Menos mal que se me ocurrió eso, porque no estaban muy dispuestos de dejarnos salir con el niño. Sé que, si me hubiera puesto por las malas, lo hubiéramos conseguido, pero no quería poner a mi padre en peligro.

—Está bien, pero no más de media hora, que será cuando llame la señorita del Monte.

—No tardaremos ni quince minutos.

Cogí al niño, que estaba sucio y con el mismo pijama que le puso su madre aquella noche, porque era el único que faltaba entre sus ropas.

Tan solo esperaba que hubieran limpiado los biberones después de darle de comer, de lo contrario, podría coger una buena infección.

No les dejamos las llaves del coche, sino unas que yo llevaba en el bolsillo y que no recordaba ni de qué eran. Mi padre me miró y, en cuanto que estuvimos fuera, nos montamos en él, arrancando.

Álvaro nos vio de lejos, y avisó a todos sus compañeros, que no tardaron ni diez segundos en entrar y detener a la pareja. Los llevarían a comisaria, pero yo, antes que nada, tenía que llevar al niño al hospital a que le hicieran un chequeo.

Ninguno de los dos dijo de avisar a Yurema, dimos por hecho que el otro lo haría. Mi padre me acompañó en todo momento, y mi madre, en cuanto que lo supo, también.

Eran las cinco de la mañana cuando Álvaro me llamó para saber cómo había reaccionado Yurema.

—Joder, no le he dicho nada.

—¿En serio? Te va a colgar de los huevos.

—Me lo he traído directamente al hospital, para que lo revisen.

—Pues cógelo y súbelo a su habitación, nada le sentará mejor que estar con su madre.

—Papá, mamá, voy a subírselo a su madre.

—Hijo, nos gustaría hablar con ella y pedirle perdón.

—No ahora, mamá. Dejémoslo para cuando haya recibido el alta.

—Está bien, pero cuéntale que nosotros no hemos tenido nada que ver.

—Así lo haré, no te preocupes.

Subí corriendo por las escaleras los dos pisos que nos separaban. Llevaba a Héctor entre mis brazos, y cuando llegué a la habitación, ya no pude más, y me derrumbé.

—Lo hemos encontrado, Yurema.

—Dime que está bien, por favor.

—Mejor que eso, compruébalo por ti misma.

Cuando lo puse en sus brazos, ambos lloramos de la alegría. Lo teníamos con nosotros y estaba a salvo. Jamás dejaría que se separaran más de mí.

Le conté como habíamos conseguido dar con él, y que había sido mi padre el que, con mucho tacto y disimulo, había hablado con mi hermana, sacándole la dirección donde lo tenían.

—Ellos no tuvieron nada que ver, Yurema, y quieren ver al niño, y a ti.

—¿A mí, para qué?

—Para pedirte perdón.

Capítulo 32



Yurema

Ni siquiera había recordado que mi familia, a excepción de los dos más pequeños, estaban ahí, en la habitación del hospital.

—No quiero pensar en eso ahora.

—Está bien, piénsalo.

Esa fue la respuesta que di ante la propuesta que me había dado Borja en relación con sus padres.

Ahora quería estar tranquila, no saber nada más de nada ni de nadie. Vivir el reencuentro con mi niño, comérmelo a besos y salir ya de este hospital.

Todos los que estaban en esa habitación salieron, porque entendieron que era un momento nuestro, que nos pertenecía, por mucho que cada uno de ellos estuviera deseando abrazar al bebé.

—No quiero que nos separemos más, Yurema.

—Y yo no quiero volver a pasar por este infierno.

—Eso queda totalmente descartado, te lo juro.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—Lo primero, sois el niño y tú, todo lo demás, vendrá después.

—Esa casa me trae muy malos recuerdos…

—Pues se cambia de casa, por eso no hay problema.

—No me parece justo que tengas que salir de tu zona de confort.

—No te confundas, Yurema. Mi zona de confort sois el niño y tú, nada ni nadie más.

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien.

—Entonces, sigamos adelante y veamos a donde nos lleva todo esto.

En un momento determinado, escuchamos que llamaban a la puerta. Pensé que sería mi madre o alguno de mis hermanos, pero nada más lejos de la realidad.

Quienes se encontraban detrás de la puerta eran los padres de Borja. Me quedé completamente bloqueada.

Lo último y único que recordaba de esas personas eran desprecios y malas palabras, y algo en mi interior, llámalo subconsciente o como quieras, hizo que me tensara, y fue evidente para todos.

—Hija, no te pongas a la defensiva, venimos a disculparnos.

—Lo siento, pero es que no confío en ustedes.

—Me gusta la sinceridad con la que hablas —dijo su padre.

—Y a mí me gusta la manera en la que miras a mi hijo —dijo su madre.

—Lo que siento por él es completamente sincero. Nada tiene que ver con su posición social o su dinero.

—Ahora nos hemos dado cuenta de ello.

—Te queremos pedir perdón, y darte la bienvenida a la familia.

—Bueno, eso será cuando de verdad lo vea. Cuando me sienta en casa junto a vosotros, antes, prefiero mantener las distancias.

—Si eso es lo que quieres y necesitas, no forzaremos nada.

—Y os lo agradecería, de verdad. Tampoco supone que no os acerquéis o no veáis al niño.

—Eso es lo más importante para nosotros, el bienestar del niño.

—Es precioso y se parece muchísimo a su padre.

—Ahí os tengo que dar la razón, yo solo he sido la incubadora.

—No sabes cuanto te entiendo. Me pasó lo mismo con mi hijo.

—Como se suele decir, nueve meses de calvario para que el niño sea una fotocopia de su padre.

Por primera vez me sentía a gusto hablando con estas personas, pero eso no significa que hubiera confianza en ellos, eso me lo tendrían que demostrar con el tiempo.

Borja no había intervenido en la conversación en ningún momento, y eso me gustó. Dejó que fuéramos nosotros los que resolviéramos nuestras diferencias, los que mostráramos nuestros miedos e intentáramos llegar a un punto en común.

Pasada casi una hora, mi madre y mi tía entraron en la habitación. Dijeron de llevarse al bebé a su casa, pero me negaba a soltarlo. Dormir sin sentir su respiración no me hacía ni pizca de gracia.

—Yurema, allí estará tranquilo, y te prometo que haremos videollamadas todos los días hasta que salgas.

—No quiero separarme de él.

—Entonces, déjame que hable con la doctora, a ver que piensa ella sobre darte el alta —dijo Borja.

Mi chico salió de la habitación, dejándome allí con sus padres y mi familia. Mi madre no tardó en hablar, tan sincera como ella era.

—No me voy a andar por las ramas…

—Ni nosotros queremos que lo haga, señora —dijo Manuel.

—Es mi hija, es mi nieto, es mi yerno, y su felicidad es primordial para mí.

—Nosotros también queremos que sean felices.

—Entonces, tan solo nos queda llevarnos bien, respetar sus decisiones y dejar que sean felices.

Con esa frase lo dijo todo. Manuel y Mercedes se miraron entre ellos, y asintieron con la cabeza. Mercedes se giró hacia mí, mientras que su marido me hablaba.

—Hemos pensado que el ático no es un lugar adecuado para criar a un niño.

—Pues yo he criado a cinco en un piso de setenta metros cuadrados, y ninguno ha salido defectuoso —dijo mi madre.

—Lo siento, quizás no haya elegido las palabras adecuadas.

—Manuel, hijo mío, es que eres más bruto que unas bragas de esparto.

Cuando Mercedes soltó ese símil, todos empezamos a reírnos. Jamás en la vida me hubiera imaginado a esa mujer decir las cosas de esa manera.

—Uf, que bien me ha sentado dejar de estar encorsetada.

—Mercedes, a partir de ahora, todos los formalismos se quedan en el cajón.

—¡Gracias Dios mío, has escuchado mis súplicas! —dijo su mujer.

—Bueno, a lo que iba. Tenemos una casita con jardín cerca de la nuestra, y me gustaría que fuera el lugar donde forméis vuestra familia.

—Manuel, tú lo que quieres es que el nieto esté más cerca de ti que de mí.

—No, por favor, celos de abuelos a estas alturas, no —dije.

Me llevé las manos a la cara, pues lo que menos me apetecía ahora es que los abuelos se pusieran a discutir sobre quién de todos quería más al niño.

—No se preocupe, María, que nos lo turnaremos.

—Eso espero, porque si no, me planto con una caseta de campaña en el jardín de esa casa y no me muevo de allí ni con agua caliente.

Estábamos entre risas cuando Borja entró en la habitación con la doctora. Por su sonrisa, supe que estaba muy cerca de poder salir de allí.

Por un lado, estaba deseando de volver a mi vida normal, a mi rutina. Pero, por otro, sentía un miedo atroz a que volviera a pasarle algo a mi hijo, o alguno de nosotros.

Sandra estaba en paradero desconocido. No le cogía el teléfono a nadie, y eso me daba pavor. Si había sido capaz de secuestrar a mi hijo, podría hacer cualquier cosa que se le pasara por la cabeza.

—Vamos a revisar a esta paciente, a ver qué podemos hacer para que salga de aquí —dijo la doctora.

—Esperamos fuera —dijo Manuel.

Salieron de la habitación y nos dejaron a solas a Borja, la doctora y a mí. Empezó a revisar la herida de la cabeza, que los puntos estuvieran bien. Me preguntó si sentía algún dolor o algo y, tras varias comprobaciones más, tomó una decisión.

—Hoy te voy a quitar el gotero y si toleras la comida, no te mareas cuando te levantes y demás, mañana a primera hora te daré el alta.

—¿En serio?

—Sí, no veo ningún motivo para que tengas que permanecer ingresada.

Borja acordó conmigo que, esa noche, al ya no tener gotero, se marcharía a casa con el bebé. Lo llevaría al ático, y mi madre se iría con él, por si tenía algún problema con el niño.

Por suerte, todo lo que habíamos comprado para nuestro hijo en el centro comercial, ya estaba en su casa, montados en su habitación. En ese sentido no tendríamos problemas en acomodar al niño.

Vinieron a quitarme el gotero, mientras que mi madre y mi tía se llevaban al niño a su casa, hasta que llegara Borja. Había que bañarlo y darle de comer, pues, según me contaron, había estado durante estos días en una casa con unas condiciones deplorables.

—Te quiero, Yurema.

Me dijo Borja en cuanto que nos quedamos solos, y me cogió completamente por sorpresa. Era evidente que ambos sentíamos algo, pero no nos habíamos atrevido a verbalizarlo hasta ese momento.

—Yo también te quiero, Borja.

—Me gustaría que todo esto no hubiera pasado…

—Veamos el lado positivo. Todo lo que ha sucedido nos ha servido para que las familias estén unidas.

—Menos mi hermana.

—Todavía me cuesta pensar en lo que le ha hecho al niño…

—A mí me cuesta comprender por qué lo ha hecho.

—A mí también, no te creas.

—Es como si no la conociera. Como si fuera una extraña en vez de mi hermana.

—Es una consentida que quiere salirse siempre con la suya.

—Ahí te tengo que dar la razón. Aparte, no es buena persona.

—Alguien con buen corazón no secuestra a su propio sobrino por el ego.

—Más que eso, se está juntando con gente que la puede llevar por muy mal camino, cuando ella no necesita eso.

—Le pido al cielo que la encuentren pronto.

—Me voy a marchar, ¿vale?

—Claro, así le das el biberón al niño antes de acostarlo.

—No te preocupes por el bebé, que estará perfectamente.

Capítulo 33



Borja

No le dije a Yurema que no me iba porque tenía que cuidar al niño, sino porque me habían avisado de comisaría, ya que tenían cosas que contarme, actualizar todos los avances que habían conseguido.

Sí que puse en antecedentes a su madre y a su tía, y les pedí que no salieran de la casa con el niño, y que no le abrieran la puerta a nadie, ni siquiera a un conocido, nada más que a la familia.

Avisé a la chica de recepción de la comisaría para que me localizara a Álvaro, pues me había dicho que lo hiciera así. El primo de Yurema llevaba dos días sin dormir bien, sin descansar, y eso se notaba en su rostro.

—Me dice el inspector Salazar que pase a su despacho, por favor.

—¿Me puede indicar el camino, por favor?

—Por supuesto. Siga ese pasillo…

La chica me dio las indicaciones necesarias para llegar hasta donde Álvaro me estaba esperando. No era complicado llegar, pero, entre el cansancio y que mi cabeza no paraba de dar vueltas, me perdí dos veces.

—Menos mal que me has encontrado, pensé que tendría que mandar a buscarte.

—No te lo tomes a mal, pero te han puesto el despacho en el culo de la comisaría.

—A lo mejor es que, como yo tengo un culazo…

Me soltó Álvaro, intentando rebajar un poquito la tensión que había en el ambiente. Me hizo reír, no lo voy a negar, pero la preocupación seguía estando en el fondo de mi corazón.

Pasamos al interior de su despacho, cerrando la puerta. Una vez dentro, su rostro cambió por completo, dejando al Álvaro relajado fuera, en el pasillo.

No sabía como empezar a hablar, y eso me hizo tensarme más de lo que ya lo estaba. Noté que tenía que decirme algo que no me iba a gustar, y no encontraba la manera de hacerlo.

—Habla ya, o terminará dándome un infarto, te lo juro.

—Es que es un tanto… digamos que complicado, lo que tengo que decir.

—Pues, como cuando quitas una tirita, de golpe es mejor.

Álvaro se levantó y preparó dos cafés en la máquina de cápsulas, supongo que intentando buscar la mejor manera para hablar, para no hacerme sentir demasiado mal o preocupado.

—Hemos hablado con las personas que tenían al niño.

—¿Qué han dicho? Dímelo sin medias tintas, por favor.

—Para empezar, la persona que le había encargado el cuidado del niño ha sido tu hermana, Sandra del Monte.

—Eso no me coje por sorpresa, la verdad.

—Exacto, era algo que esperábamos…

—Pero… Porque tiene que haber un, pero, si no, no me habrías llamado.

—Pues sí, hay uno. El final que quería darle al niño.

—Si me dices que iba a terminar con su vida, te juro que el que acaba con la suya soy yo.

—Peor que eso.

—¿Qué hay peor que quitarle la vida a un niño?

—Enviarlo al infierno, que era lo que pretendía ella.

—¿Perdona?

—Pues sí. Ella quería que, después de unos días, para que se calmara la cosa, el niño fuera llevado a México, a que creciera dentro de la organización de su nuevo novio.

—No entendiendo nada. ¿Qué pintaría el niño allí?

—Pues para usarlo como mendigo, como mula para transportar la mercancía. Nadie dudaría de un niño.

Os prometo que el mundo se me cayó encima. ¿Cómo podía, siquiera, pensar en hacerle eso a su propio sobrino? ¿Qué necesidad tenía de involucrarse con una persona así, de la calaña que era ese hombre con el que estaba?

—Borja, no sabemos dónde está tu hermana.

—¿Me estás diciendo que mi hijo sigue en peligro?

—Te estoy diciendo que tenemos que tomar todo tipo de precauciones y que, por eso, os vamos a meter en un programa para que salgáis de aquí.

—Si le digo esto a tu prima, lo nuestro se termina para siempre.

—No, ella te lo agradecerá, y no serás tú el que se lo diga, sino yo.

—¿Por qué se ha convertido mi hermana en una persona así?

—No lo sé, pero pienso que no se ha convertido, que siempre ha sido así.

Salí de allí con la certeza de que, si superábamos esto, seríamos capaces de enfrentarnos a cualquier cosa. No fui a casa de María, donde se encontraba mi hijo, sino que fui a ver a mis padres, directamente desde la comisaría.

—Hijo, ¿qué haces aquí tan tarde?

—Tengo que hablar con vosotros.

Mi madre se echó a un lado, haciéndome pasar al salón, donde estaba mi padre sentado en su sillón. Lo primero que llamó mi atención fue la forma en la que estaban vestidos.

Habían dejado de usar ropa de calle para estar en casa. No es que estuvieran en pijama, ni mucho menos, pero sí que se habían puesto una especie de chándal.

Ese simple gesto me hizo sentirlos como más cercanos. Habían pasado de ser de la realeza para ser unos padres normales, como los que todos tienen en casa.

—Papá, necesito que localices a mi hermana, te lo ruego, por favor —supliqué.

—Ya he hecho todo lo que está en mi mano, te lo juro.

—No, aún queda algo por hacer.

—No sé a qué te refieres, Borja.

—El teléfono de mi hermana tiene un localizador. Tú se lo pusiste cuando se llevaba semanas sin aparecer.

Mi padre se quedó completamente asombrado. Me demostró que, realmente, no se acordaba de ese detalle. Eso había sucedido hacía mucho tiempo, y era lógico que no hubiera reparado en ello.

—¿De qué habla tu hijo?

Mi madre no sabía nada sobre ese tema. Mi padre intentó ocultárselo en su momento y, al parecer, lo consiguió.

Fue durante la época de la universidad, en la que mi hermana se desmadró. Yo avisaba a mi padre de que hacía días que no la veía, y él venía hasta el campus.

Fueron muchas las veces que mi padre se volvió con las manos vacías, y muchas las semanas en las que no sabíamos dónde estaba. Para evitar esto, y sin que mi hermana se pudiera dar cuenta, le puso un localizador a la tarjeta SIM.

—Tu hija se ausentaba de la universidad por semanas, y nuestra preocupación era máxima.

—¿Por qué no sabía nada de esto?

—Porque no queríamos que te preocuparas por algo que era inevitable.

—Mamá, mi hermana no hacía caso de nada ni de nadie. A ti, tampoco te hubiera escuchado.

—Todavía no sé cómo fue capaz de terminar la carrera —dijo mi padre.

—Yo sí que lo sé, pero mejor que vosotros sigáis en la ignorancia.

—No, ya que estamos soltando los secretos, habla. Te aseguro que ya no me sorprende nada de ella.

—Está bien. Se acostaba con el decano de la facultad, de ese modo se aseguraba el aprobado.

—¿Con ese que tenía nuestra edad? —preguntó mi madre, asombrada.

—Pues sí. Mi hermana no tenía, ni tiene, escrúpulos si de conseguir lo que quiere se trata.

Mi padre se levantó del sillón, y se fue directamente a su portátil. Allí, buscó la aplicación que instaló en su momento para controlarla.

Bueno, realmente no se podía llamar tener el control sobre ella, porque eso era imposible, pero sí, al menos, para saber dónde se encontraba en cada momento.

—Está aquí, papá —le dije.

—Te prometo que los nervios no me dejaban verla.

—Es normal…

—Borja, no quiero que pienses que intento protegerla.

—No se me ocurriría, papá. No después de todo lo que has hecho para traer a mi hijo de vuelta.

—Esa ya no es mi hija, es una mujer despreciable que no merece nuestra protección —dijo mi madre.

Mi padre abrió la aplicación, metió los datos que le requerían y la contraseña, y antes de lo que esperábamos, ya estaba la localización de mi hermana en la pantalla.

—No me lo puedo creer —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está? —pregunté.

—Está en la ciudad, mira.

Cuando me acerqué al portátil a ver la localización de mi hermana, casi me da un infarto. No podía ser.

No lo dudé, cogí el móvil y llamé a Álvaro, que todavía permanecía en la comisaría, lo supe por el tono de voz y el sonido que se escuchaba de fondo.

—Dime, Borja.

—Sé dónde está mi hermana, y necesito que mandes a alguien allí, urgentemente.

—Dónde y cómo lo sabes. Y quiero la verdad.

—Está en el hospital, y estoy seguro de que está ahí con la intención de hacerle daño a Yurema.

—Ahora mismo voy para allá y mando a una patrulla que tengo en la zona.

—El cómo, te lo cuento luego, yo también voy para allá.

Colgué la llamada y no me despedí ni de mis padres, salí pitando para el hospital, mientras escuchaba a mi madre llamarme a gritos.

—¡Borja! ¡Espera, por favor! —me dijo mi padre.

—No puedo, la vida de mi mujer está en peligro.

Salí de allí como las balas. Me llegarían un montón de multas por exceso de velocidad, pero me daba exactamente lo mismo, ya las pagaría.

Capítulo 34



Yurema

Me quedé sola, y como ya me habían quitado el gotero y estaba sentada en un sillón que había en la habitación, me levanté para coger mi móvil.

Quería saber cómo estaba mi niño, y para ello, llamé a mi madre. No habían pasado ni cuarenta y cinco minutos desde que se marchó con el bebé para irse a su casa.

—Mamá, ¿cómo sigue Héctor?

—Bien, hija. ¿Cómo va a seguir?

—¿Ha llegado ya Borja?

—No, me llamó que iba a ir antes a casa de sus padres para coger no sé qué cosa.

Me extrañó, puesto que no me había dicho nada, pero bueno, no le di la menor importancia. Lo lógico es que fuera para ver cómo se sentían, así que no insistí más.

Estuve durante un buen rato hablando con mi madre. Creo que lo hice por no sentirme sola, pues estar en una habitación de hospital sin nadie con la que hablar, era algo demasiado agobiante.

—Mamá te dejo, que voy a entrar en el baño.

—Ten cuidado, hija, no te vayas a marear.

—No te preocupes, si veo que no puedo, aviso a la enfermera para que me ayude.

No pensaba hacerlo, porque eso retrasaría mi salida de aquí. Por suerte, no sentí ni mareo ni nada, y pude llegar al baño sin ningún problema.

Estaba dentro cuando escuché que alguien entraba en la habitación. Era la voz de una mujer, pero no era de ninguna de las enfermeras que me atendían habitualmente.

Pegué la oreja a la puerta del baño, a ver si podía oír algo. Pero no escuchaba bien, así que, apagué la luz y entorné la puerta.

—¿Dónde se habrá metido la gilipollas esta?

Cuando escuché eso, claramente supe de quien se trataba. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. ¿Es qué no se iba a cansar nunca?

No podía hablar, ni salir, ni siquiera gritar, y maldije el momento en el que dejé el móvil encima de la cama. Ella también se dio cuenta de ese detalle, y soltó una carcajada que me sonó de lo más malvada.

—No anda muy lejos, mira donde ha dejado su teléfono —dijo la persona que la acompañaba.

—Vamos, bonita, se valiente y da la cara.

Respiré hondo y me dispuse a salir. Tenía que terminar con esto de una puta vez y si mi vida era lo que tenía que dar a cambio para que mi hijo estuviera a salvo, no dudaría en darla.

—Aquí me tienes.

—Bueno, bueno, la mosquita muerta está de pie.

—Y seguiré así, por mucho que te empeñes en destruirme.

—Una lástima que no me hubiera salido bien lo del niño…

—A mi hijo lo dejas a un lado. Esto es entre tú y yo.

—No, no te equivoques. Esto va más allá de nosotras.

—Empezó y terminará con nosotras.

—Entre mi hermano y tú me habéis quitado todo, y no pienso dejar que se quede así.

—Tu hermano y yo no te hemos quitado nada.

—Por supuesto que sí.

—A ver, ilumíname.

—Mi hermano me quitó la empresa, me dejó sin trabajo y se unió con mi principal enemiga, que eres tú.

—Se la ibais a vender a un tercero, ¿qué más da quien fuera?

—No, mi intención siempre fue hacerme con ella, y él no me dejo opción.

Estuvo como media hora haciendo y diciendo tonterías. Ese tiempo lo aproveché para ir moviéndome hasta la puerta de la habitación, aunque estuviera cerrada.

—Y lo último, tu amiga me quitó a mi juguetito sexual.

—¿Perdona?

—Pelayo era mío. Tan solo tenía que chasquear los dedos para que viniera corriendo.

—Pelayo es un hombre hecho y derecho, que sabía muy bien lo que tenía o no que hacer.

—Si mi hermano no se hubiera liado contigo, no la habría conocido a ella.

—No, si como sigas así, voy a ser la culpable de la crisis económica del veintinueve, verás.

—No te hagas la graciosa conmigo. Os voy a destruir, y no podrás hacer nada.

En ese momento, vi como la persona que la acompañaba sacaba una jeringuilla y me quedé bloqueada por un instante.

—No te preocupes, no te enterarás de nada. No hasta que llegues delante de mi novio.

Escuchar esas palabras fue el detonante para que saliera corriendo. A mitad del pasillo me encontré con mi doctora que, al verme la cara, me agarró del brazo y me ocultó en su sala de descanso.

No podía llorar, no era capaz de reaccionar, me había quedado como en shock. La doctora, que se percató de que algo no marchaba bien, lo primero que hizo fue llamar a la policía.

—Buenas noches, tengo aquí a una paciente a la que le ha sucedido algo…

Cuando la escuché hablar, le quité el teléfono, casi sin pedir permiso. En cuanto que noté que no era mi primo el que estaba al otro lado de la línea, corté la llamada, y marqué de nuevo.

—Yurema, dime que estás bien, por favor.

—Lo estoy, pero no sé por cuanto tiempo.

—Borja ya me ha advertido de que su hermana está ahí.

—¿Cómo lo sabe él?

—No tengo ni idea, pero escóndete lo mejor que puedas.

—Estoy en la sala de descanso del personal, en mi misma planta.

—No te muevas de ahí. Y dime la descripción de la ropa que lleva puesta.

—Son dos personas…

Le expliqué a mi primo todo lo que sabía, lo que había escuchado que hablaban entre ellos, pero, en un determinado momento, tuve que guardar silencio, pues los escuchaba detrás de la puerta.

—Yurema, ¿por qué has guardado silencio? ¿Están ahí?

—Están detrás de la puerta.

Esas palabras las tuve que decir en un susurro, pero me sirvió de poco, porque me escucharon y abrieron la puerta de una patada, a pesar de que estaba cerrada con llave.

—Mira a quién tenemos aquí, a la ratoncita.

—Déjamela a mí, tú ocúpate de la otra.

Esa mirada de maldad que vi en sus ojos. Ese tono que empleó al hablar. Todo en ella hizo que se me erizara el vello de todo el cuerpo.

No entendía como podía haber gente tan mala en el mundo. Pero no me dejaría derrotar, no lo haría por nada en el mundo.

A mi mente acudieron imágenes de mi hijo, de su padre, y a pesar de que se me llenaron los ojos de lágrimas, pensaba luchar por salir de aquí indemne.

No me di cuenta de que la doctora había apretado el botón del pánico, por lo que, cuando escuché a los chicos de seguridad por el pasillo, sentí cierto alivio, pero me duró poco.

En uno de los giros que hice para ayudar a mi doctora, pues ella no tenía culpa de nada, Sandra me clavó algo en el cuello. Sentí como una aguja me atravesaba la piel, y como, a continuación, mis piernas se doblaban y caía al suelo.

Escuchaba gritos y disparos, pero no podía abrir los ojos, me pesaban demasiado.

Llegó un momento en el que todo se volvió negro y silencioso. Pensé que me había alcanzado una de las balas y había muerto, o estaba muriendo.

Es cierto que no noté ningún tipo de dolor, pero eso no significaba nada. Había oído en infinidad de ocasiones que, cuando se estaba en una experiencia cercana a la muerte, por delante pasaba toda tu vida, y yo estaba ahí, tirada en el suelo, esperando a que esto ocurriera.

—Yurema, mi amor, despierta —escuché a Borja.

—Prima, por lo que tú más quieras, abre los ojos.

—Ya todo ha terminado, mi vida.

—¿Han cogido a tu hermana?

Me salió una voz como de ultratumba y, al moverme, noté que ya no estaba en el suelo, que me habían puesto encima de algo blandito, mucho más cómodo.

—Mucho mejor que eso.

—¿La habéis desintegrado?

Al abrir los ojos vi como Borja, soltó una carcajada, pero no era una de esas que llenaban toda la estancia, sino que tenía algo de tristeza en su mirada.

—Contadme todo lo que ha pasado, por favor.

—Ha muerto, mi hermana ha caído ante la policía.

—¡Dios mío! Tus padres…

—Mis padres han sentido un alivio inmenso.

—Ella ya no era su hija, era un monstruo.

Guardé silencio, porque, por un momento, me sentí culpable. Si yo no hubiera subido esos videos, ella no se habría obsesionado conmigo, y no habría ocurrido todo lo que había pasado.

—Ni se te ocurra culparte. Si no eras tú, hubiera sido otra persona.

—U otra cosa. Mi hermana era demasiado caprichosa como para no salirse con la suya.

—Además, su final, tarde o temprano, era el mismo, por las personas con las que se había rodeado.

Le conté a Álvaro todo lo que me había dicho antes de morir. Como me había amenazado con enviarme a uno de los locales que tenía su novio, donde, supuestamente, me prostituirían para pagar mi culpa.

Capítulo 35



Borja

El primero en llegar hasta allí fue el compañero de Álvaro, que no dudó en dejar todo para acudir a la llamada de su amigo. Sabía que esa persona, Yurema, era muy importante en su vida.

A continuación, llegamos nosotros, ni un minuto después. La escena que nos encontramos fue algo así como dantesca.

En el suelo, junto a uno de los sofás, yacía el cuerpo de Yurema, a su lado, y con una sonrisa de lo más perversa, se encontraba mi hermana.

—¿Qué coño le has hecho?

—¿Yo? Digamos que le he inducido el sueño, aunque no sé si me he pasado con la dosis o no.

—Reza para que no le pase nada, o te las verás conmigo…

—¿Pensabas que me iba a conformar con tan poco, Borja?

—Eres una persona cruel y malvada.

—Pues mira, sí, me has hecho una buena descripción.

—Aléjate de ella, ahora mismo.

—No pienso hacerlo, porque ella saldrá de aquí, conmigo, o no saldrá. De ti depende.

Álvaro me hizo un gesto para que me apartara de la puerta. Sabía de lo que era capaz mi hermana, y mejor dejarla salir con Yurema, a que la matara ahí mismo.

Con todo el dolor de mi corazón, me alejé lo suficiente como para que pudiera salir, seguida de su esbirro, que era el que llevaba a Yurema. Justo cuando iban por la mitad del pasillo, apareció mi padre.

—Sandra, recapacita y dile a ese hombre que deje a tu cuñada en el suelo.

—Quita de en medio, viejo chocho…

—Jamás pensé que te convertirías en alguien así, aunque debí imaginarlo.

—Nunca te has enterado de nada, no iba a ser menos en esta ocasión.

—Mi cariño hacia ti ha provocado esta ceguera. Debí hacerle caso a tu hermano hace mucho tiempo.

—¡A ese, ni me lo nombres!

—Ese, como tú dices, también es mi hijo.

—¡Él tiene la culpa de todo!

En ese momento, mi hermana se puso como loca, a dar gritos y hacer aspavientos con la mano. En un descuido, llegamos hasta su acompañante, y, con una llave, pudimos reducirlo y quitarle a Yurema de las manos.

Mi hermana, no sé de dónde, sacó un cuchillo y atrapó a una enfermera que salía de unas de las habitaciones, amenazándola con él.

—Suelta a esa mujer, no empeores más las cosas —le dijo mi padre.

—Vosotros me habéis hecho empeorarlas.

—Tu familia tan solo queríamos lo mejor para todos, incluida tú.

—¡Y una mierda! Él es el niño de vuestros ojos, y el enano zarrapastroso ese, que no tenía ni que haber nacido.

—Deja a mi hijo fuera de esto, Sandra, o no respondo.

—Si me hubieras hecho caso, si me hubieras ayudado desde el principio, nada de esto estaría sucediendo.

—No te podía hacer caso, no tenía razón de ser lo que estabas pidiendo.

—Para ti, nada que yo pidiera, tenía razón de ser.

Apretó el cuchillo contra el cuello de esa pobre muchacha, que no sabía ni de qué iba la cosa, y que suplicaba que la dejara marcharse, que ella no nos conocía a ninguno.

En un momento dado, mi hermana le dio un empujón a la chica, y corrió hasta la zona de las escaleras, pero mi padre no se lo pensó dos veces. Antes de que ocurriera otra desgracia, le quitó la pistola a Álvaro de las manos y disparó.

—¡Papá! —grité.

No me esperaba que mi padre reaccionara de esa manera. Al fin y al cabo, por mucho daño que hubiera hecho, no dejaba de ser su hija y mi hermana.

—Deme el arma, señor del Monte —pidió Álvaro.

—Era lo mejor para todos, tan solo he adelantado su final, que sería el mismo —dijo.

Mi padre le entregó el arma a Álvaro, y se sentó en una de las sillas que había junto a la escalera. Sabía que no podía alegar nada, que todo estaba en su contra, pero el primo de Yurema nos sorprendió.

—A todos los efectos, he sido yo el que he disparado este arma, como acto reflejo ante su huida.

—Pero, te harán una prueba de balística…

—No si todos contamos la misma versión.

—Por mí, no hay ningún problema —dijo su compañero.

—Entonces, si todos estamos de acuerdo, eso será lo que aparecerá en el informe.

Mi padre se levantó y le dio un abrazo, no sé si por el alivio de no tener que dejar a mi madre sola para entrar en la cárcel o porque, por fin, se había terminado todo.

Cuando mi chica recuperó la conciencia y le contamos todo, le dijimos que nos teníamos que marchar a declarar en comisaría. Lejos de venirse abajo, hizo todo lo contrario.

—Yo no me vuelvo a quedar sola aquí.

—¿Qué pretendes hacer?

—No me seas loca, prima, que te acaban de inyectar un relajante para caballos.

—Pero como no soy un caballo, me marcho.

Le faltó tiempo para ir a hablar con la doctora, que no dudó en firmarle el alta. Yo creo que no se había visto en una así en la vida, y que pensó, "me la quito de encima antes de que venga otro u otra loca y me secuestre a mí también".

—No tardo ni diez minutos en cambiarme —nos dijo.

La verdad es que nunca la había visto correr tanto, ni siquiera cuando huía de mí al principio.

—A mi prima el relajante no le ha servido para mucho.

—Ni para mucho ni para poco. Mi hermana no tenía futuro creando inyecciones narcóticas.

Ambos nos miramos y soltamos una carcajada. Mi padre había bajado con el compañero de Álvaro para que le tomaran la tensión, pues la hazaña había sido cojonuda.

—Dime, Alvarito, tu compañero no es solo en la comisaría. ¿Me equivoco?

—Eres un hombre observador, sí señor.

—Entonces, ¿sois pareja?

—Digamos que tenemos una relación un tanto complicada, dejémoslo ahí.

—Ojalá y te vaya bien, eres un tío cojonudo, que se merece todo lo mejor.

—Claro, y me lo dices ahora, que sabes que no tienes competencia conmigo…

—No seas cabrón, que antes no te conocía.

—Sí, sí, todo lo cabrón que tú quieras, pero si me llegan a gustar las mujeres, no habrías venido a buscarme.

Lo miré, porque tenía toda la razón del mundo, por mucho que yo no quisiera admitirlo y él, que me lo notó en la cara, soltó una carcajada.

—Anda, so capullo, vamos a ver si la niña ya está lista.

—Sí, no nos vayamos a encontrar con otra sorpresita.

Cuando llegamos a la habitación, nos encontramos a Yurema completamente vestida y peinada, tan solo le faltaba recoger algunas cosas que no quería dejar allí.

Bajamos a recoger a mi padre, que estaba en la cafetería tomándose un refresco, a pesar de que eran ya más de las tres de la madrugada. Con todo este jaleo, habíamos perdido la noción del tiempo.

—Ponme uno de cola a mí también —dijo Yurema.

—Hija, siento mucho todo lo que mi hija te ha hecho pasar…

—Manuel, usted no tiene la culpa de nada.

—Sí que la tengo, de no haberla sabido frenar a tiempo.

—Tan solo de pensar en su mujer, cuando se entere de la muerte de su hija…

—Ya lo sabe.

—¿Cómo se lo ha tomado, papá?

—No voy a decir que no ha llorado, porque sí que lo ha hecho.

—Normal, es su hija, si no llorara sería una mujer sin corazón.

—Efectivamente, pero luego, cuando se ha calmado, lo único que ha dicho es que ya se ha terminado todo.

Nos mantuvimos en la cafetería un buen rato más, relajándonos, hasta que vimos que ya estaba amaneciendo. Cuando esto ocurrió, nos marchamos a la comisaría, dejando antes a Yurema en casa de su madre.

—Prométeme que volverás —me dijo.

—¿A qué viene esa pregunta?

—A que ya no puedo con más cosas, te lo prometo.

—Volveré, y nos marcharemos los tres durante un tiempo a algún lugar tranquilo, de vacaciones.

—No puedes, tienes que atender la empresa.

—De eso se puede ocupar Pelayo sin problemas.

—Y yo también puedo echar una mano —dijo mi padre.

Nos despedimos con un beso y nos marchamos en cuanto que la vimos que cogía el ascensor. Mi padre me miró, y supe que algo estaba tramando.

—Hijo, este barrio no es seguro, y me gustaría que su familia no pasara necesidades.

—¿Qué me quieres decir, papá?

—Sé que ahora la empresa es tuya, no mía, pero podías buscar la forma…

—De que mis cuñados empiecen a trabajar conmigo y dejen de contar hasta la última moneda. ¿No es cierto?

—Eso mismo, yo no lo podía haber dicho mejor.

—Pues pierde cuidado, que ya lo tengo todo pensado.

Y era cierto, pues, en mis ratos de soledad, me puse a pensar en cómo podía ayudarlos sin que lo sintieran como una obra de caridad, y había encontrado la fórmula perfecta.

Incluso los cambiaría de barrio, de vivienda, para que se sintieran más cerca de nosotros tres.

Capítulo 36



Yurema

En cuanto que entré en mi casa, mi madre me estaba esperando con los brazos abiertos. Hasta mi tía estaba allí, sentada en el sofá, nerviosa.

Les conté todo lo que había sucedido en el hospital, y como Sandra había muerto en el acto. Sabía que lo que les iba a decir sonaría cruel, pero era así como lo sentía.

—Creo que esto ha sido lo mejor para todos, incluida ella.

—No digas eso, Yurema, no se le debe desear la muerte a nadie.

—No le he deseado la muerte nunca, mamá.

—Tiene razón la niña.

—Su final era ese, tarde o temprano. Lo único que iba a hacer era alargar la agonía de esos padres.

Mi tía nos contó que había oído a su hijo decir que estaba en muy malas compañías. Algo así como un narcotraficante con una empresa como tapadera.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Y si ahora el narco venía a por nosotros? ¿Y si quería venganza por la muerte de su chica? Mi madre me lo notó en la cara, y no dudó en negar con la cabeza.

—No te montes películas, Yurema, de verdad.

—No son películas, puede suceder en cualquier momento.

—Claro, claro, ahora van a venir dos encapuchados a por nosotros.

—Desde luego, hija, que a fantasiosa no te gana nadie —remató mi tía.

Entré a darme una ducha y a cambiarme de ropa. Quería ponerme algo cómodo, porque no me iba a mover del sofá en todo el día.

En cuanto que mi niño se despertó, fui a cogerlo de la cuna. Ya le tenía su biberón preparado y, al verme, soltó un gorgorito de los suyos.

—Ya está aquí mamá, cariño mío, y no nos vamos a separar nunca.

Mi niño me obsequió con una sonrisa que me supo a gloria, y me lo comí a besos. Me puse a hacerle pedorretas en la barriga, y él no paraba de reír. Cuando me di cuenta, tenía a Borja en la puerta de la habitación.

—¿Cuándo has llegado?

—Llevo aquí ya un buen rato.

—No he oído ni la puerta, la verdad.

—Con las risas de este pequeñajo, es difícil escuchar nada.

Borja se acercó hasta nosotros y el niño, nada más verlo, levantó sus manitas, pidiendo que lo cogiera en brazos. Su padre no se hizo de rogar, y lo levantó de la cama, donde yo lo tenía sentadito.

—¿Qué te parece si vamos a ver a los abuelos? —preguntó.

—¿No es un poco temprano?, lo mismo y están durmiendo.

—Han sido ellos los que han llamado.

—Me da vergüenza ir. Su hija ha muerto por nuestra culpa…

—No te equivoques, Yurema. Si mi hermana ha terminado así no ha sido nada más que por su mala cabeza.

—Está bien. Es lo justo, que vayamos a verlos.

—Entonces, cámbiate de ropa, mientras que yo lo hago con este muchachito.

A estas alturas no iba a salir de la habitación, por lo que, me levanté de la cama y fui hasta el armario, de donde saqué un vestido y unos zapatos.

—No hace falta que te vistas de gala, mis padres han cambiado mucho.

—Pues no sabes lo que te lo agradezco, porque me matan los zapatos de tacón.

Soltamos una carcajada por la manera en la que lo dije y, el niño, al vernos reír, no dudó en hacerlo con nosotros.

Me puse un pantalón de lino con una camiseta, y unas zapatillas deportivas. Cogí una americana finita por si volvíamos tarde, ya que las temperaturas refrescaban.

—Hoy lo he dejado pasar, pero la próxima vez, llamo a tu madre para que se quede con el niño.

Sabía porque lo había dicho, y es que, sin ningún pudor, me había despojado de toda mi ropa para cambiarme, quedándome delante de él en ropa interior, una que brillaba por su ausencia, la verdad.

Pusimos al niño en su carrito, y nos despedimos de mi madre y de mi tía, cuando escuchamos la cerradura, era mi primo que, por fin, venía de comisaría.

—Si lo llego a saber, me hubiera quedado en mi antigua comisaría.

—Lo siento, primo, todo el trabajo que te hemos dado.

—Era una broma. Si no hubieras sido tú, habría sido cualquier otra cosa.

—Te mereces unas buenas vacaciones.

—Y las tendré. De hecho, ya las tengo, quince días libres por todas las horas y el trabajo realizado.

Su sonrisa me dijo que había mucho más detrás de todo aquello, y así nos lo confirmaron sus palabras.

—Ha caído toda la banda.

—¿En serio?

—Completamente, desde el más grande hasta el más pequeño.

—¿Cómo ha sido?

Nos sentamos un momento, pues necesitaba oír todo aquello salir de su boca. Los padres de Borja podían esperar media hora más, no se iban a mover de donde estaban.

Mi primo nos contó que el esbirro de Sandra resultó ser la mano derecha de su novio, el mafioso. Al verse acorralado y tras comprobar que en el teléfono de Sandra había mucha información, cantó lo más grande.

Eso sí, no lo hizo desinteresadamente, que, antes de dar nombres, fechas y lugares, logró que la fiscalía le aplicara una reducción de la condena. Aunque en su caso era insignificante, pues le caerían muchos años por todo lo que había hecho.

—Hace diez minutos que detuvimos al cabecilla.

—Gracias, primo, no sabes lo bien que me siento ahora.

—Tu prima pensaba que ahora serían ellos lo que vinieran a vengar la muerte de esa mujer.

—Esa mujer, y aunque a su hermano pueda dolerle escucharlo, es una de las muchas que tiene ese hombre.

—Exacto, la hubiera matado él mismo cuando se cansara de sus exigencias, que no serían pocas, conociendo a mi hermana.

Me fui de allí con una felicidad increíble, que se quedaría en nada en cuanto que Borja y sus padres me dijeran lo que tenían pensado.

Entramos por la verja de su mansión, porque eso no era una casa como tal, y me quedé con la boca abierta. Decir que era una maravilla se quedaba muy corto.

Su madre me recibió con un abrazo, pero de esos que se dan con sinceridad y no por compromiso. Me sentí bien, me sentí en casa, en familia.

—Pasad al salón, tenemos mucho que contaros —dijo Manuel.

—¿Sobre qué, papá?

—Sobre lo que hemos pensado tu madre y yo.

Mi suegro nos contó que esa casa era demasiado grande para ellos, y que habían encontrado una solución para todos. Yo miré a Borja, que parecía tan ajeno a todo como yo, y así era, porque él no sabía nada.

—¿Cuál es esa solución?

—Hemos pensado hacer una reforma, y convertir la casa en cinco apartamentos.

—¿Los vais a vender? —pregunté.

Tras mi pregunta, los padres de Borja soltaron una carcajada que me hizo sonreír. Mientras, mi hijo jugaba con los botones de la camisa de su abuelo, que no lo había soltado desde que llegamos.

—No, no los vamos a vender.

—¿Entonces? ¿Qué vais a hacer con ellos?

—Será uno para cada uno de los miembros de tu familia, y otro para nosotros.

—¿De verdad?

—Por supuesto, así estaríamos todos cerca de vosotros y de los nietos.

—Eso, porque no me pienso conformar tan solo con este.

Nos estuvieron contando su plan, que no era otro que, mientras que hacían la reforma, ellos se irían a vivir al ático. Yo miré a Borja, que entendió lo que le estaba preguntando con la mirada.

—Nosotros no viviremos allí.

—¿Dónde viviremos, debajo de un puente?

—De hecho, si hemos venido hoy, también ha sido para que veas nuestro nuevo hogar.

—¿Qué nuevo hogar?

—La casa que está al final del jardín.

Borja se levantó del sofá, tomó mi mano y me ayudó a levantarme. Me llevó hasta la nueva casa, que era una preciosidad. ¿Cómo se podía tener esto aquí y no darle uso?

—Esta casa se construyó para que vivieran mis abuelos, pero no dio tiempo.

—¿Fallecieron antes de que estuviera terminada?

—No, ellos si la vieron terminada, pero no les gustó.

—¿Qué tiene de malo?

—Según ellos, era demasiado pequeña. No entraría el servicio.

—Joder, supongo que cuarto de baño tiene, ¿no?

Borja soltó una carcajada, porque no se refería a ese tipo de servicio, sino a las personas que trabajaban para ellos. La cocinera, la chica de la limpieza, como así me lo hizo saber luego.

—¡Qué snobs, por favor!

—Por eso mis padres se comportaban así, porque ellos se lo exigían.

—Cuando murieron, ya estaban acostumbrados a actuar de esa manera.

—Exacto, y mi hermana, que era igual que mis abuelos, no los dejó quitarse el corsé.

—Por eso, cuando vinieron a verme al hospital, tu madre soltó lo que soltó.

Hicimos un tour por el interior, y no le faltaba de nada. Estaba hasta limpia, con todo el tiempo que llevaba cerrada. Contaba con dos plantas, bastante amplias, y una salida al jardín.

Era la casa de mis sueños.

Capítulo 37



Borja

Como el niño estaba con mis padres, que se encargarían de darle la fruta a la hora de la merienda, y nosotros nos encontrábamos solos en la casa, no quise dejar pasar la oportunidad.

Al llegar al dormitorio principal, me situé detrás de Yurema, aparté su pelo del cuello y comencé a besarla. La apreté contra mí, para que viera en el estado en el que me encontraba.

—Borja, el niño…

—El niño está con sus abuelos, y este es nuestro momento.

—Joder, me estás poniendo como una moto.

—Ese era el plan…

Le di la vuelta, poniéndola de cara a mí, y la besé con todas las ganas y la pasión que estaba sintiendo en ese momento, y que ella me correspondió.

—Creo que vamos a estrenar la cama antes de venirnos a vivir aquí —me dijo.

—La cama, la ducha y todo lo que nos encontremos por el camino —respondí.

Efectivamente, en pocos minutos, ambos estábamos completamente desnudos. Uno frente al otro, y tocándonos como si no hubiera un mañana.

La llevé hasta la cama, y la dejé allí de manera muy suave y cuidadosa. Abrí sus piernas y me situé entre ellas. Mi idea era besar todo su cuerpo, pero ella tenía otras intenciones.

Casi sin darme cuenta, me dio la vuelta, quedándose ella sobre mí. Y lo que pensaba hacer yo, lo hizo ella. Empezó besando mi cuello, y fue bajando hasta llegar a la V que se formaba en mis bajos abdominales.

Con mucha delicadeza, pero no por ello menos sensual, Yurema cogió mi miembro con sus manos, y lo llevó hasta su boca. Cuando estaba a pocos centímetros de él, sacó su lengua y lo lamió.

Después de eso, lo metió en su boca, donde lo chupó y lo degustó a placer, nunca mejor dicho. No podía dejar que siguiera, porque no era ahí donde quería terminar.

La levanté con cuidado, y puse su sexo a la altura de mi boca. Si moverme prácticamente ni un centímetro, paseé mi lengua por toda su extensión, haciéndola gritar de placer.

En el momento en el que tuvo su primer orgasmo, volví a bajarla hasta mi miembro, dejando los dos sexos a la misma altura. No me hizo falta decir nada más, ella supo lo que yo quería, lo que ambos queríamos y necesitábamos.

El baile de nuestras caderas mientras que estábamos unidos por nuestros sexos fue el más sensual y excitante de mi vida. Os puedo decir que fue corto, pero intenso, porque ninguno de los dos aguantó mucho.

—Será mejor que nos demos una ducha y volvamos.

—¿Estás loco?

—¿Por qué dices eso?

—Porque, si nos duchamos, tus padres van a saber que nos hemos acostado juntos.

—Claro, porque ahora piensan que estamos jugando al ajedrez.

Yurema me dio un manotazo que me hizo soltar una carcajada. Me levanté y la cogí en brazos, llevándola a la ducha conmigo.

—¿No hay un secador de pelo?

—Claro, y unas planchas también.

—No me gusta cuando te pones irónico.

—Pues a mí me encanta ver tu cara en estas situaciones.

Salimos de allí y volvimos a la casa principal dando un paseo. Ella decía que no quería que mi madre la viera con el pelo mojado.

—Si tenemos que esperar a que se te seque el pelo, volveremos para la Comunión del niño.

—De verdad, cuando te pones así, eres odioso.

—No, para ti, siempre soy odiosamente irresistible.

—Creído…

—Realista. Si hubieras querido, me hubieras parado.

—Pero, es que no quería.

—Entonces, atente ahora a las consecuencias.

Salí corriendo, haciendo que ella tuviera que hacerlo conmigo, pues la llevaba cogida de la mano. Por un instante una imagen así, pero en la que de la mano llevaba a Sandra, acudió a mi mente.

Fue cuando era una niña, cuando todavía no se había convertido en la mujer que fue después, y una pena me agarró el alma. Yurema lo notó, y se frenó en seco.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, pierde cuidado.

—Nada no, algo te ha ocurrido.

—Han venido a mi mente imágenes de mi hermana y mías, cuando todavía éramos dos niños.

—Tiene que ser muy duro, lo sé.

—No te lo puedes imaginar.

—Si alguno de mis hermanos actuara como ella…

—No podrían, tienen demasiado buen corazón.

Era cierto, no estaba diciendo ninguna mentira. Sus hermanos eran dos buenazos. Me refería a los dos mayores, porque de los pequeños poco conocía.

Yurema me contó que con quién se llevaba mejor de todos era con Pablo, que había sido su mejor amigo y su confidente durante mucho tiempo, y eso me hacía tener cierto cariño y feeling con él.

—Ya estamos de vuelta…

—Veo que os ha cundido la visita.

—Por favor, que vergüenza —murmuró Yurema.

—Hija, sois una pareja, lo extraño sería que no tuvierais ni buscarais estos momentos.

Mi madre se acercó a ella, y se la llevó hasta la cocina, dejándonos a mi padre y a mí solos en el salón, bueno con Héctor, que no se separaba de su abuelo.

—Hijo, ¿qué le ha parecido la casa?

—Un sueño, papá.

—Tengo muchas ganas de que podamos vivir aquí pronto, todos juntos.

—No sé si María y Camelia accederán a esto, ya sabes lo cabezotas que son.

—Estoy seguro de que ambos sabréis convencerlas.

—Eso espero, porque yo también quiero tener a todos cerca.

Durante un buen rato estuvimos mi padre y yo hablando del tema de la reforma, así como del viaje que quería hacer con Yurema y el niño. No sabía dónde, pero quería que fuera un lugar tranquilo, en el que relajarnos.

Mi padre me habló de unas cabañitas que había en la sierra, donde el río estaba cerca y que eran una verdadera preciosidad.

La curiosidad me pudo, así que, cogí el móvil para buscar el enclave del que mi padre me había hablado. No puedo decir otra cosa más que era de ensueño.

No le dije nada y reservé una cabaña para la semana siguiente, durante diez días. Era algo que necesitábamos los dos, encontrarnos, y no de una manera sexual, que en eso no teníamos problemas.

Nuestro encuentro tenía que ser algo más simple. Dos almas que necesitan sanar y que quieren hacerlo juntas. Era así de sencillo.

—Ya la tengo, mira.

—Es preciosa y a Yurema le encantará.

—Sí, ya más tarde haremos un viaje al extranjero, pero ahora no es el momento.

Justo terminaba de hablar eso con mi padre, cuando entraron las dos riendo, con una fuente de filetes y otra de patatas, así como varios platos más.

—Los hombres, como siempre, sin saber en la hora en la que viven.

—Mamá, los hombres, como tú dices, estábamos hablando de algo importante.

—De fútbol, como si lo viera.

—No, mira por dónde ese tema no lo hemos tratado —respondió mi padre.

Entre todos pusimos la mesa, pero el primero que comió fue mi hijo, un puré de verduras con ternera que le había preparado la abuela. No sé de dónde salió, pero mi hijo señalaba una trona que había junto a la chimenea.

—¿Y esta trona?

—La compró tu padre ayer, por internet, y la han traído esta mañana.

—Cuando llegamos no estaba, o la hubiera visto.

—Sí que estaba, pero en su cuarto.

—¿Su cuarto?

—Pues claro, para cuando venga a dormir aquí.

—No me lo puedo creer.

—Ya lo veréis más tarde.

—Además, requisito indispensable para venir a vivir aquí es que todas las casas tengan un cuarto para mi nieto.

—Como si hiciera falta obligarlos a quedarse con el niño —contestó Yurema.

La cena transcurrió entre bromas y risas. Jamás se me hubiera pasado por la imaginación estar así con mis padres, con lo clasistas que eran. Como habría dicho Inés: "para mear y no echar gota".

Llegó la hora de marcharnos, pues Héctor tenía que tomar su baño y se estaba quedando dormido. Prometimos volver a comer al día siguiente, con toda la familia, ya que mi padre quería contarles a todos sus planes.

Me supo mal que Pelayo se quedara fuera de todo esto, y así se lo hice saber a mis padres, que no dudaron en que él estuviera presente, al igual que su chica.

Teníamos que hacerle también la propuesta de trabajo a mis cuñados, incluido Pablo, que, a su corta edad, ya había terminado el curso de contabilidad que estaba haciendo.

Con él tendría doble rasero, porque quería que estudiara una carrera, la que él quisiera, y esa sería la condición para que se ocupara de las redes de la empresa.

Ese era el trabajo de Sandra, aunque bien poco hacía, puesto que, después de comprobar todo, nos dimos cuenta de que usaba esa cuenta para sus promociones y sus cosas.

No le quisimos decir nada a mi madre, porque ya tenía bastante la pobre como para añadir aún más dolor. Por eso, mi padre y yo, que éramos los que lo sabíamos, decidimos guardar silencio.

Capítulo 38



Yurema

El ratito que pasé con Mercedes en la cocina me supo a poco, y así se lo trasladé a mi madre, en cuanto que llegamos a mi casa. Borja insistió en que nos fuéramos al ático, pero no podía, era superior a mis fuerzas.

—Lo entiendo, no pasa nada.

—Prefiero que, cuando nos vayamos a vivir juntos, sea en la casa nueva.

—Está bien, pero no cuando la obra de la reforma se haya terminado.

—Vale, cuando volvamos de ese misterioso viaje, nos instalamos allí.

Se fue, una vez que el niño estuvo bañado y dormidito. Él se encargó de hacer ambas cosas, mientras que yo me daba una ducha y me ponía el pijama.

Al día siguiente iríamos todos a casa de "mis suegros". No sé por qué, pero me resistía a utilizar esa palabra, era como si no tuviera cabida en mi vocabulario.

Me despedí de Borja en la puerta, con un beso de dos rombos, como decía mi primo Álvaro, que subía en ese momento por la escalera, pues el ascensor estaba estropeado.

—Mañana nos vemos, preciosa.

—Vale, estaremos listos a las diez.

—Sí, y aprovechamos el viaje para ir llevando cosas tuyas a la casa nueva.

—Y del bebé.

—Del niño tan solo tenemos que llevar su ropa, todo lo demás ya estará en la casa.

—¿Perdona?

—Pues que he quedado con Pelayo a las ocho para llevarlas.

—Si lo prefieres, podemos ir con alguno en el coche.

—De eso nada, de mi mujer y de mi hijo me ocupo yo.

—Ya salió el macho alfa —dijo Álvaro.

—Ni que lo digas, primo.

—Pensad y decid lo que os plazca, pero yo seguiré haciendo y diciendo lo mismo.

Entré en mi casa, pues, después de todo el lío que habíamos tenido durante el día estaba completamente agotada. Ni diez minutos después, y viendo que no podía sostener ninguna conversación, pues se me cerraban los ojos, me fui a la cama.

A la mañana siguiente, mi hijo se encargó de despertarme temprano. Parecía que sabía que íbamos a casa de sus abuelos, porque lo hizo con una sonrisa en la cara.

—Veo que tú también estás impaciente por ver a papá —le dije.

—Hija, si el niño te contesta, te prometo que lo llevo a Cuarto Milenio.

—Mamá, ya lo sé, hija, es una manera de hablar.

Saqué a mi hijo de la cuna, le cambié el pañal y le di el biberón, para, después, cambiarlo de ropa. Preparé la bolsa del niño, así como una maleta con ropa mía, que llevaría para dejar en la casa nueva.

—No entiendo esa prisa que os ha entrado por marcharos a vivir a esa casa.

—Mamá, hemos pasado por tantas cosas, que no queremos esperar más.

—Ay, hija, pero es que está tan lejos de aquí…

—Bueno, lo mismo te toca una lotería y te puedes ir a vivir a aquella zona.

—¿Una lotería? Me tendría que tocar una primitiva para poder tener para pagar la entrada de una de esas casas.

Justo terminábamos de vestir al niño, cuando llamó Borja al telefonillo. No tenía que subir, porque, el día anterior, en cuanto que nos dimos cuenta de que no había ascensor, dejamos el carrito del bebé en el maletero del coche.

—Pablo, ¿me ayudas a bajar la maleta, por favor?

—Claro, hermanita, ahora mismo.

—¿Qué te ocurre, Pablo?

—Que os voy a echar de menos, al bebé y a ti.

—Puedes venir a visitarnos cada vez que quieras.

—Lo intentaré, pero tampoco quiero molestar, querréis intimidad y eso.

—No molestas, te lo prometo.

Borja y su padre me pidieron, por favor, que no les dijera nada a mi familia de lo que tenían pensado, y por eso yo no les había contado nada. Sería toda una sorpresa.

—Pablo, ¿te vienes con nosotros? —preguntó Borja.

Mi hermano mostró su mejor sonrisa, y no dudó en decirle que sí. Tan solo tenía que subir a recoger su mochila, nada más.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por darle a mi hermano su lugar. Lo está pasando mal con la distancia.

—No habrá ninguna distancia entre vosotros.

—Ya, pero él aún no lo sabe.

—Como tampoco sabes tú algunas de las cosas que vamos a hablar hoy en esta comida.

Mi hermano entró en el coche, y nos quedamos con esa conversación a medias. No quería ser entrometida, pero me podía la curiosidad. Tan solo esperaba que no tardaran mucho en decirlo.

Paramos primero en nuestra casa, y mi hermano se ocupó de llevar a Héctor en brazos, para no tener que sacar el cochecito del maletero. No nos llevaría mucho tiempo, pero el niño, en cuanto que el coche se paraba, no quería permanecer en la silla de seguridad.

En cuanto dejamos la maleta y las cosas del niño en la habitación, nos marchamos para la casa principal. Mi hermano se quedó prendado de la zona y de la casa, y decía que le teníamos que poner un sitio para cuando viniera de visita.

Borja, después de ese comentario, me miró, sonriente, asegurándole que tendría su propio dormitorio, cosa que a él le encantó.

—Ya estamos todos —dijo Manuel.

—Entonces, pasemos al salón y tomemos algo.

—Sí, que tenemos mucho de lo que hablar.

—Consuegro, cuando me toque la primitiva, me vendré a vivir a esta urbanización —dijo mi madre.

—No va a hacer falta que te toque ninguna lotería.

Cuando mi madre escuchó de boca de mis suegros lo que tenían pensado hacer, no se lo creía. Lloró como una niña pequeña, pero le hizo prometer a Manuel y a Mercedes que de la comida se encargaría ella, a modo de agradecimiento.

Mi hermano Juan también se quedó asombrado, puesto que no esperaba que ellos, los mayores, estuviesen incluidos en el lote de aquellos apartamentos.

—Y ahora me toca a mí —dijo Borja.

—¿Tú? ¿Hay más sorpresas?

—Por supuesto que sí.

—Pues no sé qué más nos puedes ofrecer, la verdad.

—Tranquilidad y estabilidad económica.

—¿Perdona? No sé a qué te refieres —preguntó Pedro.

—Sé que lo de los puestos es vuestra vida, pero no podéis estar siempre con la incertidumbre de si llegareis a fin de mes o no.

—Eso es lo que tiene ser autónomo y vivir de las ventas.

—Ya, pero no es lo que quiero para mi familia.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos?

—Veniros a mi empresa a trabajar conmigo.

Borja les contó lo que tenía preparado para cada uno. Mis hermanos lo miraban entre la incredulidad y la gratitud.

Había llegado el momento de proponerle a Pablo lo que tenía pensado para él, mi chico estaba seguro de que aceptaría sin pensarlo.

—En cuanto a ti, Pablo, quiero que seas el responsable de las redes de la empresa.

—¿Me lo dices en serio?

—Completamente. Pero, a cambio, quiero que hagas algo.

—Lo que tú me pidas.

—Quiero que curses una carrera universitaria, por supuesto, yo me encargo de todo el tema económico.

—¿Una carrera? ¿Cuál?

—La que quieras, la que más te guste, la que consideres que te vendrá bien para el trabajo.

—Entonces, me matricularé en Marketing y Publicidad.

—¿Estamos de acuerdo entonces?

—Por supuestísimo que sí.

El ambiente se volvió de lo más distendido. Mis hermanos hablaban con Borja sobre cuando podrían incorporarse, y mi madre y mi tía les decían a mis suegros lo contentas que estaban de poder vivir tan cerca del bebé.

—Amiga, al final, has tenido suerte —me dijo Inés.

—Sí, la realeza ha resultado ser más del pueblo que una rotonda —contestó Pelayo.

—No me podían haber acogido mejor, la verdad.

—Y a tu familia, que también es importante.

—Y a ti, Inés, que no me he olvidado de ti —le dijo Borja.

—¿A mí? ¿Qué tienes conmigo?

—Espero que nada, a no ser que quiera probar el sofá de la casa nueva.

—No me seas tonta, sabes que la quiero como si fuera tu hermana.

—Es que lo soy, chaval, aunque no lleve su sangre.

—Pues para ti también tengo un puesto de trabajo.

—¿Podré tirar el cubo y la fregona a la basura? Dime que sí, por lo que tú más quieras.

—Puedes tirarlo desde este mismo momento, si es tu deseo.

—Ay, ¡qué bonito es mi cuñado, coño!

Soltó ella, y todos nos echamos a reír. Cuanto tiempo hacía que no nos veía así, sin preocupaciones, sin problemas que no fueran los que le salen a cualquiera en su día a día.

Borja le contó a Inés que su trabajo consistiría en atender la recepción de la bodega, anotar los eventos y organizar las citas guiadas. Ella no sería la guía, pero sí la que se encargaría de que no hubiera errores a la hora de citar a los grupos.

Ni que decir tiene que mi amiga cobraría el doble de lo que estaba cobrando ahora por limpiar. Hasta mi cuñada Mayte trabajaría en la empresa de mi chico.

Según Borja, su secretaria se marchaba de baja maternal y alguien tenía que suplirla. Luego, cuando se incorporara, ya verían dónde la colocaban.

Capítulo 39



Borja

Nos estábamos preparando para irnos a la sierra, a esas cabañitas tan bonitas que había, en la que tenía la reserva. Por supuesto, Héctor venía por delante y, a pesar de que allí nos facilitaron de todo para él, no podíamos evitar ir cargados de tiestos.

—Mujer, no metas nada más que nos vamos a tener que salir nosotros —le dije.

—Es lo básico, lo que todo niño debe tener, vaya donde vaya.

—Claro, los muñecos, la alfombra de juegos, tan solo te falta que metas un piano de cola por si el niño se decide a aprender solfeo.

—¿Te he dicho ya que no me gusta nada tu vena irónica?

—Millones de veces, pero a mí me da igual.

—Ya lo veo. Por cierto, ¿tardaremos mucho en llegar?

—No, como un par de horas, más o menos.

—Dios mío, dos horas metida en un coche con un niño de seis meses.

—Ten paciencia, mujer, lo mismo se queda dormido.

¿Dormido? Un mojón como una catedral de grande para mí, y otro para su madre. El niño, en cuanto que llevábamos como veinte minutos circulando, se aburrió, y ya no sabíamos que hacer para entretenerlo.

Le cantamos, le bailamos, le dimos su muñeco preferido, y no había nada que hacer. En cuanto vi el cartel de una gasolinera próxima, no dudé en tomar el desvío.

—¿Qué haces?

—Parar, vamos a estirar un poco las piernas, comemos algo y así Héctor también cambia de aires.

—Sabes que, una vez que lo saquemos nos va a costar media vida volverlo a sentar, ¿verdad?

—Cuando volvamos, ni se acordará de que iba ahí sentado antes.

Estuvimos media hora en la gasolinera, ya que tenía una cafetería y pudimos darle a Héctor su biberón de media mañana. Nosotros aprovechamos para ir a hacer pis, y comer algo.

Cuando salí del baño, vi a Yurema con Héctor en sus brazos, se había quedado dormido. Así, parecía un angelito, pero cuando sacaba el genio, era clavadito a su madre.

—Por fin se ha dormido.

—Esperemos que continue así hasta que lleguemos al pueblo.

—Todavía no me has dicho nada sobre dónde vamos.

—Ni lo pienso hacer. Es una sorpresa.

Había hablado con el gerente el día anterior, pues quería tener allí preparada una sorpresa para Yurema, y no me daba tiempo de prepararla yo mismo.

Le conté mis intenciones, y el hombre, que era la amabilidad en persona, no dudó en ayudarme. En el bolsillo de mi chaqueta llevaba lo más importante, y que había ido a comprar con Pablo, que era la persona que mejor la conocía.

El niño nos dio una tregua, y se despertó justo cuando estábamos llegando a la cabaña que nos habían asignado.

Cuando mi chica se bajó del coche y vio lo bonito que era todo, no se lo pensó, y se acercó a mí, dándome un beso que lo dijo todo.

—Vamos dentro —le dije.

—Sí, porque si por fuera es así, no me quiero imaginar cómo será por dentro.

—No saques nada del coche todavía, tan solo al niño.

Cuando Yurema abrió la puerta y vio lo que le tenía preparado, dos lágrimas le recorrieron la cara. El gerente se había portado super bien, y había plasmado todo lo que yo tenía en la cabeza.

El suelo estaba repleto de pétalos de rosas, formando un camino que nos llevaba hasta el dormitorio. Allí, en la cama, y con los mismos pétalos, había un corazón con la forma de dos anillos en su interior.

Mi chica se llevó una mano a la boca, porque con la otra sujetaba al niño. No se lo quité de los brazos porque, si lo hacía, no podría hacer lo que tenía pensado.

Saqué la cajita que llevaba en el bolsillo interior de mi chaqueta, y me arrodillé delante de ella.

—Yurema… ¿quieres casarte conmigo?

—Borja, por supuesto que quiero.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Quiero llegar a ser una viejecita contigo a mi lado.

—Y repletos de nietos que jueguen a nuestro alrededor.

Nos besamos y Héctor, como si supiera que había pasado algo importante para sus padres, se puso a aplaudir, sacándonos una carcajada a los dos.

Esa noche hicimos el amor como nunca lo habíamos hecho, demostrando en cada gesto, en cada caricia, lo mucho que nos queríamos. No fue nada a la ligera, sino que nos tomamos nuestro tiempo.

Cada caricia era un "te quiero", con cada beso nos decíamos "te amo" y así estuvimos hasta bien entrada la madrugada.

Los días pasaron demasiado rápidos, y ya tocaba volver a casa. Sus hermanos se habían ocupado de la mudanza de Yurema hasta la casa nueva, en la que empezaríamos de nuevo, como una familia, como la familia que éramos.

Ella estaba ajena a esto, pues pensaba que lo haríamos durante la semana y que, una vez que tuviéramos todo listo, nos iríamos a vivir allí.

—¿Vamos a ver a tus padres?

—No, mis padres ya están instalados en el ático.

—¿Ya han empezado las reformas?

—Sí, desde hace unos días.

—¿No crees que es muy pronto para ver cómo van?

—¿No crees tú que estás haciendo demasiadas preguntas?

—Hijo, es que no entiendo nada. Pensé que me llevarías a casa.

—Y a casa te estoy llevando.

Ahí fue cuando ella lo entendió todo, cuando abrió la puerta de nuestra casa y la vio completamente decorada a su gusto.

Eso fue un trabajo de Pablo, que lo hizo de manera excelente, además. Se encargó de comprar cortinas, cuadros, objetos de decoración, todo al gusto de su hermana.

—Dios mío, es precioso.

—Bienvenida a nuestro hogar.

Con lágrimas en los ojos, se abrazó a mí, mientras que Héctor estaba en la alfombra del salón. Una que su tío se encargó de que fuera mullida, por si había alguna caída, y en la que él se encontró la mar de a gusto.

Había quedado con todos en que vinieran a comer. Por supuesto no lo haríamos dentro de la casa, con el día tan bueno que hacía. Lo haríamos en la zona de la barbacoa.

Mis padres no tocarían nada de eso, ni la piscina, ni el campo de futbol que teníamos de cuando éramos pequeños. Esta parte tan solo necesitaba mantenimiento, y ya me había encargado de que todo estuviera listo, contratando una empresa para que lo hiciera.

Pelayo e Inés fueron los encargados de comprar la carne, mi suegra hizo una fuente de ensaladilla, y mi madre se encargó del postre. Nosotros tan solo pondríamos el vino, que no podía ser de otra parte que de mi bodega.

—Oye, Borja, hay algo de lo que no hemos hablado.

—Tú dirás, ¿qué te atormenta?

—No pienso quedarme mano sobre mano… Así que, ya me puedes ir buscando a mí también un puesto de trabajo.

—No tengo que hacerlo.

—¿Cómo qué no? Pues vuelvo al puesto, así que, tú verás.

—Quieta, fierecilla. No tengo que hacerlo porque ya lo he hecho.

—Ah, ¿sí?

—Claro, tú serás la subdirectora de la bodega. Te encargarás conmigo de todo.

—¡Si yo no tengo ni idea de cómo se hace eso!

—Nadie nace sabiendo, Yurema. Yo te enseñaré.

Ver la sonrisa en su cara me llenó más que cualquier otra cosa. Tanto es así que, en cuanto llegaron sus hermanos, tuvo una idea fantástica, que yo apoyé, por supuesto.

—Se me ha ocurrido una cosa con la ropa que tenemos del mercadillo.

—¿El qué, enana? —preguntó Juan.

—¿Por qué no hacemos una venta exprés de esas y donamos todo el dinero a la gente necesitada del barrio?

—Me parece una idea fantástica y os ofrezco uno de los salones de la bodega.

En veinte minutos lo teníamos todo organizado, el anuncio puesto en las redes sociales y la fecha en la que se haría, que sería esa misma semana, el sábado.

Los mensajes se sucedían uno tras otro, y no pudo tener mejor acogida que la que tuvo. Durante la venta, mucha gente decía que los echarían de menos en el mercadillo, y eso, quieras que no, era un motivo de orgullo.

Más de dos mil euros se recaudaron entre la ropa, la bisutería y los zapatos. Los percheros se quedaron completamente vacíos. Mi madre, que siempre ha sido de utilizar prendas de firma, se maravilló con algunos de los vestidos, que no dudó en comprar.

Mis cuñados les dejaron sus casas a dos parejas que se habían quedado embarazadas, eso sí, tendrían que esperar hasta que la reforma estuviera lista, que tardaría un par de meses.

Mi suegra y su hermana las donaron a una asociación de mujeres maltratadas, como pisos donde refugiarse hasta que encontraran su camino. Decían que había que ser agradecidas y devolver, al menos, una parte de lo que la vida les había dado a ellas.

Álvaro nos pidió permiso para edificarse una casita como la nuestra en una parte del terreno, ya que decía que tenía una edad para continuar viviendo con su madre, y le dimos el consentimiento, por supuesto.

Capítulo 40



Yurema

Había llegado el momento de la boda, y me encontraba de los nervios. La peluquera y la maquilladora ya estaban en mi casa para arreglarme. Mi chico estaba en casa de sus padres.

La reforma ya se había terminado. Habían tardado un poco más de lo normal, pero había quedado de dulce. De la casa habían salido cinco pisos de diferente tamaño.

Por ejemplo, el de mi madre tenía cuatro habitaciones, el de mi tía y el de mis suegros, dos. Pedro contaba con uno de tres, al igual que Juan, que se había enamorado de una de las chicas que trabajaban en la bodega.

Me llevaría al altar mi hermano Pablo. No tuve dudas al respecto, y así se lo comuniqué al resto. No podía ser de otra forma pues, si él no hubiera tenido esa idea, no estaría donde estoy ahora.

Había elegido un vestido de corte romántico, de cuello barco y cuerpo de sirena. Nada ostentoso, nada espectacular, pero sí de lo más especial, como lo requería el momento.

En el pelo había decidido que llevaría un recogido formado con mis rizos, y en el que le pusieron muchas florecitas blancas, que no eran tales, ya que iban todas pegadas a una especie de redecilla.

Me imaginaba la cara de mi futuro marido si tenía que quitar todas esas flores de mi pelo, y me salió una carcajada.

—¿De qué te ríes, loca? —me preguntó Inés.

—Me estoy imaginando la cara de Borja cuando vea las flores del pelo.

—Te corta la melena antes de llegar a la cama esta noche.

Nos estábamos riendo, cuando llegaron mi madre y mi tía. Al verme, no pudieron evitar soltar más de una lágrima, y eso que todavía no me había puesto el vestido.

Entre las tres me ayudaron a vestirme y cuando ya estaba lista, llamamos a mi hermano Pablo para que me ayudara a salir. Mi hijo sería el que llevaría las alianzas, había aprendido a andar y estaba para comérselo.

No me habían dejado verlo, porque, según mi suegra, tenía que ser una sorpresa. Mi cuñada Mayte sería la encargada de vestirlo y llevarlo hasta la catedral, que era donde nos casábamos.

—Hermana, no se puede estar más bonita que tú.

—Tú también estás guapísimo.

—Cuando Borja te vea, se va a caer de espaldas.

—No será para tanto.

—Te quiero pedir una cosa.

—Dime, lo que sea sabes que te diré que sí.

—Quiero que tu boda sea el broche final de los perfiles de las redes sociales del mercadillo.

—Está bien, pero no lo subas hasta que no haya terminado todo.

—Por supuesto, no tengas ninguna duda.

Grabamos un vídeo en la misma puerta de mi casa, mientras me subía al coche y durante todo el trayecto hasta la catedral. Lo próximo que se grabaría sería el "sí quiero", pero de eso se encargaría Pedro, ya que Pablo estaría conmigo en el altar.

Cuando vi a mi hijo, esperando a que yo llegara, no pude evitar soltar una carcajada. Le habían puesto el mismo traje que a su padre, el mismo fajín y la misma pajarita.

—Míralo, si es el muñeco de la tarta —le dije a Pablo.

—No se puede tener más arte que él.

Al levantar la mirada, vi a Borja, que me miraba con la boca abierta. No se esperaba para nada que fuera así vestida, como me dijo más tarde, cuando terminó todo.

—Estás preciosa, cariño.

—Vosotros también estáis guapísimos.

El sacerdote empezó la ceremonia, durante la cual, ninguno de los dos podía apartar la vista del otro. Y llegó el momento de nuestros votos.

—Yurema, desde que te vi la primera vez a través de la pantalla de móvil, supe que eras especial, así lo sentí y así lo he descubierto cuando te he conocido.

—Menos mal que lo has hecho luego, si lo haces antes, no te casas —dijo mi hermano Juan.

—Cállate, aguafiestas —le dije.

—Pasaría por todo de nuevo si el final fuera el mismo. Bueno, por todo no, que el momento en el que se llevaron a nuestro hijo fue una tortura. Como tú bien dijiste un día, quiero hacerme viejecito a tu lado, te amo.

Cuando terminó, todo el mundo estaba llorando de la emoción. Incluida yo, que menos mal que me pusieron maquillaje waterproof.

Era mi turno y, os prometo que, todo lo que tenía pensado decir, todo lo que me había preparado, se me había olvidado por completo.

—Borja, eres el hombre que siempre soñé, cumples con todas mis expectativas. Eres cariñoso, bromista y un amor de persona. Si como pareja eres un diez, como padre eres un veinte. Te amo y te amaré por el resto de mis días.

El sacerdote concluyó la ceremonia con el típico "puede besar a la novia", pero mi hijo se puso en medio. Últimamente tenía mucho celo con nosotros, y no dejaba que nos acercáramos el uno al otro.

—Mío, mía —dijo.

—Vale, vale, campeón, los dos somos tuyos, pero déjanos que nos demos un beso.

—Mí.

—¿Qué te lo demos a ti?

—Sí.

Y eso hicimos, darnos un beso a través de nuestro hijo. Fue una estampa de lo más simpática, que todo el mundo se apresuró a dejar plasmada en una foto.

Tras ese momento, nos fuimos hasta el restaurante en el que comeríamos con nuestros amigos y nuestra familia. A pesar de que Borja era muy conocido entre la prensa, no tuvimos problemas con ellos.

—Señores del Monte, ¿qué tal ha ido todo?

—Ha ido todo de maravilla, gracias.

—¿Cómo se sienten?

—¿Cómo podríamos sentirnos? Pletóricos.

—¿Saben ya que la llaman la Cenicienta española?

—Gracias, de verdad, pero tenemos que entrar.

—Ahora os sacarán unas viandas para que lo celebréis con nosotros.

Entramos en el restaurante, donde ya estaban todos esperando. No era una boda multitudinaria, pues no la queríamos así. Tan solo estábamos nosotros y nuestras familias. Nada de compromisos laborales, ni de ningún otro tipo.

No podíamos evitar pensar en Sandra, incluso le llevamos un ramo de flores a su tumba el día anterior. No le guardaba rencor, había aprendido que, cuando alguien no está bien de la cabeza, es capaz de hacer cualquier cosa.

Comimos y bebimos lo más grande y, a la hora del baile, me fui con mi amiga Inés. Tenía una sorpresa para Borja, y quería que fuera en ese momento. Me cambié de vestido, y me puse uno mucho más sexy.

Nadie sabía de la existencia de ese vestido, ni siquiera mi madre, tan solo Inés y yo. Este era de tirante fino y escote en V, tenía la espalda fuera y una apertura en la pierna que me llegaba hasta medio muslo.

Cuando llegué de nuevo al salón y todos me vieron, se quedaron boquiabiertos, empezando por mí ya marido y terminando por mi primo, que había acudido con Gonzalo, su "compañero".

—¿De dónde has sacado este vestido? —me preguntó mi primo.

—De una tienda.

—Estás espectacular —dijo Gonzalo.

Veía a mi marido mirarme con ansia, me estaba devorando con la mirada, y eso me hacía sentir poderosa. Me acerqué a él, que aprovechó que el niño se había quedado dormido, para besarme como quiso hacerlo desde que dimos el sí quiero.

—Estoy deseando que todo esto termine para irnos a la habitación.

—Podemos hacer una escapadita así, como quien no quiere la cosa.

Me miró y supe que lo íbamos a hacer. Sería rápido, sería intenso, pero sería nuestra locura de la boda.

Me llevó hasta un baño que había al final de pasillo, donde nos encerramos con llave. No tuvo que hacer mucho, pues el vestido que llevaba puesto le daba todas las facilidades para llegar hasta mi sexo.

No besamos de una manera pasional y desesperada. Me apoyó en el mueble, apartó mi vestido y me penetró de una sola embestida.

Aguantó hasta que llegué al orgasmo, para seguirme con su propio placer. Nos miramos un momento, y soltamos una carcajada. El deseo había sido tan grande que no nos dio tiempo a llegar ni a la habitación.

Nos aseamos un poco y volvimos al salón, pero parecía que llevábamos en la cara un letrero que decía: "venimos de follar", pues todo el mundo nos sonreía, a modo de saludo.

—Te quiero, Yurema.

—Te amo, Borja.

Bailamos nuestra primera canción como marido y mujer, que no fue otra que "Valió la pena" de Marc Anthony. Porque sí, porque lo nuestro, a pesar de todo, había valido la pena.

Sellamos ese baile con un beso, y esa fue la foto que salió en la prensa al otro día. Borja y yo habíamos decidido que entrara la prensa durante el baile, y así se lo hicimos saber a los invitados, por si alguno no quería salir.

Fue una boda de lo más bonita, y todavía nos esperaba la luna de miel.

Epílogo



Borja

Veinte años después…

Habían pasado veinte años desde que nos dimos el sí quiero aquella tarde, y seguíamos tan enamorados como ese primer día. Ahora estábamos viviendo un amor más maduro y asentado, con nuestros hijos y todos los nuestros.

Héctor tenía ya veintiún años, y era un estudiante de primera, al igual que de ligón. Raro era el fin de semana que no decía que había quedado con una o con otra.

Era guapo, inteligente y con una personalidad arrolladora. Estaba estudiando Económicas y Empresariales, y se había matriculado en dos cursos a la vez, pues decía que se aburría con un solo curso.

Nuestro hijo era el fiel compañero y protector de su hermana, Paula, que contaba ya con dieciocho años. Si Héctor se parecía a mí, su hermana era un calco de su madre.

Mismo pelo, mismo color de ojos y mismo carácter. Con ella no podía nadie, y lo había demostrado días antes, mientras me hacía una visita en la empresa.

Coincidió con Natasha, con la que seguíamos haciendo tratos laborales. Se percató de la manera en la que me estaba mirando y coqueteando. No era la primera vez que lo hacía, pero Yurema la conocía y me conocía, y se lo tomaba a guasa.

No así ella, que le faltó tiempo para ponerla en su sitio. Con mucha educación, eso sí, que las formas no las perdía nunca en la vida.

—Señora, no sé si usted sabe que mi padre está felizmente casado, tanto, que están esperando a su tercer hijo —le dijo.

Me quedé completamente sorprendido, pues no sabía nada, pero pensé que era la manera que tenía para que me dejara en paz, así que le seguí la corriente.

—Muy bueno eso del embarazo —le dije.

—¿Mi madre no te ha dicho nada todavía?

—¿Perdona?

—Joder, como siempre, yo metiendo la pata.

—No te preocupes, que me haré el sorprendido.

—Papá, todos en casa sabemos que tú no sabes mentir.

—¿Cómo qué yo no sé mentir? Eso no es cierto.

—Claro, por eso cuando le hiciste la sorpresa a mamá por su cumpleaños, no lo adivinamos ninguno.

—Tu madre no lo hizo.

—Mi madre…

—¿Qué le pasa a tu madre?

—Mamá, he metido la pata y le he contado a mi padre lo del embarazo.

—¿Qué embarazo?

—El tuyo, mamá, que yo todavía no tengo edad para eso, a pesar de que tú tuviste a mi hermano con un año más que yo.

—Tú sigue estudiando, y déjame a solas con tu padre.

Mi hija salió del despacho con una sonrisa en los labios, y me di cuenta de que me la había vuelto a jugar. Ella era así de bromista, aunque muchas de sus bromas no me hacían ni puta gracia.

—Me la ha vuelto a jugar, ¿verdad?

—Y bien jugada, cariño.

—Cualquier día, cuando me diga algo en serio, no me la voy a creer.

Salimos de la empresa y nos fuimos hasta casa. Hoy tocaba comida familiar, porque era el cumpleaños de Camelia y, aunque ya no estaba con nosotros, lo seguíamos celebrando igual.

La tía de mi mujer nos dejó hace un par de años, víctima de un cáncer galopante, que no la dejó vivir más de un mes desde que se lo diagnosticaron. Para todos fue un palo gordo, pero en especial para Álvaro.

Nos volcamos todos con él, y no lo dejamos solo en ningún momento. Fue el momento en el que le puso un ultimátum a Gonzalo, o dejaba a su familia y lo elegía a él o se terminaba todo.

Gonzalo, cuando conoció a Álvaro, estaba casado y era padre de dos hijos. Sus idas y venidas eran constantes, y así se llevaron durante dieciocho años. Cuando Álvaro le dijo eso, vio que hablaba en serio, y tomó la decisión adecuada.

Apostó por su relación con él. Después nos enteramos que, si no se habían separado antes fue por las amenazas continuas que su mujer le lanzaba en relación con los niños.

Esos niños ya eran mayores, tenían sus propias vidas y entendieron a su padre. De hecho, muchos fines de semana los pasaban allí, en la finca, con nosotros.

El piso en el que vivía Camelia lo ocupó Pablo, ya que su hijo tenía la casa que se edificó en la parte trasera de la finca. Mi cuñado no tenía pareja, se había dedicado a la empresa en cuerpo y alma, y decía que ya tendría tiempo para eso.

Era un genio del marketing y no había sido ni una vez ni dos las que se lo habían querido llevar, pero siempre se negó, a pesar del dineral que le ofrecían.

Cuando le preguntabas por qué no se marchaba a ganar más dinero, siempre contestaba lo mismo. Su respuesta era que él sabía lo que era vivir sin nada y que, gracias a mí, lo tenía todo.

Para él, la lealtad era uno de los valores que más respetaba. Después de un tiempo, nunca más le volvieron a decir nada.

Mis padres seguían iguales, pero con veinte años más. El señor Manuel del Monte seguía teniendo adoración por su nieto mayor, que le correspondía con el mismo cariño, y, para mi madre, Paula era su ojito derecho.

Con respecto a Pedro y a Juan, el primero seguía con Mayte, la eterna novia, como la llamábamos todos. Habían sido padres de dos niños, Manuel y Joaquín, que tenían quince y doce años, pero no se habían casado.

Juan, por el contrario, se casó con aquella chica que conoció en el trabajo, y estaban de lo más enamorados. Eran padres de una niña de ocho años, Azucena, que seguía a su prima Paula allá donde iba.

Pelayo e Inés también seguían juntos, pero no se habían casado ni tenían hijos. Estaban en lista de espera para adopción, ya que la chica de mi amigo no podía tener hijos por un tema de salud.

Al principio, esta noticia no les sentó nada bien a ninguno de los dos, llegando incluso a separarse. Durante esta separación, que duró más de un año, Pelayo salió con otras mujeres, pero ninguna era Inés.

Después de ese tiempo, y en el cumpleaños de mi hija Paula, volvieron a coincidir. Hablaron y se dieron cuenta de que su amor era más fuerte que el tener o no un hijo, y decidieron darse otra oportunidad.

Habíamos llegado ya a la finca, y estábamos esperando a que llegaran los demás. Tan solo faltaba por llegar mi hijo Héctor y su tío Antonio, que vendrían al terminar las clases de la universidad, donde uno asistía como alumno y el otro como profesor.

—Mamá, he puesto ahí las tartaletas de café que tanto te gustan.

Mi mujer miró a mi hija y, automáticamente, salió disparada al baño. Yo ya sabía lo que eso significaba, porque con el embarazo de Paula le pasó lo mismo.

—¿Por qué no me dijiste que tu hija estaba diciendo la verdad?

—Porque, te juro, que no es cierto…

—Yurema, ambos sabemos que, con el embarazo de Paula, era oler a café y te pasaba lo mismo.

—Ve a la farmacia, o manda a alguien que me traiga una prueba de embarazo.

—No va a hacer falta, yo he comprado una —dijo Paula.

Los dos la miramos como si la quisiéramos matar, y no porque nos la diera, sino porque pensábamos que era para ella.

—No me miréis así, que no la he comprado para mí.

—¿Entonces?

—Mamá, llevas un montón de tiempo de lo más rara, y tu pecho está más grande.

—¿En serio lo has sospechado tú y yo no? —le dije a mi hija.

—Será cuestión de que te fijes un poquito más en mi madre.

—Hija, no calientes, por favor, y trae esa prueba.

En efecto, salió un positivo como una casa de grande, y una sonrisa se pintó en mi cara.

—No puede ser, no ahora que ya son grandes.

—Somos jóvenes, podía pasar.

—Por eso, en cuanto que puedas, te haces una vasectomía, no quiero volver a tener que empezar otra vez.

—Con tres, ya vamos bien.

—¿Seré capaz de cuidar de un bebé a estas alturas?

—Eres capaz de todo lo que te propongas, y no olvides que yo me mantendré a tu lado.

—Te amo, Borja.

—Yo te amo aún más. No me dejes nunca.

—Seremos viejitos y tendremos a los nietos, aunque este bebé nos hará tener que esperar un poco más.

Nos miramos y sellamos la noticia con un beso. Cuando salimos, ya mi hija se había encargado de contárselo a todos, por lo que lo único que recibimos fueron las felicitaciones de todos los que estaban allí.

Lo que empezó para celebrar un aniversario, terminó siendo para anunciar que un nuevo bebé venía de camino. Tan solo esperaba que, dentro de veinte años todo siguiera como hasta ahora.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora